

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON



EL CASO DE
LA DIVORCIADA
ATREVIDA

se

Al despacho de Perry Mason llega una bella mujer con unas grandes gafas de sol, que solicita hablar con el famoso abogado. Es la hora de la comida y la recepcionista le informa que no está y que puede esperarlo. Minutos después la mujer se levanta, y alegando regresar en cinco minutos se marcha. Cuando llega Perry y su secretaria Della observan que la bella desconocida se ha dejado olvidado un bolso.

En él se encuentran una considerable cantidad de dinero, documentación a nombre de Mrs Hasting y un revolver al que le faltan dos balas. Pero cuando se ponen en contacto con la señora Hasting ésta niega haber ido a ver al abogado y alega que su bolso fue robado el día anterior... pero ¿quién ha disparado el revólver y contra quién?



Erle Stanley Gardner

El caso de la divorciada atrevida

Perry Mason - 72

ePub r1.1

Titivillus 18.05.2015

Título original: *The Case of the Daring Divorcee*

Erle Stanley Gardner, 1964

Traducción: F. Muntadas

Diseño de cubierta: Bosch Penalba

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BLACKBURN Rosalie: Secretaria particular de Simley Beason.

BANNER L. Huntley: Abogado de la firma «Empresas Hastings».

BEASON Simley: Director general de los negocios de Hastings.

BURGER Hamilton: Fiscal general de distrito.

CALDWELL A. C.: Piloto civil de transportes particulares.

CRUMP Maude: Mujer de la limpieza del edificio de Mason.

DRAKE Paul: Detective privado, empleado por Perry Mason.

DREXEL Harley C.: Propietario y constructor de obras.

DREXEL Helen: Joven hija de Harley, amiga de Elvina.

FALLON Quincy L.: Juez del tribunal donde se ve la causa.

HASTINGS S. Garvin: Importante hombre de negocios, asesinado.

HASTINGS Adelle: Tercera esposa de Garvin, inculpada de asesinato.

MASON Perry: El famoso criminalista, protagonista de la obra.

MAYNARD Connely: Administrador de los negocios de Hastings.

MINERVA Shelton Hastings: Segunda esposa de Garvin; divorciada.

MITCHELL Elvina: Secretaria del abogado Banner.

STREET Della: La simpática secretaria de Perry Mason.

TRAGG Arthur: Teniente de la Brigada de Homicidios.

Prólogo

Hace algunos años, dediqué una aventura de Perry Mason, *The Case of the Moth-Eaten Mink*^[1] con un prólogo adecuado, a mi amigo el doctor Russell Fisher, quien por aquel tiempo, acababa de ser nombrado Jefe del Departamento de Medicina Forense del Estado de Maryland.

Desde entonces he venido siguiendo con orgullo la carrera del doctor Fisher y sus magníficas realizaciones, que han sido muchas.

Porque, como Jefe del Departamento de Medicina Forense del Estado de Maryland, ha desempeñado su cargo con tanta eficiencia que, en la enorme área urbana de Baltimore, cada caso forense es minuciosamente estudiado y, en dos de cada tres muertes investigadas por el especialista médico-legal que nos ocupa, se lleva a cabo la autopsia. Por establecer una comparación, en Pittsburgh (Condado de los Allegheny, Pensilvania), ciudad de importancia similar, la autopsia sólo se hizo en el seis por ciento de tales muertes con arreglo al sistema de investigadores médicos.

Y, sin embargo, el Departamento de Medicina Forense sólo cuesta diecisiete centavos en el área de Baltimore, contra veintidós por persona en el área de Pittsburgh.

Es éste un récord envidiable, y los votantes han demostrado su confianza en el doctor Fisher y en el Departamento que dirige mediante la reciente aprobación de una emisión de bonos que se empleará en la construcción de una nueva Oficina Central para el Departamento de Medicina Forense de Maryland. Este edificio albergará el desempeño de los servicios y algunas actividades de investigación del Departamento. Se piensa además levantar en el edificio una o más plantas adicionales; financiadas por capital privado, para alojar en ellas un Instituto de Investigación y Enseñanza de la Medicina Forense. Este Instituto impulsaría en gran

manera sin duda la aplicación del conocimiento científico a los problemas de la observancia de la ley.

Es grato advertir que cada vez son más las personas que empiezan a darse cuenta de la importancia de la Medicina Legal y de la protección que da a los vivos un sistema médico y forense moderno y puesto al día.

Como señalaba no hace mucho el propio doctor Fisher, el ochenta y cinco por ciento de los asesinatos que se cometen en la nación se producen entre amigos y familiares; y, particularmente en casos de envenenamiento, estos asesinatos pueden muy bien pasar inadvertidos a menos que se permita la intervención de un médico forense.

Con arreglo al sistema forense rural, muchos de estos envenenamientos han quedado impunes. Se desconoce, por supuesto, el número exacto de tales casos, aunque subsiguientes exhumaciones han persuadido a los criminalistas que los asesinatos por envenenamiento son mucho más numerosos de lo que el término medio de la gente supone.

Es por su excelente ejecutoria como dirigente, ejecutivo y médico forense, que dedico este libro a mi amigo.

RUSELL S. FISHER, Doctor en Medicina y Jefe de Departamento de Medicina Forense de Maryland.

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

Perry Mason, una vez finalizada su sobremesa, regresó a su despacho, donde encontró a Della Street que le aguardaba ligeramente desconcertada.

—He tratado de comunicarme contigo por teléfono antes de que te marcharas del restaurante —le dijo—. La cita que tenías a las dos y media llamó para cancelarla; dijo que en cuanto la otra parte supiera que Perry Mason se ocupaba del caso, todo se resolvería satisfactoriamente. Tienes que mandarle la factura.

—¿Cuánto se ventilaba en el asunto? —preguntó Mason—. ¿Unos cinco mil dólares?

—Seis mil setecientos cincuenta era la cantidad exacta en litigio.

—Envía una factura por quinientos dólares —repuso Mason—. ¿Alguna otra cosa?

—Hay un misterio en el despacho.

—¿A qué te refieres?

—Que ha ocurrido algo misterioso aquí mismo, en el despacho. Una mujer cree por lo visto que su vida está en peligro y quiere tu protección, consejo y guía. Desea también la ayuda de un buen detective privado, a quien debes seleccionar y supervisar.

—¿Quién es esa mujer? —inquirió Mason—. ¿Y dónde está?

—Se llama Adelle Hastings —dijo Della—, pero tu segunda pregunta es algo a lo que no podemos responderte.

Mason arqueó las cejas.

—Me fui a comer a las doce y cuarto —prosiguió Della—. Como sabes, Gertie y yo nos turnamos a esa hora. Tomo un bocado y vuelvo a eso de la una menos veinte; entonces se va Gertie hasta la una y media, mientras yo me quedo al cuidado de la centralita.

—Continúa —pidió Mason.

—Bueno, ya conoces a Gertie. Es una romántica sin remedio. Si

alguna vez le presta un poco de atención a un cliente, te inventa toda una historia sobre él. Durante el mediodía, cuando hay muy pocas llamadas en la centralita y raramente viene gente a la oficina, Gertie empieza a leer novelas rosa y a comer helados de chocolate.

Mason esbozó una mueca burlona.

—Y luego me dice que vigila su peso.

—¡Ah, desde luego! —corroboró Della, sonriente—. Y ahora se le ha metido en la cabeza que es un hecho científico que un dulce antes de las comidas mata el apetito y le evita comer tanto. Dice que nuestros hábitos dietéticos están trasnochados, que nos tomamos nuestra comida y luego nos comemos un dulce; que deberíamos comer un dulce y...

—Sí, ya sé. Conozco las teorías de Gertie. Volvamos al misterio. Has conseguido intrigarme.

—Pues bien, Gertie estaba leyendo su consabida novelita rosa. Se hallaba precisamente en el pasaje más interesante y creo que estaba con un ojo pegado al libro y el otro pendiente de la posible llegada de clientes.

»Me dijo que, al cabo de cinco minutos de que yo saliera del despacho, entró la mujer en cuestión, terriblemente agitada, asegurando que tenía que verte inmediatamente.

»Gertie le dijo que te habías ido a comer, que raras veces veía a la gente sin una cita previa, que posiblemente no volverías antes de las dos y media y que tenías una cita a esa hora.

»La mujer se puso casi histérica. Dijo:

—No importa, no importa, esperaré. Tengo que verle. No abandonaré este despacho hasta haber conseguido que me proteja. Quiero que el señor Mason cuide de mis intereses y me procure un buen detective privado.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Mason.

—Que Gertie le pidió el nombre y la dirección. La mujer dio el de señora Hastings, pero añadió que su dirección actual era lo de menos.

»Así que Gertie tomó nota del nombre y volvió a enfrascarse en la lectura de su novela. La mujer se sentó en el sillón que está junto a la ventana.

»Al cabo de unos minutos, la mujer se levantó y empezó a pasear nerviosamente por la habitación. Luego exclamó: «Volveré dentro

de un par o tres de minutos», abrió la puerta y salió al corredor.

—¿Y luego? —preguntó Mason.

—Eso es todo —repuso Della Street—. Todavía no ha regresado.

—Ah, bueno —dijo Mason— aparecerá de un momento a otro. ¿Qué aspecto tenía, Della?

—A decir verdad, Gertie, no me aclaró gran cosa. Dijo que tenía un aire aristocrático, una bonita figura, una voz bien modulada y dedos finos y largos. Le daba unos treinta y dos o treinta y tres años, pero la mujer llevaba unas enormes gafas oscuras y Gertie no pudo observar bien sus rasgos.

»Gertie era del parecer de que la visitante llevaba las gafas oscuras porque había estado llorando. Le pregunté cómo lo sabía y me contestó, bueno, que creía que el tono de voz de la mujer indicaba que así había sido. Tenía una especie de ronquera.

—Cualquiera se fía de Gertie —comentó Mason—. Aire aristocrático, dedos finos y largos, voz bien timbrada... ¿No crees, Della que a lo mejor Gertie ha transpuesto a nuestra cliente la descripción de la heroína de la novela rosa que estaba leyendo?

—No me extrañaría —contestó Della—. Gertie suele ser una buena observadora, pero durante el mediodía, cuando se pone a devorar una de esas historias de amor, tiene la cabeza entre nubes de color de rosa.

—Bien —dijo Mason, consultando su reloj— tendremos tiempo para trabajar un poco más en la instrucción propuesta al jurado y que quiero someter a la consideración del juez en el caso que se ve la semana que viene.

—Quedan pendientes un par de cartas muy importantes —sugirió Della—. *Deberían* salir hoy.

—Está bien. —Mason suspiró—. Ocúpate de las cartas. Pero sé muy bien lo que eso significa. Te traerás un montón de ellas de medio metro de altura, sacarás de lo alto de él las dos cartas urgentes y luego me dirás que en realidad debería repasar el resto de la correspondencia.

Della Street sonrió, salió del despacho y momentos más tarde estaba de vuelta, llevando un bolso de mano negro de señora.

—¿Qué es eso? —preguntó Mason.

—Esto —repuso ella— es *algo*.

—Explícate —dijo Mason.

—Fui a la oficina taquigráfica en busca del archivo de la correspondencia, cuando, al atravesar de vuelta la sala de recepción, vi este bolso en el respaldo del sillón que está al lado de la puerta. Le pregunté a Gertie si era suyo y me dijo que no, que no lo había visto nunca. Le pregunté quién había estado en la oficina llevando un bolso de mano y al cabo de unos instantes decidió que debía de haber sido la misteriosa mujer que vino durante la hora del almuerzo. El bolso estaba muy cerca del sillón que había ocupado.

Mason alargó la mano y Della Street le dio el bolso.

—Bueno —comentó Mason con aire pensativo—, no deja de ser extraño. Esa mujer dijo que salía unos minutos, que aseguraba estar en peligro... y luego resulta que no volvió y que además se dejó olvidado el bolso. Claro que no sabemos si es suyo.

—¿Crees que debiéramos examinar su contenido? —preguntó Della Street—. Pesa bastante. Se diría que estuviese lleno de monedas de oro.

Mason contempló pensativamente el exterior del bolso, y dijo:

—Voy a abrirlo para ver si encuentro algún nombre y dirección, Della.

El abogado abrió el bolso e hizo intención de introducir en él su mano; pero la retiró bruscamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Della Street.

Mason vaciló un momento; después, tomando un pañuelo de su bolsillo, se envolvió con él los dedos, metió la mano en el interior del bolso y sacó un revólver de azulado acero del calibre 38.

—¡Vaya, qué te parece! —exclamó Della Street.

Mason, con la mano enfundada aún en el pañuelo para que no pudiera dejar huellas digitales, accionó el cilindro para dejarlo al descubierto y dijo:

—Cuatro cartuchos intactos y dos vacíos. Calibre treinta y ocho. Revólver Smith & Wesson.

Mason olfateó el extremo del cañón y añadió:

—Y al parecer, esta arma ha sido disparada recientemente.

Procurando accionar de nuevo el cilindro de modo que quedara exactamente en la misma posición que guardaba anteriormente, Mason depositó el arma en el cajón de su escritorio e indicó:

—Creo que ha llegado el momento de hacer inventario del

bolso, Della.

Mason examinó atentamente el interior del mismo y dijo:

—Veo aquí un tarjetero, Della. Echémosle un vistazo.

Mason sacó el tarjetero, lo abrió y dejó al descubierto una serie de documentos.

—Permiso de conducción de Nevada —dijo Mason—. Adelle Sterling Hastings, 721 de Northwest Firston Avenue, Las Vegas, Nevada... Veamos, aquí hay una tarjeta de crédito. Señora Garvin S. Hastings, 692 de Weatherby Boulevard, Los Ángeles. Y también un permiso de conducción de California a nombre de Adelle Sterling Hastings, 692 de Weatherby Boulevard, Los Ángeles.

»Hay aquí asimismo unos cuantos documentos más. Carnet de miembro del Automobile Club de California del Sur a nombre de señora Garvin S. Hastings; carnet de miembro de un club de yates en Balboa Beach y tres o cuatro tarjetas de crédito.

»Hay un monedero aquí dentro —continuó Mason— que parece estar repleto.

Della Street levantó la vista de sus notas.

—¿Crees que está bien que examinemos *todo* lo que contiene el bolso?

Mason replicó:

—Todo parece indicar como si el arma que hemos encontrado hubiera sido utilizada para cometer un crimen, y el hecho de dejarse olvidado un bolso en esta oficina no fuera más que un intento para arrastrarme a que me ocupe de un caso con el que tal vez no hubiese querido tener nada que ver.

»No es corriente que una mujer se vaya, dejándose el bolso en una oficina cualquiera. A menos que le haya ocurrido algo a nuestra visitante del mediodía, estoy empezando a pensar que su olvido fue una maniobra minuciosamente planeada. Si es así, quiero averiguar muchas más cosas respeto a la persona que lo dejó aquí.

Mason extrajo el monedero, lo abrió y exclamó:

—¡Vaya! ¿Qué opinas de esto?

Della levantó la vista de sus notas.

—Billetes de cien dólares —dijo Mason—. Billetes de cincuenta. Aquí hay mil... mil quinientos... dos mil... tres mil dólares en billetes grandes y, veamos, veinte... cuarenta... sesenta... ochenta... noventa... cien... ciento cinco... ciento diez... ciento quince dólares

en denominaciones más pequeñas, y una cantidad en monedas de plata que asciende a... dos dólares y cuarenta y tres centavos.

»Bueno, Della, parece que nuestra visitante hubiera sido perfectamente capaz de pagar a un abogado un anticipo por sus servicios.

—¿Por qué hablas en pasado?

—Porque ignoro si volveremos a verla. Tienes que admitir que una mujer que abandona un bolso con tanto dinero dentro y se olvida completamente de él, debe tener muy poca, poquísima memoria. Incluso puede que haya olvidado la razón por la que utilizó un arma de fuego.

»Bien, sigamos. Hay aquí una polvera, una barra de labios, un paquete de cigarrillos medio vacío... un llavero... ¡Eh, aquí hay algo realmente curioso, Della! Este llavero constaba en tiempos de una buena colección de llaves. Ahora se han reducido a una sola... Sin embargo, veo también otro llavero con media docena de llaves y...

Sonó el teléfono.

Della lo contestó y dijo en seguida:

—Un momento. ¿De parte de quién, por favor?

Escuchó unos instantes y luego tapó la bocina con la mano, se volvió a Mason y le dijo:

—Un tal señor Huntley L. Banner, abogado, dice que quiere hablar contigo sobre el caso Hastings.

Los ojos de Mason fueron del bolso al arma que descansaba sobre el escritorio. Por un momento vaciló, luego asintió con la cabeza, tomó el teléfono y dijo:

—Dígame, señor Banner. Mason al habla.

La voz del hombre repuso:

—Represento a Garvin S. Hastings, y tengo entendido que usted hace lo propio con su esposa en relación con la asignación de bienes.

—¿Puedo preguntarle qué le hizo creer eso? —inquirió Mason.

—¿Acaso no la representa? —interrogó Banner.

Mason se echó a reír y replicó:

—Hablando en términos legales, señor Banner, temo que está usted evadiendo la cuestión. Antes de contestar a su pregunta, me gustaría saber sobre qué se basa para afirmar que represento a la

señora Hastings.

—Bueno, ella me dijo que usted iba a representarla.

—¿Puedo preguntarle cuándo?

—Poco antes de mediodía.

—¿Habló usted con ella?

—Se lo dijo a mi secretaria por teléfono.

Mason anunció cautelosamente:

—Yo no estaba en mi despacho cuando la señora Hastings fue a verme. No me esperó. Por el momento no tengo ninguna autoridad para representarla.

—Bien —repuso Banner— acudirá de nuevo a verle. No hay duda de que es usted el abogado que ella ha elegido. Tenga presente que la señora Hastings no tiene fuerza legal para pedir una asignación de bienes. Todos los de Hastings se hallan bajo un régimen de separación. En lo que respecta al divorcio, mi cliente ha mostrado el máximo afán de cooperación... hasta donde buenamente es posible llegar en tales asuntos. Creo que entenderá usted lo que quiero decir.

»Naturalmente, Hastings no desea que la que ha sido su mujer se quede sin un penique, pero opino que ésta tiene quizás ideas muy peregrinas en cuanto a una asignación de bienes. Convendría que se diera cuenta desde un principio de que no conseguirá hacer su agosto a expensas de mi cliente.

—¿No existe ninguna comunidad de bienes? —preguntó Mason.

—Al menos ninguna digna de mención. Desde luego estamos dispuestos a conceder una asignación de alguna clase. En realidad, una generosa asignación.

—¿Le importaría concretar su propuesta? —pidió Mason.

—Por teléfono, no —repuso Banner.

—¿Dónde está su despacho? —preguntó Mason.

—En el Grayfier Building.

—¡Hombre! Eso está solamente a manzana y media de aquí —exclamó Mason—. Mire, Banner, ¿dispone usted de un momento? Si es así, me acercaré a verle. Hay un par de cosas sobre este asunto que quisiera averiguar antes de aceptar la representación de la señora Hastings.

—Si puede usted venir inmediatamente, celebraré saludarle —dijo Banner.

—Dentro de cinco minutos estaré ahí —concluyó Mason.

El abogado colgó el teléfono y explicó a Della:

—Voy a entrevistarme con Banner en su despacho para ver si puedo ponerme un poco en antecedentes sobre este caso. Si empiezo a tratar de sonsacarle por teléfono, sospecharía, pero si voy a sostener con él una prolongada entrevista, es posible que hable más de lo que en un principio tenía pensado.

Mason abandonó su despacho y se encaminó hasta la esquina de la calle, aguardó la señal, cruzó la calzada, recorrió media manzana y entró en el Grayfier Building. Consultó la guía y vio que el despacho de Banner tenía su entrada por la pieza 438.

El edificio era una moderna estructura de acero y cemento provisto de una serie de silenciosos y rápidos ascensores. En cuestión de segundos, Mason abrió la puerta donde se leía: «Huntley L. Banner — Entrada».

La joven que estaba sentada ante una mesa de cara a la puerta y que combinaba los cometidos de secretaria, taquígrafa, a recepcionista y encargada de la centralita telefónica, sonrió un tanto vagamente a Mason.

—Soy Perry Mason —se presentó—. He hablado con el señor Banner por teléfono y...

—Oh, sí —interrumpió la muchacha, volviendo a la vida con sobresaltante presteza—. ¡Oh, sí, señor Mason!

Se levantó de su asiento, dio un rodeo para salir de la mesa, sonrió por encima del hombro y dijo:

—Por aquí, por favor.

Mason admiró la bonita figura y los garbosos andares de la joven mientras ésta se dirigía a la puerta del despacho y la abrió.

—El señor Mason —anunció.

El hombre que se hallaba sentado tras la gran mesa se levantó y se adelantó con la mano extendida, al tiempo que se dibujaba en su rostro una calmosa sonrisa. Borearía los cuarenta años, de compleción gruesa y ojos perspicaces.

—Tanto gusto, colega —dijo—. Me hubiera encantado ser yo quien hubiese ido a verle, pero habló usted tan de prisa que no tuve tiempo de ordenar mis pensamientos.

»Ésta es la señorita Mitchell, mi secretaria, señor Mason. Una gran admiradora suya.

La secretaria miró a Mason con sus ojos oscuros, en los que brillaba una clara insinuación de interés personal. Le tendió la mano, diciéndole:

—Encantada de conocerle.

Mason tomó la mano de la joven y se inclinó gravemente.

—Es un placer, señorita Mitchell.

—Procure que no nos molesten —ordenó Banner—. No pase ninguna llamada telefónica.

—Oh, no es tan importante.

—Para mí, sí —le explicó Banner—. Siéntese, señor Mason. Póngase cómodo... El caso Hastings puede ser un tanto largo y prolijo, pero si su cliente se aviene a actuar con cordura, no hay razón por la que la parte relativa a la asignación de bienes no pueda resolverse casi de la noche a la mañana.

—Dijo usted que tenía pensada una propuesta que no podía concretar por teléfono, ¿no es eso? —sugirió Mason.

—Bueno, sí y no —repuso Banner—. Ya sabe usted lo que son las cosas, Mason. No voy a ser tan estúpido como para arriesgarme a decir: «Esto es lo que mi cliente hará». Eso nos pondría entre la espada y la pared más tarde o más temprano.

»Así que se lo plantearé como lo haría un hábil abogado, diciéndole: «Esto es lo que pienso aconsejar a mi cliente que haga». Lo cual no compromete a mi cliente, ni a mí, ni a nadie.

»Si acepta usted la oferta y llegamos a un acuerdo, estupendo. Y si no le gusta, tampoco puede utilizarla ni contra mi cliente ni contra mí.

—Me parece bien —contestó Mason—. ¿Cuál es la oferta?

—Voy a aconsejar a mi cliente que pase a Adelle Hastings una pensión de diez mil dólares anuales durante un período de cinco años, o hasta que vuelva a contraer matrimonio, caso de que lo haga antes. Le aconsejaré que le deje una suma neta de cincuenta mil dólares en su testamento y disponga en el acuerdo que este legado sea irrevocable a menos que ella le preceda.

—Es una manera un tanto desangelada de solucionar este asunto —confesó Mason—. No me gusta la idea de un testamento. ¿Por qué no hacer que Hastings suscriba una póliza liberada de seguro de vida por valor de cincuenta mil dólares?

—Eso podría arreglarse —admitió Banner—. He discutido con

mi cliente un acuerdo sobre la base de estas otras condiciones y... Bueno, compéndalo, Mason, no voy a arriesgarme innecesariamente, pero se lo plantearé a usted así: No habrá un inconveniente serio por parte de mi cliente en cuanto a la solución que le he concretado.

—Perfectamente —concluyó Mason— ésa es su oferta. ¿Hasta dónde...?

—No es una oferta, no es una oferta —se apresuró a decir Banner—. Sino solamente lo que pretendo aconsejar a mi cliente que haga.

—Está bien —admitió Mason— eso es lo que pretende usted aconsejar a su cliente que haga. Pero, ¿hasta dónde podría subir su cliente?

—No subirá más —repuso Banner—. Ése es absolutamente el límite máximo. No estamos comerciando aquí con caballos, Mason.

—Debo entender entonces que o lo tomo o lo dejo... en el supuesto de que acepte representar a la señora Hastings, naturalmente.

—Bueno —dijo Banner con aire pensativo— no quisiéramos desde luego, tener que darnos mutuamente con la puerta en las narices, pero eso es todo cuanto pienso aconsejar a mi cliente que ofrezca... ¿No ha hablado usted aún con la señora Hastings?

—Todavía no —respondió Mason.

—Es una joven realmente encantadora —dijo Banner—. Causa una maravillosa impresión.

—¿Es guapa?

—Desde luego. Esa muchacha es una mujer completa. Siento muy de veras que no haya tenido suerte en su matrimonio.

—¿Cuánto ha durado?

—Alrededor de año y medio.

—¿Por qué se disolvió? —preguntó Mason.

Banner se encogió de hombros.

—¿Por qué un hombre se queda calvo? ¿Por qué se le encanece el cabello?

—¿El divorcio ha sido de mutuo acuerdo o tan sólo unilateral? —quiso saber Mason.

—Mire —repuso Banner— no pretendo con esto descubrir nada nuevo, pero Hastings ha estado casado ya dos veces. Su primer

matrimonio fue ideal. Murió su esposa. Se sintió solo. Entonces evocó ese primer matrimonio y olvidó todas las disputas, todos los pequeños sinsabores cotidianos que ocurren en un matrimonio, para recordar únicamente los momentos felices.

»Así que Hastings volvió a casarse. No se dio cuenta de que su pasada felicidad estaba íntimamente ligada a la personalidad de su esposa. Empezó a pensar que el haber sido tan feliz se debía al estado matrimonial en sí más que a la personalidad de la mujer. De modo que lo intentó por segunda vez. Pero este matrimonio fracasó. Terminó en divorcio. Al cabo de un tiempo Hastings se sintió solo de nuevo y se casó con Adelle. Fue su tercera experiencia. Adelle era su secretaria. Simpática, cariñosa y comprensiva.

»La única razón por la que Hastings no fue feliz es porque no lo fue. No creo que ni él sepa la razón, y desde luego a mí me ocurre otro tanto.

—¿Y Adelle Hastings le dijo que iba a solicitar mis servicios? —preguntó Mason.

—Exactamente. Telefoneó a la oficina. Yo no estaba y habló con mi secretaria; dijo que había venido en su coche desde Las Vegas para poner sus asuntos en manos de usted.

—No creo ser el abogado más adecuado para encargarme de un caso de divorcio —indicó Mason—. Mi ejercicio se desenvuelve en su mayor parte entre asesinatos y cosas por el estilo.

—Lo sé, lo sé, pero sin embargo, es usted una figura fascinante, y un abogado que es capaz de conseguir éxitos espectaculares en casos de asesinato, puede ocuparse de pleitos de divorcio con una mano atada a la espalda.

»Voy a hablarle con toda sinceridad, Mason. Cuando Elvina me dijo que usted iba a representar a Adelle, sentí un estremecimiento.

—¿Elvina? —preguntó Mason.

—Elvina Mitchell, mi secretaria.

—Ah, ya —repuso Mason—. Bien, entonces creo que estaré en contacto con usted dentro de poco... ¿Le parece que tratemos de la cantidad de bienes que se ventila?

—No hay tal cantidad —dijo Banner.

—¡Cómo! —exclamó Mason—. Creo que habló usted de diez mil dólares anuales y...

—En efecto. Es lo que estoy haciendo —replicó Banner—. Me ha

preguntado por la cantidad de bienes *que se ventila* y le digo que no existe tal cantidad. Los bienes son muchos, pero ni se ventilan en el caso ni se ventilarán jamás. Son todos bienes separados de mi cliente. Hastings puede hacer lo que quiera con ellos. Si desea concederle una asignación a Adelle para que la joven pueda pasar algún tiempo sin tener que volver a trabajar es muy dueño de hacerlo. Si no quiere darle nada, no veo que nadie pueda hacer nada al respecto.

—¿Entonces cuál es el motivo de su preocupación cuando se enteró de que Adelle pensaba contratar mis servicios?

Banner se echó a reír.

—Tan solamente fue la idea de estrellarme contra un campeón.

—Bien —repuso Mason entre dientes—, yo seguiré adelante. Sólo quería que me pusiera usted al corriente de todos los antecedentes del caso. Entiendo, pues, que Adelle ha pedido o va a pedir el divorcio.

—Ha establecido su residencia en Las Vegas. Piensa solicitar el divorcio a primeros de la semana que viene. Así, pues, Mason, tanto usted como yo nos damos cuenta de que no podemos llegar a ningún acuerdo o de lo contrario destruiríamos la validez del divorcio; pero, dentro de límites razonables, deseamos colaborar en todo cuanto nos permita acelerar las cosas.

»Por ejemplo, puede usted solicitar y cumplimentar una diligencia de emplazamiento, pero entonces apareceré yo en nombre de Garvin Hastings y entablaré una réplica, una especie de denegación general. De ese modo se fijará fecha para la vista del caso y yo no me presentaré... con tal que, naturalmente, hayamos llegado mientras tanto a un acuerdo en la asignación de bienes.

»Eso le permitirá abreviar el incidente de demora de la notificación del emplazamiento y entablar una acción válida, ya que el tribunal será competente respecto a ambas partes y tendremos tanto jurisdicción personal como una acción «in rem».

—¿Por qué ese afán de apresurar las cosas? —preguntó Mason—. ¿Tiene Hastings alguna otra mujer en cartera?

Banner sonrió y sacudió la cabeza.

—Puedo asegurarle sin miedo a equivocarme que Hastings ha escarmentado. Creo que ésa es la razón de la separación del matrimonio. Hastings es un sujeto malcarado a quien le gusta vivir

su vida como le venga en gana. Está completamente absorto de sus negocios y no creo que le preocupe mucho la vida hogareña, salvo cuando ya no puede soportar más la vida solitaria de una casa tan grande.

»Y puede usted decirle a su cliente, Mason, que siempre que quiera volver a trabajar como secretaria en las Empresas Hastings puede hacerlo. A Hastings le gusta extraordinariamente... como secretaria. No habrá juego sucio, ni insultos, ni la menor fricción. Llevaremos todo este asunto con la mayor corrección y sobre una base amistosa. Hastings no pretende sino que su esposa logre un acomodo decente.

—Muchísimas gracias —dijo Mason, estrechándole la mano—. No dude que volveremos a vernos.

Cuando Mason abandonaba el despacho, Elvina Mitchell le deparó una cálida sonrisa.

—Adiós, señor Mason —exclamó.

—Hasta la vista —repuso Mason—. Volveremos a vernos.

Mason regresó a su despacho, saludó a Della Street y explicó:

—Me parece que me he precipitado un poco en este asunto, Della. No ocurre nada de particular. Se trata tan sólo de la fijación de bienes de un divorcio, con un fondo interesante.

—¿Y qué me dices del arma y los dos cartuchos disparados? —preguntó Della.

—Eso —admitió Mason— ya es otro cantar. Pero ciertamente no hay razón alguna para que esa mujer hiciese los dos disparos contra su marido, ya que al parecer no tiene ninguna rival, así que tendremos que suponer que le pegó un par de tiros a bocajarro a una liebre durante su viaje desde Las Vegas.

»Bien. Veamos ese montón de correspondencia y la que podemos despachar antes de que venga Adelle Hastings.

Mason empezó a dictar, pero al cabo de un rato su atención comenzó a diluirse. Consultaba de vez en cuando su reloj de pulsera y se producían largos períodos de silencio.

A las cuatro, Della indicó:

—Si su ausencia está empezando a preocuparte, ¿por qué no intentamos telefonear?

—Tienes razón —convino Mason—. Telefonea a Las Vegas. Mira si hay algún número a nombre de Adelle Hastings en la dirección

que consignaba aquel permiso de conducir.

Della Street hizo la llamada, pero al cabo de unos momentos dijo:

—He encontrado un teléfono. Pero suena la llamada y nadie contesta.

Mason sugirió:

—Llama a la residencia de Garvin Hastings. No des ningún nombre. Pregunta únicamente si puedes hablar con la señora Hastings. Puede que se haya ido allí para gestionar un arreglo por su cuenta. La verdad es que cuanto más pienso en eso, más me convenzo de que es la explicación de todo. Vino a verme, luego decidió llamar a su marido para decirle lo que estaba haciendo y éste le sugirió que fuera a hablar con él. —Mason chasqueó los dedos—. ¿Cómo no se me ocurrió antes? Ésa es la única explicación realmente lógica.

Della Street asintió, buscó el número de la residencia de Garvin Hastings, verificó la llamada, escuchó un momento y al fin colgó suavemente el teléfono.

—¿Qué? —preguntó Mason.

—Un servicio magnetofónico de respuesta —dijo—. Una voz bien modulada grabada en cinta comunica que el señor Hastings no está en este momento y que, siguiendo las instrucciones que se dan, hay un período de treinta segundos durante los que la persona que llama puede dejar el recado. Este recado quedará grabado en la cinta y será atendido por el señor Hastings a su regreso.

—De acuerdo —dijo Mason—, olvídalo. Probablemente todo está en regla.

—¿Y qué hacemos con el bolso, el dinero y el revólver? —quiso saber Della Street—. ¿Los guardamos en este mismo despacho?

Mason repuso:

—De aquí a las cinco recibiremos una llamada de Adelle Hastings. De pronto se dará cuenta de dónde se dejó olvidado el bolso.

—¿Nos apostamos algo? —preguntó Della Street.

Mason esbozó una maliciosa sonrisa.

—No —eludió.

Capítulo 2

A las cinco y cuarto, Della Street dijo:

—¿Qué te parece, jefe, si cerráramos la oficina? Son las cinco y cuarto.

Mason asintió con la cabeza y repuso:

—Creo que no queda ya nada que hacer, Della.

—¿Vas a estar preocupado toda la noche por este asunto? —preguntó.

—No lo sé —admitió Mason—. No puedo quitármelo de la cabeza. Tengo el presentimiento de que deberíamos fletar un avión e irnos a Las Vegas.

—Pero ella no está allí —señaló Della Street.

—Sí su apartamento —puntualizó Mason—, cuya llave probablemente tenemos.

—¿Qué esperas encontrar en él?

—Tal vez una pista —respondió Mason—. O tal vez nada.

—¿Pretendes entrar en el apartamento de la señora Hastings?

—No lo sé —contestó Mason—. Cruzaré ese puente cuando llegue ante él, pero me gustaría saber a qué hora vuelve a casa.

—¿Crees que está camino de Las Vegas?

Mason explicó:

—Si no es así, debe estar pasándolo mal. Se fue de la oficina. Probablemente tenía su coche aparcado. Quizá fuera a sacar algo de él y...

—¿Por qué deduces todo eso? —preguntó Della Street.

—Por su bolso.

—¿Te refieres a las cosas que hay en su bolso?

—A las que no están en él —dijo Mason.

Della Street arqueó las cejas con asombro.

Mason prosiguió:

—Estaba en Las Vegas. Tiene un permiso de conducción de Nevada. Viaja en su automóvil. Probablemente venía de Las Vegas. Esto significa que llegó en él hasta el edificio de mi despacho. Hay un aparcamiento en el portal de al lado. Lo más probable es que dejara el coche en ese aparcamiento. Se le dio un recibo. Lo metió en su bolso. Vino a mi despacho. Estaba terriblemente excitada. Prescindiendo de lo que le hubiera causado esa excitación, sabemos que probablemente disparó por dos veces contra algo un revólver del calibre treinta y ocho.

»Luego recordó que necesitaba algo que había en el coche. Debíó de haber sacado de su bolso el recibo y se dirigió con él al aparcamiento.

»Cuando llegó allí, algo sucedió que le impidió regresar a la oficina.

»La cuestión es, pues, la siguiente: ¿Dejó su bolso a propósito o accidentalmente?

—¿Por qué iba a dejarlo a propósito?

—Porque —repuso Mason— tenía el arma en él. No quería llevar el bolso consigo de un lado a otro más de lo necesario. Su intención era la de regresar en seguida. Le dijo a Gertie que volvería en cosa de cinco minutos.

»Si quería sacar algo del coche, probablemente tuvo que dar una propina al empleado. Acompañó, pues, una moneda de cincuenta centavos al recibo de aparcamiento, con ánimo de recompensar al empleado. Entonces ocurrió algo que le obligó a cambiar sus planes.

Mason quedó silencioso y pensativo unos instantes y luego dijo:

—Della, telefona a Paul Drake. Mira si está aún en su despacho. Si es así, dile que venga aquí inmediatamente. Tengo trabajo para él.

—¿Qué hago con todo esto? —preguntó Della Street, indicando el contenido del bolso que aparecía esparcido sobre la mesa de Mason.

Mason abrió un cajón de su mesa. Tomó el arma envuelta con su pañuelo y la depositó en el interior del cajón. Luego devolvió los demás objetos al bolso.

Della llamó a Paul Drake a la Agencia de Detectives, habló brevemente con él, luego colgó y dijo a Perry Mason:

—Estaba a punto de marcharse del despacho. Lo he pillado

cuando se disponía a salir. Me ha contestado que vendría ahora mismo.

Momentos después, sonó en la puerta del despacho particular de Mason la llamada peculiar de Drake. Della Street la abrió.

—Es un fastidio tener una agencia de investigación privada en la misma planta donde están tus clientes. Uno no acaba nunca... A propósito, Perry: espero que no se trate de un trabajo complicado. Esta noche tengo cosas que hacer.

Drake se acercó a uno de los sillones del despacho de Mason, se sentó sobre el redondeado brazo de cuero y sonrió inquisitivamente al abogado.

Mason explicó:

—Se trata de unas pesquisas que quiero que hagas rápidamente. Deberían haberse llevado a cabo hace dos o tres horas, pero esperemos que no sea demasiado tarde.

Paul Drake, alto, desgarbado, incapaz de alterarse por nada, dejó que su cuerpo se deslizara hacia el interior del sillón y que sus largas piernas colgasen sobre el redondeado brazo. Buscó un cigarrillo. Su aire era de absoluto relajamiento.

—Desembucha —exclamó.

Mason empezó:

—¿Eres muy conocido en el aparcamiento de aquí al lado, Paul?

—Debería serlo —replicó Drake, con una mueca—. Hace siete años que dejo el coche ahí.

Mason alegó:

—Igual que yo. Ésa es la razón por la que no puedo hacerlo yo personalmente. Como detective, puedes meter la nariz donde te parezca sin que la gente te haga muchas preguntas. Yo atraería demasiado la atención.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Drake.

Mason le respondió:

—Que vayas a ese aparcamiento, Paul, y examines todos los automóviles que hay en él. Busca matrículas de Nevada. Cuando encuentres un coche con ella, anota el número y mira a ver si lleva la cédula fiscal en el parabrisas. En caso afirmativo, toma el nombre del propietario; pero no olvides hacer lo propio con el número de matrícula.

—¿Ahora mismo? —inquirió Drake.

—¡Ahora mismo! —exigió Mason—. Debí haber sido lo bastante listo para haberlo llevado a cabo hace tres horas.

Drake le dirigió una zumbona mirada; después, incorporó lentamente su alta figura y, sin añadir una sola palabra, desapareció tras la puerta.

—¿Fletamos el avión? —quiso saber Della Street.

—Esperaremos a ver lo que nos dice Paul Drake —repuso Mason—. Si el coche de esa mujer está abajo, empezaremos a mirar por ahí.

—¿Y si no está?

—Volaremos a Las Vegas.

—¿Comeremos primero?

—Comeremos después —corrigió Mason, a menos que te contentes de momento con una hamburguesa o un perro caliente.

Della Street se fue al teléfono y llamó al restaurante cafetería situado en una de las esquinas del recinto del aparcamiento.

—¿Pueden —preguntó— preparar dos hamburguesas que podamos pasar a recoger dentro de unos veinte minutos? Soy Della Street, secretaria de Perry Mason... Eso es. El señor Mason quiere la suya con mucha cebolla y bien sazónada. Yo quiero la mía muy sazónada y sin mucha cebolla. Empiecen a prepararlas en seguida, por favor.

Della Street colgó el teléfono.

Mason consultó su reloj, hizo una mueca y dijo:

—¿Qué opinas de Paul, Della?

—Paul —contestó Della— se trae algo entre manos esta noche. Cenará probablemente un hermoso filete, patatas al horno, cebollas fritas a la francesa y una buena ensalada, todo regado con una botella de vino de cosecha. Y —continuó— a poco que pueda, lo cargará todo a la cuenta de gastos y te pasará la factura.

Un cuarto de hora después, sonó en la puerta la llamada peculiar de Drake. Della Street la abrió y Drake anunció:

—Sólo hay dos matrículas de Nevada en el aparcamiento, Perry.

—¿Tienes los nombres de los propietarios?

—Los coches no llevan cédula fiscal. Una de las matrículas es ATK 205. Le hice unas cuantas preguntas al empleado del aparcamiento y logré averiguar el tiempo que hacía que el coche estaba aparcado allí: seis horas. La matrícula del otro automóvil es

SFU 804. Y hace ocho horas que se encuentra en ese lugar.

Mason asintió significativamente con la cabeza en dirección a Della Street.

—Está bien, Paul, ponte en contacto con la policía de Nevada. Quiero información sobre esas matrículas. Luego comunícate con tus corresponsales en las respectivas ciudades de Nevada y averigua cosas sobre los propietarios de los coches. Por el momento sólo quiero antecedentes de tipo general, nada de detalles. Y ten en cuenta que hasta ahora hago todo esto por mi cuenta, así que procura mantener tus gastos dentro del límite de lo razonable.

—¿Qué quieres decir con eso de razonable?

—Bueno —repuso Mason—. Della me señalaba que probablemente tenías un compromiso, que cenarías un hermoso filete con las consiguientes guarniciones culinarias, que lo regarías con una botella de vino de cosecha y que lo cargarías todo a la cuenta de gastos.

—No creo que me sea posible si tengo que estar pegado a un teléfono —dijo Drake.

—No tienes por qué estarlo —le indicó Mason—. Llama a la policía de Nevada. Consigue los nombres de los coches y sus direcciones. Te telefonearé en cuestión de treinta y cinco o cuarenta minutos. Me parece que para entonces podrás tener esa información. Después haz que tus corresponsales se pongan a trabajar en el caso y vete a cenar. Para cuando tengan la información y te la comuniquen, tú ya estarás de vuelta en tu despacho.

—¿Y la cena irá a cargo de la cuenta de gastos?

—Ya veremos.

Drake sonrió maliciosamente.

—¡Vaya un acontecimiento! Normalmente, cuando trabajo en alguno de tus casos, tengo que conformarme con una empanada hamburguesa para cenar, y bicarbonato sódico de postre... Me voy.

Mason hizo una señal con la cabeza a Della Street.

Se dirigieron rápidamente al restaurante, donde Della recogió las hamburguesas, que comieron camino del aeropuerto.

Capítulo 3

Desde el aeropuerto, Mason telefoneó a Paul Drake.

—¿Conseguiste los informes sobre esos coches de Nevada, Paul?

—En efecto —contestó Drake—. El coche con matrícula ATK 205 está registrado a nombre de Melina Finch, 625 de Cypress Avenue, Las Vegas. La matrícula SFU 804, al de Harley C. Drexel, 291 de Center Street, Carson City. ¿Lo tienes?

—Repítemelo —repuso Mason—. Quiero repasarlo para asegurarme de que lo he anotado bien.

Drake volvió a darle los nombres y direcciones, junto con los números de las matrículas.

Mason cerró con un golpe seco su cuaderno de notas y dijo:

—Perfecto, Paul. Ahora pide a tus corresponsales que se informen sobre estas personas.

—No tengo ningún corresponsal en Carson City —señaló Drake—. Reno es el lugar más cercano. Está a casi cincuenta kilómetros de distancia y mis corresponsales tardarán algún tiempo en enviar allí a un hombre con esa misión.

—Trata de tenerlo solucionado para medianoche, si te es posible —indicó Mason.

Y colgó el teléfono.

Della Street anunció:

—El piloto está listo para despegar.

Mason y su secretaria corrieron hacia el bimotor de filamento.

Mason dijo al piloto:

—Una vez que hayamos llegado a Las Vegas, espérenos allí. Estaremos de vuelta esta misma noche. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió el piloto.

Se ciñeron los cinturones de seguridad, los motores se pusieron en marcha y el piloto, recibida de la torre de control la orden de

despegue, barrió la pista con su aparato, se remontó luego en el aire y, después de tomar altura, puso rumbo a Las Vegas.

El sol, que se aprestaba a ocultarse por el Oeste, iluminaba las montañas mientras el abogado y Della Street sobrevolaban las ciudades del valle. Encontraron turbulencia atmosférica sobre las montañas y, dejando atrás los picos poblados de arbolado, sobrevolaron las sombras purpúreas del desierto.

Era noche cerrada cuando aterrizaron en Las Vegas.

—Espérenos —le dijo Mason al piloto—. Siento no poder darle una hora concreta de partida. Lo mismo puede pasar de una hora, como incluso ser más, pero téngalo todo dispuesto para salir.

—Así lo haré —contestó el piloto—. Quisiera emprender el regreso antes de medianoche, si fuese posible.

—¿Dificultades en el vuelo?

—No. Matrimoniales —replicó el piloto—. Mi mujer no ve con buenos ojos estos viajes a Las Vegas... si no vuelvo antes de que amanezca.

—¿Hace muchos viajes como éste? —preguntó Mason.

—Bueno, eso depende —repuso el piloto, sonriendo maliciosamente—. Desde mi punto de vista, no hago los suficientes. Desde el de mi mujer, hago demasiados.

—Se lo comunicaremos —dijo Mason— en cuanto lo sepamos. Pero creo que estaremos de vuelta antes de medianoche.

Un taxi los llevó al 721 de la Northwest Firston Avenue.

Como Mason había supuesto, era una casa de apartamentos.

Miró en la guía, encontró el nombre de Adelle S. Hastings y llamó al timbre.

No hubo contestación.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Della Street.

Mason declaró:

—Dadas las circunstancias, opino que está justificado que probemos las llaves.

Della Street dijo con inquietud:

—Me parece que debiéramos tener alguna clase de orden oficial para entrar aquí. ¿Por qué no llamamos a la policía... y le pedimos que nos ayude?

Mason sacudió la cabeza.

—Aún no, Della. Nuestra cliente... Bueno, hablando con

propiedad no lo es, pero de todas formas *estamos protegiéndola* lo mejor que sabemos.

—¿Protegiéndola de qué? —inquirió Della Street.

—Ésa —contestó Mason— es una de las cosas que estamos intentando descubrir. Puede que la protejamos de sí misma.

—¿De veras lo crees así?

—No lo sé.

Mason abrió su cartera, sacó los dos llaveros y empezó a probar llaves en la puerta de entrada de la casa de apartamentos.

Pero ninguna de las llaves demostraba ser la adecuada.

—Parece que no ha habido suerte —comentó Della Street.

—Aún nos queda la última por probar —advirtió Mason.

Introdujo la llave en la cerradura, que cedió suavemente.

—¡Vaya! —dijo Mason—. Sin duda era ésta.

Della Street vaciló cuando Mason mantuvo abierta la puerta de la casa de apartamentos, invitando a pasar en primer lugar a su secretaria.

—Adelante —le dijo el abogado—. Es el apartamento número 289.

—¿Pero por qué subir? —preguntó Della Street—. Ya sabemos que una de las llaves pertenece a aquí. Sabemos también que el bolso es de la señora Hastings. Sabemos que no está en casa y...

—¿Cómo sabemos que no está en casa? —inquirió Perry Mason.

—Porque no contesta al timbre.

Mason dijo:

—Tal vez no quiera recibir visitas o no pueda contestar al timbre.

Della Street se quedó pensativa un momento; después atravesó el umbral de la abierta puerta y recorrió el pasillo en dirección al ascensor.

Subieron en él hasta la segunda planta, encontraron el apartamento 289 y Mason oprimió el botón de nácar que había junto a la puerta. Pero del interior del apartamento no les llegó el menor ruido que indicara que fueran a abrirles la puerta.

Mason golpeó en la misma con los nudillos.

Al cabo de unos instantes, el abogado anunció:

—Della, sé que no está bien hacerlo, pero voy a entrar. Quizá fuese mejor que esperaras aquí.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha.

—Voy a cerciorarme de que no hay un cadáver ahí dentro.

—¿Te refieres al de la señora Hastings?

—Nunca se sabe —contestó Mason—. Las dos balas disparadas de ese revólver debieron haber hecho algún blanco.

El abogado, utilizando la misma llave que le había permitido el acceso por la puerta principal de la casa, comprobó que también esta cerradura cedía y abrió la puerta del apartamento. Buscó a tientas el interruptor de la luz y, al encontrarlo, lo accionó.

Se hallaba en un apartamento de tres habitaciones, con la sala de estar al frente, una puerta a uno de los lados que daba evidentemente a un dormitorio y otra —que aparecía abierta— que comunicaba con una pequeña cocina. Todo parecía indicar que el apartamento había sido alquilado con muebles inclusive, pero superaba considerablemente el término medio de apartamentos amueblados que se alquilaban a las personas que iban a Nevada a pasar una corta temporada, conseguir el divorcio y luego irse.

—Bien —dijo Mason—, por el momento no se ve ningún cadáver... ni prácticamente nada que indique la presencia de la ocupante.

»Hay unos cuantos libros diseminados por la salita y la consabida serie de revistas sobre la mesa... un cenicero con dos colillas de cigarrillos y un vaso con... ¡Demonio!

—¿Qué? —exclamó Della Street, por el tono de la voz de Mason. Mason señaló el vaso.

—Cubos de hielo —anunció.

—¡Dios mío! Entonces alguien ha estado aquí y...

La puerta del dormitorio se abrió. Una mujer tocada con un gorro de baño y enfundada en una bata estaba observándolos con ojos indignados.

—Adelante, siga —ironizó—. ¡Está usted en su casa! No se preocupe por mí.

—Lo lamento muchísimo —se disculpó Mason—, pero no tenía la menor idea de que estuviera usted en casa. He llamado a la puerta y tocado el timbre. Hoy mismo la telefoneé con anterioridad y no me contestó nadie.

—He estado en Los Ángeles durante todo el día —repuso la mujer—. Y ahora tenga la bondad de decirme quién es usted, cómo

entró y lo que quiere, o llamo a la policía.

Mason explicó:

—Soy Perry Mason, un abogado de Los Ángeles. ¿Por qué no regresó a mi despacho?

—¿Regresar a su despacho? —preguntó.

—Sí.

La ocupante del apartamento espetó:

—No he estado jamás en su despacho y mucho me parece que no tiene usted nada de abogado. ¿Quién es ésa que le acompaña?

—La señorita Della Street, mi secretaria —repuso Perry Mason.

—¿Cómo han entrado?

—Utilizamos su llave —contestó Mason.

—¿Qué quiere decir con eso de mi llave?

—Ni más ni menos que lo que dije. Se dejó usted olvidada su llave en mi despacho... junto con algunas otras cosas.

La mujer conminó:

—Si no salen de aquí, voy a...

Se volvió bruscamente y corrió hacia el interior de su alcoba, dejando la puerta abierta.

Mason la vio abrir con furia el cajón de una mesita de noche, introducir nerviosamente su mano en él, buscar a tientas durante unos instantes y luego regresar hasta la puerta con una expresión estupefacta pintada en el rostro.

Dio media vuelta como una exhalación y descolgó el teléfono situado junto a su cama.

—Después de todo, creo que lo mejor es llamar a la policía —dijo.

—Aguarde un momento —apremió Mason—. ¿Está *completamente* segura de que quiere llamarla?

—¿Por qué no?

Mason explicó:

—Se dejó usted olvidado su bolso en mi despacho, ¿sabe? Y había unas cuantas cosas en él.

—¿Mi bolso en su despacho?

—Sí. ¿No lo ha echado en falta?

Lentamente, la mujer bajó la mano y volvió a dejar caer el teléfono sobre su soporte.

—Vamos —dijo la ocupante del apartamento—, creo que es

mejor que se explique de una vez.

Mason repuso:

—Pues yo creo que es usted la que debe tomar la iniciativa, señora Hastings. Puedo asegurarle que estoy aquí porque trato de ayudarla. Empecé a sentirme muy preocupado por usted cuando no regresó a mi despacho y vi que se había dejado su bolso, su monedero, permisos de conducir, llaves y... eso otro.

—¿Qué es eso otro?

Mason señaló la mesilla de noche con su cajón abierto.

—Lo que pretendía usted estar buscando hace sólo un momento. Permítame felicitarla por su espléndida actuación. Espero sinceramente que pueda desenvolverse tan bien cuando se halle delante de un jurado.

La señora Hastings le miró pensativa durante unos momentos y después dijo:

—Señor Mason, si es que es en realidad Perry Mason, ¿tiene usted mi bolso?

Mason asintió con la cabeza.

—¿Dónde lo encontró?

—Fue usted hoy a mi oficina poco después del mediodía y se lo dejó al salir.

—Yo no he estado para nada en su oficina. Conozco el nombre de Perry Mason. Viví algún tiempo en Los Ángeles con mi marido y lo he visto mencionado de vez en cuando en los periódicos. No he estado en mi vida en su despacho.

—¿Y su bolso? —preguntó Mason.

—Me lo robaron del coche a alguna hora de ayer. Yo estaba en Los Ángeles. Necesitaba cigarrillos. Encontré sitio donde aparcar delante de un almacén, cogí un billete de dólar de mi monedero, corrí hacia el almacén, tomé un paquete de cigarrillos y... Bueno, cuando salí, el bolso había desaparecido... aunque no lo eché en falta hasta más tarde.

—Comprendo —dijo Mason, sonriendo ligeramente—. Bien, si tuvo usted la presencia de ánimo de denunciar a la policía que le habían robado el bolso, quizás el jurado dé crédito a la versión que usted cuenta.

—¿A qué viene eso del jurado? ¿Por qué no habría de dar crédito a mi versión? ¿Qué razón tendría yo para inventar una

historia?

—De lo que deduzco que no denunció usted el hecho a la policía.

—Es cierto, no lo hice; pero no creo que eso le importe a usted en lo más mínimo.

—¿Por qué no denunció el robo a la policía?

—Porque —dijo la señora Hastings— en primer lugar no me di cuenta de que me había desaparecido el bolso hasta que llegué a mi casa de Los Ángeles y busqué la llave.

»Verá, yo tenía una cita con mi marido. Temía llegar tarde y él es muy amante de la puntualidad, así que tenía prisa. Por eso ni siquiera metí los cigarrillos en el bolso, sino que arrojé el paquete sobre el asiento. El bolso debía de haber desaparecido ya entonces. En realidad, ése fue el único momento en que *pudieron* habérmelo quitado; pero no caí en ello hasta que llegué a mi casa y fui a echar mano de mi llavero.

—¿Por qué no lo notificó entonces a la policía? —preguntó Mason.

—Mi esposo me dijo que sería perder el tiempo y... Bueno, no quería que se supiera que yo iba a pasar la noche allí, en nuestra casa. Compréndalo, estamos separados y...

—¿Su desgana en acudir a la policía se debía en parte al hecho de que había algo más en su bolso? —preguntó Mason—. ¿Lo mismo que estaba usted buscando hace unos momentos en el cajón de la mesilla de noche?

—¿El revólver? —admitió la señora Hastings.

—Sí.

—No lo llevaba en el bolso —dijo—. Que yo sepa, estaba en ese cajón de la mesilla. Evidentemente, alguien ha cogido el arma: con toda seguridad la misma persona que me robó el bolso, puesto que las llaves de este apartamento se hallaban en él... y ahora aparece usted con ellas. Quizá sea su versión la que debiera comprobarse, señor Mason.

—¿No llevaba usted el arma consigo al marcharse a Los Ángeles?

—Desde luego que no. Fui a Los Ángeles para verme con mi marido. Regresé esta misma tarde y hace tan sólo veinte minutos que estoy aquí. Fumé un par de cigarrillos, tomé un trago y estaba

duchándome cuando oí voces por el apartamento... Ahora, señor Mason, si tiene usted mi bolso, le exijo que me lo devuelva.

Mason respondió:

—Antes quisiera hacerle un par de preguntas.

—No tiene usted derecho a hacerlas... como no tiene más derecho que yo se las conteste del que tenía cuando cogió mi llave y entró ilegalmente en este apartamento.

Súbitamente, Mason se transformó en un hombre mordazmente práctico.

—¿Estuvo usted ayer en Los Ángeles?

—Sí.

—¿Tenía usted una cita con su marido?

—Sí, ya se lo dije.

—¿Acudió usted a ella?

—Sí.

—¿Para qué quería ver a su marido?

—Eso no es de su incumbencia.

—¿Asignación de bienes?

—Ya se lo dije que eso no es de su incumbencia.

—¿Llegó usted a algún acuerdo con él?

—Le repito que eso no es de su incumbencia, señor Mason.

—¿Dónde pasó usted ayer la noche?

—Para su información, la pasé en mi propia casa, pero, una vez más, eso no es de su incumbencia.

Mason dijo:

—Mire, señora Hastings, si está usted mintiendo, y me parece que así es, ha elaborado lo que en su opinión es un embuste muy ingenioso. Pero le advierto que de nada le servirá. La policía es muy concienzuda y muy lista.

—De mis asuntos me ocupo yo, señor Mason. Ocúpese usted de los suyos.

El abogado explicó:

—El bolso que se dejó usted olvidado en mi oficina poco después del mediodía contenía su permiso de conducir, un monedero con una considerable suma de dinero, llaves y un arma de fuego; y para su información, le diré que dos cartuchos de esa arma habían sido disparados recientemente.

—¡Qué! —exclamó la mujer, con ojos desorbitados.

Mason comentó:

—Es usted una actriz muy convincente. Le aseguro que hay un momento en que no puedo evitar dar crédito a su versión de los hechos, pese a que va contra toda lógica.

Adelle Hastings se acercó a una silla y se desplomó sobre ella, como si sus rodillas se negaran a soportar por más tiempo el peso de su cuerpo.

—¿No quieren... no quieren tomar asiento? —preguntó.

Mason hizo una inclinación de cabeza a Della Street.

Se sentaron.

La señora Hastings dijo al fin:

—Señor Mason, ha entrado usted ilegalmente en mi apartamento con un propósito que no acabo de entender. Como abogado que es, ha conseguido usted ponerme a la defensiva haciéndome preguntas y diciéndome que mi versión de lo ocurrido no es cierta. Ahora me gustaría conocer la suya.

Mason replicó:

—Mi versión puede ser confirmada por mi secretaria, aquí presente, y por la recepcionista de mi despacho. Según ella, llegó usted a él a eso de las doce y veinte, pero después de que la señorita Street y yo nos hubiéramos ido a comer. Dijo que usted le advirtió que tenía que abandonar la oficina durante unos instantes y que en seguida estaría de vuelta; pero usted ya no regresó.

»Luego, por la tarde, encontramos este bolso junto al sillón en el que usted había estado sentada. Naturalmente, no sabíamos entonces que era suyo. Lo llevé a mi despacho particular y la señorita Street y yo hicimos un inventario de su contenido.

—¿Abrieron —preguntó la señora Hastings— el monedero?

—Sí.

—¿Qué encontraron en él?

—Dinero.

—¿Cuánto?

Mason señaló con la cabeza hacia Della Street.

Ésta sacó un cuaderno de notas de su bolso y dijo:

—Tres mil ciento diecisiete dólares con cuarenta y tres centavos.

—¿Y había también un arma en su interior?

—Sí.

—¿Y dice usted que había sido disparada por dos veces?

—Sí.

—¿Dónde... dónde está ahora esa arma?

—En un cajón de mi despacho.

—¿Y mi bolso, con todo lo que contenía?

—Lo tengo conmigo.

—¿Tiene usted —preguntó la mujer— algún modo de probar que es Perry Mason?

—Desde luego —repuso Mason.

Sacó una carterita de su bolsillo y le mostró su permiso de conducir y tarjetas de crédito.

—Bueno —concluyó la señora Hastings—, creo que tendré que aceptar su versión. ¿Dónde está mi bolso?

—Aquí, dentro de mi cartera portadocumentos —dijo Mason.

—Bien, por lo menos recuperaré eso.

—No hasta que me haya demostrado que es usted Adelle Hastings o la señora Garvin S. Hastings.

—Pero no puedo demostrárselo. Todas las pruebas están en su poder... están en el bolso que tiene usted.

Mason replicó:

—Pues no voy a devolver ese bolso a nadie hasta que me cerciore de la identidad de quien me lo pida.

La mujer quedó pensativa unos instantes y luego empezó:

—Si tiene usted mi bolso, tendrá un tarjetero conteniendo mis permisos de conducción.

Mason asintió en silencio.

—En el permiso de conducción de California —prosiguió— figura la huella digital del pulgar y también mi fotografía.

—La fotografía —intervino Mason— no es bastante para convencerme.

—Pero está la huella digital del pulgar —alegó ella—. Eso sí podrá hacerlo.

Se dirigió a un escritorio, lo abrió, derramó un poco de tinta de una botella sobre un papel secante, presionó su pulgar contra el mismo y después hizo repetidamente otro tanto contra una hoja de papel.

—Creo que estas huellas son bastante claras —dijo—. Puede usted compararlas con las otras.

—No tiene por casualidad una lente de aumento, ¿verdad? —

preguntó Mason.

—No. No... Espere un momento, creo que sí. Es sólo un momento.

Abrió otro cajón del escritorio y revolvió entre un montón de chismes. Al fin apareció en su mano una lente de aumento.

Mason abrió su cartera portadocumentos, introdujo la mano; sacó el tarjetero, buscó la huella digital del pulgar del permiso de conducción de California y la comparó meticulosamente con las diversas impresiones del papel que la mujer le había entregado.

Satisfecho al fin, el abogado sacó el bolso de la cartera portadocumentos y declaró:

—Aquí está todo excepto el revólver, que quedará bajo mi custodia.

—¿Por qué?

—Puede ser una prueba.

—¿De qué?

—De asesinato.

La mujer le miró sin pronunciar palabra, con ojos aterrorizados.

—¿De dónde sacó el arma? —preguntó Mason.

—Me la dio mi marido.

—¿De dónde la sacó él?

—La compró.

—¿Por qué se la dio a usted?

—Para protegerme, pues a veces conduzco de noche.

—¿Qué ocurrió anoche?

—Mi marido y yo llegamos a un acuerdo.

—¿Respecto a la asignación de bienes?

—Sí.

—¿Conoce a un abogado que se llama Banner? —interrogó Mason.

—¿Huntley L. Banner? —preguntó la mujer a su vez, con un deje de disgusto en la voz.

—Sí. ¿Quién es?

—El abogado de mi marido. Creo que él es el verdadero causante de la separación de nuestro matrimonio.

—¿De veras se han separado ustedes?

La mujer hizo un gesto amplio e inclusivo con la mano, señalando el apartamento.

—¿Qué cree que estoy haciendo aquí? —exclamó—. Ni más ni menos que establecer mi residencia.

—¿Así que quiere conseguir el divorcio?

—Sí.

—¿Ruptura amistosa?

—Desde luego. Mi esposo pagará todos mis gastos.

—Sostuve una entrevista esta tarde con Banner —dijo Mason.

—¿Usted?

—Exacto.

—¿Cómo se le ocurrió a usted ponerse en contacto con él?

—No se me ocurrió a mí. Fue él quien se puso en contacto conmigo. Me dijo que usted le había telefoneado a su despacho comunicándole que iba a poner sus asuntos en mis manos con el propósito de negociar una asignación de bienes.

—¿Cómo es posible que dijera una cosa semejante? Jamás le llamé ni sentí la menor necesidad de procurarme un abogado. Mi marido y yo llegamos a un acuerdo sin dificultad alguna. Estuvimos estudiando cuanto se relacionaba con ciertos bienes petrolíferos.

—Según Banner, estaba autorizado para tratar sobre una asignación de bienes —apuntó Mason.

La señora Hastings comentó:

—Créame que no puedo entenderlo.

—¿El qué? —preguntó Mason.

—El hecho de que Garvin no llamase a Huntley Banner para decirle que todo estaba solucionado... ¿A qué hora se entrevistó usted con él?

—Más o menos a las dos de esta tarde, tal vez un poco después de las dos. No tomé nota de la hora exacta.

—¡Vaya! Garvin tenía que verle a primera hora de la mañana.

—¿De esta mañana?

—Sí.

—Pues —señaló Mason— evidentemente no lo hizo. ¿Hay alguna razón por la que no quisiera hacerlo?

—No. Me dijo que ése era su propósito y yo sabía que cumpliría su palabra.

—*Evidentemente* —repitió Mason— no la cumplió.

—Le aseguro que no puedo entenderlo. No es propio de él. Él... Mason indicó el teléfono.

—¿Por qué no le llama ahora mismo —dijo— y le pregunta cuál es la razón?

—Es una buena idea —contestó ella.

La señora Hastings se dirigió al teléfono, pidió larga distancia y dijo:

—Quiero poner una conferencia con cargo al señor Garvin S. Hastings, de Los Ángeles. Se trata de una llamada de persona a persona y el importe deben cobrarlo al número solicitado. Soy la señora Hastings.

Dio a la telefonista su propio número y el del abonado de Los Ángeles y quedó a la espera.

—¿Siempre llama a su marido con cargo al número solicitado? —preguntó Mason.

—Sí —repuso la mujer—. Garvin lo quiere así. Eso le permite saber que soy yo la que llamo y desde dónde lo hago. No le gusta que nadie le telefonee sin saber de quién se trata.

—¿No tiene una secretaria para atender al teléfono?

—No cuando está en casa por la noche. Él...

Se interrumpió y dijo en el teléfono:

—¿Está segura...? No, no se moleste. Déjelo, por favor.

Colgó lentamente el teléfono, miró a Mason y explicó:

—No puedo entenderlo. La operadora de larga distancia dice que se oye una grabación magnetofónica. Es un servicio de respuesta que tiene montado Garvin cuando le llaman: una voz comunica que se trata de una grabación, que se dispone de treinta segundos a partir de que la voz deja de hablar para dejar el recado que se quiera dar, y que éste quedará registrado en la cinta para que pueda ser escuchado cuando el interesado regrese y conteste al teléfono personalmente.

—También yo intenté llamar a ese número —señaló Mason— y se me dijo lo mismo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta tarde, luego de que hiciéramos el recuento del contenido de su bolso.

—Pero no puedo entenderlo —repitió Adelle—. No puedo entender por qué Garvin no llamó por teléfono a Huntley Banner

para comunicarle nuestro acuerdo.

—¿Tenía que hacerlo esta mañana?

—Sí.

—¿No estaba usted allí entonces?

—No —repuso—. Tenía otros compromisos.

Mason indicó:

—Usted llegó aquí hace poco. Pero no le llevó todo el día venir desde Los Ángeles en coche.

—Tuve otras cosas que hacer.

—¿Cuáles?

—No creo que deba darle más explicaciones, señor Mason.

—Muy bien —replicó el abogado—. Empezaremos a atar cabos. Usted estuvo con su marido anoche.

—Sí.

—Llegó a un acuerdo con él en relación con la asignación de bienes.

—Sí.

—Él debía telefonar a su abogado, Huntley Banner, para decirle que preparase los documentos necesarios que usted tenía que firmar. Y debía hacerlo esta mañana a primera hora.

—Sí.

—Banner no tuvo noticia alguna de su marido —continuó Mason—. A usted le robaron el bolso ayer, y hoy, a eso del mediodía, apareció olvidado en mi oficina. En ese bolso había un revólver del calibre treinta y ocho. Una mujer, llevando enormes gafas oscuras que hacían extremadamente difícil reconocerla, acudió a mi despacho poco después del mediodía, dijo a la recepcionista que se llamaba Hastings, que tenía que verme para un asunto de la mayor importancia, que corría peligro y que necesitaba protección y un detective privado.

»Luego, al cabo de pocos minutos, dijo que tenía que abandonar la oficina y que volvería en seguida. Se marchó y ya no regresó. Se dejó, al parecer olvidado, el bolso de usted en mi oficina. En ese bolso estaba la pistola de usted, que había sido disparada dos veces.

»Su esposo no hizo lo que se suponía que debía haber hecho hoy. Y tampoco contesta al teléfono.

»Ahora bien, señora Hastings, supongamos por un momento que una mujer le hubiera robado a usted su bolso, hubiera ido a la casa

de su esposo poco después de que usted la abandonara esta mañana, hubiera hecho dos disparos... y su marido estuviera tendido allí muerto. ¿Qué cree que le ocurriría a usted?

La señora Hastings palideció; luego, súbitamente, la sospecha brilló en sus ojos.

—¡Ah, un momento! —exclamó. Y tras una breve pausa añadió —: Conque ése es su juego, ¿eh?

—¿Cuál?

—Usted representa a la persona que me robó el bolso y ahora trata de cargarme a mí el muerto.

—¿Mi misterioso cliente le robó el bolso antes de que viera usted a su marido? —quiso saber Mason.

—Sí. Entonces fue cuando me lo robaron.

—¿Le contó a su marido que le habían robado el bolso?

—Sí, claro.

—¿Estaba usted a solas con él anoche?

—Sí.

—¿Tenía usted dinero?

—No tenía nada cuando llegué —dijo—. Mi esposo me dio quinientos dólares para ir tirando. Me compré un bolso y un monedero nuevos.

—¿Y viajó usted en su coche sin llevar permiso de conducción?

—Sí.

—¿No se hizo de un certificado conforme había extraviado el permiso?

—No. Iba a hacerlo a última hora de esta tarde. Pensaba denunciar a la policía que me habían robado el bolso.

—¿Pensaba decirles también que llevaba un arma de fuego en él?

—Desde luego que no. No tenía idea de que el revólver estuviese en el bolso.

Mason le dijo entonces:

—He venido hasta aquí en un avión de alquiler y voy a regresar a Los Ángeles. Quería aclarar todo este asunto. Temía que corriese usted peligro. Le sugiero que venga conmigo, que vaya a su casa e investigue por sí misma... ¿Tiene su marido alguna secretaria que tenga acceso a ella durante el día?

—No, a menos que la solicite. Hace en su despacho la mayor

parte de su trabajo.

—¿Tenía él hoy algún compromiso?

—No lo sé.

—¿No tendría usted modo de averiguar si lo ha cumplimentado?

La señora Hastings dijo:

—Puedo llamar a Simley Beason.

—¿Quién es?

—El jefe administrativo y director general. Es la mano derecha de Garvin, mi marido.

—¿No lo es Banner?

—Oh, Banner —repitió, mascullando entre dientes y con disgusto aquel nombre— no es más que un abogado que procura introducirse cada vez más en las cosas de mi marido. ¡Ojalá Garvin pudiera verlo tal cual es! Pero tiene completamente hipnotizado a mi esposo. No ocurre lo mismo, en cambio, con Simley Beason. Simley conoce bien la clase de hombre que es Banner: un abogado oportunista, ambicioso, calculador y sin escrúpulos que no tiene otro afán que el de ganar la progresiva confianza de mi marido, lo mismo en los asuntos de negocios que en los legales... Voy a llamar a Simley.

Descolgó el teléfono y pidió una conferencia personal con Simley Beason.

—¿Tiene usted el número de su casa? —inquirió Mason.

—Sí, claro... Oh, no sea tan endemoniadamente suspicaz, señor Mason. Eso es lo malo de ustedes, los abogados... Trabajé un tiempo como secretaria de mi marido después de que nos casamos. Era ya su secretaria antes de nuestro matrimonio. Ha llamado a Simley Beason un centenar de veces en...

»Oiga, oiga... ¿Simley? Soy Adelle Hastings... Muy bien... Sí, en Las Vegas... Exacto, me fui ayer a Los Ángeles en el coche. Hace sólo un rato que he vuelto... Bien estupendo... Una cosa, Simley: estoy tratando de comunicar con Garvin, pero no contesta. Está conectado el servicio de respuesta y... ¿Qué...? ¿No dijo nada...? ¡Vaya, qué raro...! No, no, supongo que no tiene nada de particular. Probablemente surgió algo que le obligó a marcharse de la ciudad... pero no es propio de él... Bueno, muchas gracias. Siento haberte molestado. Quería hablar con él. Volveré a llamarte mañana. ¡Ah, Simley! En cuanto sepas algo, dímelo, ¿quieres? Dile que quiero

verle.

»Bueno, no es exactamente confidencial; es decir, en cierto modo sí y en cierto modo, no. Llegué a un acuerdo con él en la cuestión de los bienes y... bueno, muchas gracias. Sabía que te alegrarías... No lo sé. Tenía que ponerse en contacto con Huntley Banner a primera hora de esta mañana. Al parecer no lo hizo. Banner aún cree que lleva la voz cantante y sigue intentando negociar una asignación de bienes, como él dice. En realidad lo que intenta es hacerse indispensable para que Garvin deposite cada vez más su confianza en él... Lo sé, Simley... Como sabes bien que no soy codiciosa.

»Me consta que no hay comunidad de bienes, pero renuncié a un buen empleo, a una carrera y a mis lazos profesionales y fui una buena esposa para Garvin por lo menos durante año y medio... Francamente, creo que todo hubiera ido la mar de bien de no haber sido por ese Banner... Bien, sé que tienes otras cosas que hacer que sentarte a hablar de Huntley Banner por teléfono. Dile a Garvin cuando lo veas que he estado intentando ponerme en contacto con él, ¿quieres...? Seguramente volverá mañana por la mañana, ya que tiene esa cita. De acuerdo, gracias. Hasta la vista.

La señora Hastings colgó el teléfono y dijo a Mason:

—Mi marido no estuvo en su despacho en todo el día, lo que es extraño, aunque no había concertado ninguna cita; pero si tenía correspondencia importante que dictar. Sin embargo, tiene un compromiso *muy* importante para mañana por la mañana a las diez, y por ello es seguro que estará allí.

—Suponiendo que acuda a sus citas —advirtió Perry Mason.

La señora Hastings replicó:

—Señor Mason, tiene usted una de esas odiosas mentes legales que desconfían siempre de todo. Ha estado a punto de convencerme de que mi marido había sido poco menos que muerto a tiros con mi propio revólver.

—Y —señaló Mason— ahora casi yo mismo lo estoy de ello.

La mujer exclamó:

—Se parece usted cada vez más a Huntley Banner... No, no quise decir eso. Sería una afirmación gratuita por mi parte. Me refiero a que ustedes, los abogados, son todos iguales... No, tampoco es eso lo que quería decir, sino que mi esposo tiene

demasiados asuntos entre manos. Lleva numerosos e importantes negocios y sin duda surgió algo que le obligó a salir inesperadamente de la ciudad; y como no tenía ninguna cita importante en el despacho, no apareció por él.

—¿Sin tan siquiera telefonear?

La señora Hastings entornó por un momento los ojos y dijo:

—Lo alarmante sería que Garvin no apareciese por el despacho mañana por la mañana a las diez para atender a esa cita... Pero acudirá.

Mason apuntó:

—Voy a hacerle una sugerencia, señora Hastings. Me dispongo a regresar a Los Ángeles en un avión de alquiler. Creo que lo mejor sería que usted nos acompañase para ver si todo está en orden en su casa.

—¿Y si no lo está? —inquirió la dama.

—Denúncielo a la policía.

—¿No cree —contestó— que eso haría muy poco verosímil mi declaración? ¿Cómo iba a decirle a la policía que había volado desde Las Vegas sólo porque se me ocurrió de pronto que le había pasado algo a mi marido?

—Yo la acompañaría —recordó Mason—. Iríamos juntos a la casa. Si hubiera sucedido algo, lo denunciaremos ambos a la policía y yo asumiré la responsabilidad.

—Y si no hubiera sucedido nada —dijo la señora Hastings— mi esposo se pondría hecho una verdadera furia, señor Mason, tanto con usted como conmigo. Probablemente eso a usted lo tuviera sin cuidado, pero en lo que a mí respecta, echaría a rodar una nada despreciable asignación de bienes.

»Muchas gracias por devolverme mis cosas, señor Mason. De todos modos creo que le dejaré echar un vistazo al documento de la asignación de bienes después de que Huntley Banner lo tenga listo, porque no me fío un pelo de él.

—¿Y el arma? —preguntó Mason.

—El arma —repitió la dama, frunciendo el ceño—. ¿Está seguro de que habían sido disparados dos de sus cartuchos?

—Sí.

—Yo siempre lo tenía totalmente cargado —comentó la señora Hastings.

—¿Y alguien se lo robó? —inquirió Mason.

—Exactamente. Ya se lo he dicho.

—¿No viene usted con nosotros? —preguntó el abogado.

—No, y desearía que dejara usted de interesarse por el caso. Ahora ya ha comprobado que estoy bien y me ha devuelto el bolso. Creo que volveré a ponerme en contacto con usted, pero no quiero que usted... bueno, no quiero que usted enmarañe las cosas. ¿Comprende?

—Perfectamente —repuso Mason.

Capítulo 4

El piloto del avión «charter» fue al encuentro del taxi en el que Mason y Della llegaron al aeropuerto.

—¡Vaya, qué sorpresa! —exclamó—. No les esperaba hasta dentro de un par de horas por lo menos. ¿Qué les ha pasado, perdieron todo su dinero en el juego?

—Hasta el último centavo —repuso Mason, sonriendo.

—No le haga caso —intervino Della—. Pensó en la mujer de usted.

—Bueno, desde luego va a llevarse una sorpresa —admitió el piloto—. ¿Están listos para emprender el regreso?

—Adelante —contestó Mason.

Se dirigieron al avión, subieron a él, se ajustaron los cinturones de seguridad, el piloto puso en marcha los motores y el aparato despegó, describiendo un amplio y majestuoso círculo sobre el brillantemente iluminado distrito comercial de Las Vegas.

Contemplando las luces que se veían a sus pies, Della dijo:

—Apuesto a que una barbaridad de dinero de muchísimos otros Estados se queda en Las Vegas. Cuando uno se para a pensar que el juego paga todos los impuestos del Estado de Nevada, no hay duda de que debe de representar un fuerte tributo para los turistas.

—Se sorprendería usted del dinero que revierte sobre California —comentó el piloto.

—¿De qué manera? —preguntó Mason.

—Me costaría muchísimo mantener este servicio de alquiler si no fuera por los vuelos a Las Vegas —explicó el piloto—. Las Vegas fomentan nuestros viajes aéreos, los hoteles pagan grandes sumas a los artistas —cuya gran mayoría reside en California del Sur— y en todo mueve una gran cantidad de relaciones comerciales.

»Tengan también en cuenta que muy poca gente pierde más de

lo que puede afrontar. No se trata de jugar en gran escala, a base de miles de dólares. La mayoría de la gente va allí por diversión y paga de buena gana cincuenta o cien dólares por disfrutar de la emoción del juego.

»A decir verdad, creo que esa gente sabe muy bien el impulso comercial que llega a California del Sur. La Cámara de Comercio tenía esta noche un representante allí abajo controlando los aviones de alquiler.

—¿Qué quiere decir con eso de que controlaba los aviones de alquiler? —preguntó Mason.

—Oh, fue sólo un interrogatorio de rutina —contestó el piloto—. Quería saber con cuánta frecuencia hacíamos viajes a Las Vegas, qué porcentaje en nuestro negocio total representaban los viajes a Las Vegas, y cosas por el estilo.

—¿Le pidieron —interrogó Mason— información sobre sus pasajeros, sobre las personas que habían alquilado el avión?

—Sí. Querían saber si se trataba de una corporación o de un particular, de un cliente regular o esporádico.

—¿Le preguntaron los nombres?

—En efecto —repuso el piloto—, pero pensé que eso era ya demasiado personal y les dije que no tenía por costumbre divulgar los nombres de mis clientes.

Mason lanzó una significativa mirada a Della Street.

—¿Dice usted que era la Cámara de Comercio?

—Sí.

—¿Un hombre o dos?

—No era un hombre, sino una mujer. Una criatura que no estaba nada mal.

—¿Puede describirla? —preguntó Mason.

El piloto apartó sus ojos de los indicadores para mirar perspicazmente a Mason.

—¿Por qué? —interrogó—. ¿Ocurre algo?

—No lo sé —replicó el abogado—. No son más que conjeturas. Descríbame a esa mujer.

—Bueno, veamos. Tendría unos veintinueve o treinta años, o por ahí; buena figura, no muy alta y bonitas curvas, sin llegar a estar gruesa. Los ojos eran azules... bueno, como agrisados.

—¿Rubia o morena?

—Morena.

—¿Peso?

—Oh, alrededor de los cincuenta y cuatro o cincuenta y seis kilos: ideal.

—¿Cómo supo usted que era de la Cámara de Comercio? ¿Le mostró algún carnet o tarjeta?

—No. Tan sólo me lo dijo. No se anduvo por las ramas; fue directamente al grano y me contó que estaban procurando recoger datos estadísticos. Añadió que iba a controlar durante un mes el tráfico de aviones de alquiler. Asimismo pensaba fiscalizar el número de pasajeros que llegaran en los vuelos regulares.

—¿Y los automóviles procedentes de California? —preguntó Mason.

—No mencionó nada al respecto.

—Bien, todo eso es muy interesante —comentó Mason, mirando desde su asiento de copiloto hacia el lugar en que se hallaba Della Street, quien volvía a guardar su cuaderno de notas después de haber escrito en él la descripción de la mujer que había estado interrogando al piloto.

Siguieron volando en silencio durante quince minutos, contemplando las estrellas que brillaban por encima de sus cabezas y el oscuro cuenco del desierto que se extendía a sus pies, rasgado por los faros de los automóviles que circulaban por la pavimentada carretera.

—Pensándolo bien —exclamó de repente el piloto— resulta un poco extraño. La gente que va a Las Vegas en avión no es más que una pequeña parte de los turistas que afluyen a esa ciudad. Si uno va en avión, mil lo hacen en coche. Bueno, en todo caso doscientos o trescientos.

—Ya se sabe —dijo Mason con aire despreocupado—. La gente hace cosas verdaderamente curiosas cuando ha de recoger datos estadísticos.

—De verás que sí —corroboró el piloto—. Supongo que la cosa no tiene mayor importancia, pero de todos modos me ha hecho usted pensar.

Aterrizaron en el aeropuerto de Los Ángeles y Mason se apresuró a comunicar con Paul Drake.

—¿Qué hay de nuevo, Paul? —preguntó.

—¿Ya estás de vuelta? —exclamó Paul—. No esperaba saber de ti antes de las dos de la madrugada.

—Oh, todo ha ido como una seda —explicó Mason—. Hemos hecho algunos progresos y tal vez te dejemos dormir un poco. ¿Qué hay de nuevo?

—Pues —repuso Drake— Melina Finch, 625 de Cypress Avenue, Las Vegas, tiene veintiocho años, está divorciada, es morena, y posee una espléndida figura. Es propietaria de una tienda de objetos de regalo en Las Vegas, pero tiene también a una joven que va y viene de vez en cuando para comprar mercancías. Parece que vive bien y que tiene alguna otra fuente de ingresos, por lo visto una pensión. Su exmarido es un millonario del Este.

Mason preguntó:

—¿Y en cuanto al otro coche de Nevada?

—Su propietario es Harley C. Drexel, del 291, de Center Street, Carson City. Contratista y constructor, cincuenta y cinco años. Su negocio consiste en comprar solares, levantar casa en ellos, vender la casa con un buen margen de beneficio y comprar otros solares. Hay veces que tiene en danza cuatro o cinco solares y casa, y otras solamente uno.

—De acuerdo —contestó Mason—. Puede que necesitemos más detalles de la Finch. De momento pasaremos por alto a Drexel.

—¿Algo más?

—Esta noche, no —declaró Mason—. ¿Cenaste a gusto?

—Desde luego que sí —repuso Drake—. Muchacho, créeme que tiré la casa por la ventana. ¿Y tú, Perry?

Mason se echó a reír.

—Della y yo nos tomamos una hamburguesa camino del aeropuerto y fíjate si íbamos de prisa que me olvidé por completo de la cena. Apostaría a que Della está muerta de hambre. Espero enmendar mi descuido ahora mismo. Hasta mañana, Paul.

Mason colgó el teléfono y se volvió a Della Street.

—¡Diablo! —exclamó—. Me olvidé por completo de la cena y...

—También yo —admitió Della—. Pero mi estómago está ahora recordándomelo.

—¿Bistec? —quiso saber Mason.

Della negó con la cabeza.

—Me apetecen huevos con jamón.

—No está nada mal —comentó el abogado—. Anda, vamos.

Capítulo 5

Mason entró en su despacho a las diez de la mañana y se quedó en la puerta mirando pensativamente a Della Street.

—Della —dijo— si te pasas hasta altas horas de la noche trabajando, ¿por qué diablos no duermes hasta bien entrada la mañana?

La joven sonrió y dijo:

—Porque no puedo. Me despierto y empiezo a pensar en todo lo que espera en la oficina. Luego, casi sin darme cuenta, me encuentro con que me he despejado por completo, saltado fuera de la cama, duchado, preparado el desayuno y sentado en el mismo autobús de siempre.

El abogado sonrió y anunció:

—Yo también me he despertado esta mañana a la hora de costumbre y empecé a levantarme para ir a ducharme; pero después me relajé y lo primero que supe fue que eran las ocho y media. ¿Hay algo nuevo, Della?

—Por el momento, no. El...

Sonó el teléfono. Della descolgó el auricular y dijo:

—Sí, Gertie —hizo una pausa y añadió—: Espera un momento. Se lo preguntaré.

»Tu misteriosa cliente de ida y vuelta llama a la oficina preguntando a Gertie si es posible concertar una cita contigo esta mañana.

—¿Te refieres a Adelle Hastings?

—Sí.

—Ponme con ella —repuso Mason.

Della Street habló por el teléfono.

—Un momento, Gertie. Pasa la comunicación al señor Mason, ¿quieres?

Mason descolgó el aparato.

—¿Dígame?

La voz de Adelle Hastings tenía un acento de alarma.

—Señor Mason, necesito verle en seguida.

—¿Está usted en Los Ángeles?

—Sí.

—¿Cómo es eso?

—Anoche no pude dormir. Cuanto más pensé, en ello, más me pareció que estuviera usted en lo cierto, y si es así... Necesito verle, si es posible, antes... antes de...

—¿Antes de qué? —preguntó Mason.

—Antes de que ocurra algo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, si Garvin no acude esta mañana a su cita de las diez, Simley Beason... Bueno, eso significaría que algo muy grave le debe de haber sucedido.

—Probablemente esté a punto de llegar —señaló Mason.

—Ése es el caso —dijo la señora Hastings—. Que no ha aparecido por su despacho. Por lo menos hasta hace un par o tres de minutos.

—¿Quiere usted decir que ha estado hablando por teléfono con el señor Beason?

—Sí.

—Entonces esto ya me gusta menos —admitió Mason con aire pensativo—. ¿Está usted muy lejos de mi oficina?

—No. En el aparcamiento que está junto al edificio.

—De acuerdo —anunció el abogado—. Ahora escúcheme con atención. Suba a verme inmediatamente, pero no lo haga por la entrada de la oficina. Fíjese en lo que le digo: no venga por la entrada de la oficina. Diríjase a la puerta que reza PERRY MASON — PRIVADO. Llame a esa puerta y Della Street la hará pasar.

—¿De modo que no debo atravesar la sala de recepción?

—No.

—¿Debo subir directamente?

—Sí.

—Así lo haré —prometió Adelle.

Mason colgó el teléfono y se volvió a Della Street.

—Todo esto empieza a inquietarme, Della.

La secretaria, que había estado controlando la conversación telefónica, asintió con la cabeza.

—Claro que —continuó el abogado— Adelle Hastings pudiera estar en lo cierto en lo de que le robaron el bolso.

—Y también... —empezó Della Street al ver que Mason vacilaba.

—Y también —continuó el abogado, con una maliciosa sonrisa— pudo haber venido a la oficina, dejado su bolso y desaparecido, sabiendo que alguien encontraría el bolso y que su contenido despertaría no poco interés.

»Había dejado dinero suficiente en el bolso como para poder estar segura de que procuraríamos ponernos en contacto con ella... aun suponiendo que no hubiéramos encontrado arma alguna en él.

Della Street aguardó en silencio a que Mason hiciera una pausa.

—¿Y bien? —preguntó al fin el abogado.

La muchacha sonrió y dijo:

—Continúa. Estás pensando en voz alta y no haces sino servirte de mis oídos para que el eco que en ellos tiene cuanto dices te ayude a ordenar tus propios pensamientos.

Mason pareció no haberla escuchado. De repente pidió:

—Telefonea inmediatamente a Paul Drake, Della. Quiero hablar con él antes de que venga Adelle Hastings.

Los ágiles dedos de Della Street hicieron girar el disco telefónico con veloz eficiencia. Un momento después anunció:

—Paul Drake al aparato, jefe.

Mason tomó el teléfono y exclamó:

—Paul, se trata de algo urgente y quiero que actúes rápidamente.

—Siempre igual —se quejó Drake.

—Oye —replicó Mason— no hay tiempo para tus protestas. Quiero que encuentres hasta seis o siete chicas jóvenes —no más—, pero seis o siete, si te es posible.

»Las quiero entre veintisiete y treinta y dos años. Que tengan todas bonita figura y no pesen más de cincuenta y tres kilos. Todas deben llevar puestas gafas oscuras. Puedes enviar a uno de tus empleados a una droguería para que compre un montón de ellas, las más grandes y oscuras que encuentre.

—¿Cuándo? —preguntó Drake.

—Ahora mismo —le dijo Mason.

—Ten un poco de consideración, Perry. No puedo...

—No importa lo que tengas que pagar —interrumpió Mason—. Las quiero. Estoy metido en algo que me inquieta personal y profesionalmente y necesito a esas mujeres. Probablemente tu recepcionista conocerá a algunas chicas que trabajen en este edificio y que puedan ausentarse durante media hora, más o menos. Manda a un empleado al restaurante. Echa mano de algunas de las jóvenes que hayan interrumpido su trabajo para ir a tomar café. Envía también a alguien al aparcamiento. Aborda a las jóvenes que tengan allí sus coches. Pregúntales si quieren ganarse veinte dólares por una hora de trabajo. Llámame en cuanto las tengas.

—¿Veinte dólares por una hora de trabajo? —inquirió Drake.

—Cincuenta si es preciso —corrigió Mason—. Quiero resultados.

—Me pondré manos a la obra —anunció Drake—. Empezaré por mi recepcionista. Tengo a un par de empleados que están dando tumbos y a un mozalbete que puede bajar en un salto a la droguería para comprar las gafas oscuras. ¿Grandes y oscuras, no?

—Exacto. Grandes y muy oscuras —dijo Mason—. Te llamaremos por teléfono tan pronto como estemos preparados. Y atiéndeme bien, Paul. Tendrás a todas esas chicas en tu despacho, listas para entrar en acción, con las gafas oscuras puestas.

»En el momento oportuno, Della llamará a tu despacho y dirá: «Paul, soy Della». Nada más. En cuanto lo diga, empuja a esas jóvenes hacia el corredor y haz que se encaminen en dirección a la puerta de mi sala de recepción; pero diles que no entren hasta que yo salga de mi despacho particular con una joven que responderá a la misma descripción general y que también llevará gafas oscuras. Yo me dirigiré al grupo y todos nos mezclaremos. ¿Entendido?

—Entendido —repuso Drake.

Mason colgó.

Della Street miró sonriente a Mason.

—Ésa —comentó— es la ventaja de tener una agencia de investigación privada en la misma planta del edificio en el que se halla tu despacho de abogado.

Mason asintió pensativamente con la cabeza.

—¿Qué te propones? ¿Formar una especie de desfile? —preguntó Della Street.

—Exacto —replicó Mason—. Ya conoces a Gertie. Si llevo a

Adelle Hastings con gafas oscuras a la sala de recepción y le digo: «Gertie, ¿has visto anteriormente a esta joven?». Gertie apresurará a decir: «Oh, sí. Es la mujer que ayer se dejó el bolso aquí: la señora Hastings. El señor Mason tiene su bolso en el despacho, señora Hastings».

»Dada la condición de la naturaleza humana, Gertie sólo recuerda ya el hecho de que una mujer de bonita figura, de unos veintisiete o treinta años y llevando grandes gafas oscuras, estuvo en la oficina y se dejó el bolso.

»Ahora bien, si ha ocurrido algo y Gertie lleva a cabo esa repentina identificación, tal vez estemos perdidos.

—¿Qué crees que pueda haber sucedido? —inquirió Della Street.

—Si alguien ha robado el bolso de Adelle Hastings y disparó dos cartuchos del revólver que había en ese bolso, cualquier cosa. Pero si, por otra parte, Adelle Hastings fue la que hizo esos dos disparos de revólver y luego se afanó tanto por montar un tinglado tal que me obligara a encargarme del caso, puedes estar bien segura de que algo *ha* ocurrido. Ella...

Mason se interrumpió al escuchar unos golpecitos en la puerta de su despacho particular.

Mason señaló a Della Street con la cabeza.

Ésta abrió la puerta.

—Buenos días, señora Hastings —saludó Mason—. Debe de haberse levantado temprano para poder estar aquí. Sin duda habrá tenido un fatigoso viaje.

—En efecto.

—¿Dónde están sus gafas oscuras?

—Por Dios, no las llevo más que cuando atravieso el desierto a pleno sol. Jamás por la ciudad.

—¿Pero tiene usted un par de gafas oscuras?

—Desde luego. No se puede conducir a través del desierto entre aquí y Las Vegas sin llevar gafas oscuras con las que protegerse los ojos.

—¿Es mucho el resplandor?

—Espantoso.

—¿Qué hace usted con las gafas oscuras una vez que se las quita?

—Las meto en mi bolso, en una funda.

—¿Estaban en el bolso que le devolví?

—No.

—Luego alguien se las puso.

—Claro.

—¿Encontró usted la funda de cuero vacía en su bolso? Estaba en su interior cuando se lo di.

—Sí, allí sigue.

—¿Tiene usted ahora otro par de gafas?

—Sí. Ayer, de vuelta a casa, me detuve en una droguería de la carretera y compré otro par.

—¿Lleva usted consigo esta mañana su bolso?

—Sí.

—¿Todo está en él exactamente igual que cuando se lo di?

—Sí. ¿A qué vienen tantas preguntas, señor Mason?

—Enséñeme sus gafas oscuras —pidió el abogado.

Adelle Hastings abrió su bolso, sacó una funda de cuero y extrajo de ella un par de gafas oscuras.

—¿Cómo es que esas gafas se ajustan a la funda como si ésta fuera realmente la suya? —preguntó Mason.

—Compró siempre una determinada marca de gafas oscuras, y pude hacerme de un par que fuera de la misma marca y tamaño que el que había perdido.

—¿Para qué se ajustara perfectamente a la funda de cuero?

—Sí.

—¿Cree que existe alguna posibilidad de que el dependiente que le vendió las gafas la recordara a usted?

—Lo dudo. Nadie me las vendió. Entré en la droguería. Tomé el tipo de gafas que deseaba, vi que el precio aparecía marcado en ellas y me limité a llamar la atención del dependiente, que estaba atareado atendiendo a otro cliente; puse el dinero sobre el mostrador, cogí las gafas oscuras y el empleado asintió con la cabeza y levantó la mano, indicando que todo estaba en regla; así que dejé el dinero allí y me fuí. Yo tenía prisa y él estaba ocupado.

—De acuerdo —repuso Mason—. ¿Podría volver a localizar la droguería?

Adelle frunció el ceño y exclamó:

—Pues... no sé qué decirle. Era... Sí, creo que podría. La reconocería si volviera a verla. Es decir, supongo que sí. Que yo

sepa era una droguería como otra cualquiera.

—Bien, dígame... ¿De dónde sacó el dinero para pagar estas gafas oscuras?

—Ya le dije que mi marido me dio quinientos dólares. Le conté que alguien me había robado el bolso y me dio esa cantidad para que me comprara otro. Añadió que nos veríamos en su casa y que probablemente yo recuperaría el contenido del bolso, excepto el dinero. Según él, los ladrones son normalmente considerados en materia de permisos de conducir y cosas por el estilo, pues les disgusta tener en su poder algo comprometedor. No era ése el caso del dinero, que nada tenía de identificable, por lo que se quedarían con él; pero pondrían lo demás en un sobre grande y me lo devolverían por correo. Me dijo que probablemente lo tendría cuando llegara a casa.

—Está bien —señaló Mason—. Cuéntemelo usted todo. ¿Qué la ha traído aquí?

Adelle Hastings repuso:

—Es usted de confianza. Estuve pensando en lo que me dijo anoche. Creo que ha sucedido algo. No podré ya estar tranquila hasta saber definitivamente una cosa u otra.

Mason espetó:

—¿Le importaría ponerse las gafas oscuras para que yo viera qué tal está usted con ellas?

Adelle tomó las gafas y se las puso.

Mason la contempló con aire pensativo.

—¡Qué grandes son los cristales!

—Los mayores que hay —confirmó Adelle Hastings—. Cuando se recorre el desierto, especialmente durante los meses estivales, el resplandor llega a ser absolutamente insoportable. Y hay que impedir la mayor entrada posible de luz. Debería usar anteojeras, pero dan demasiado calor a los ojos. Así que me arreglo con estas gafas. Son las Willikens, número 24-X. Esa clave numérica indica el tamaño de los cristales y el tono más o menos oscuro de los mismos. Cuestan diez dólares.

—¿Y el impuesto de lujo? —preguntó Mason.

—Está incluido en el precio de venta, que es el mismo en todas partes. Sea cual sea el impuesto, las gafas cuestan siempre diez dólares. La línea Willikens es invariable. Hacen mucha publicidad

en las mejores revistas.

Mason asintió con la cabeza y añadió:

—Perfectamente. ¿Llamó usted a Simley Beason esta mañana?

—Sí. Inmediatamente antes de comunicarme con usted. Simley estaba preocupado. Me dijo que había llamado un par o tres de veces a casa de mi esposo y que el servicio de respuesta grabada en cinta magnetofónica seguía todavía en marcha. Me dijo asimismo que mi marido tenía esa cita importante en su despacho de la que ya le hablé a usted, y que cuando mi marido tenía una cita de esa clase casi siempre llegaba a la oficina con diez o quince minutos de antelación.

—¿No cabe la posibilidad de que la cita hubiese sido cancelada? —preguntó Mason.

—No. El hombre con el que mi esposo tenía que verse estaba esperándolo en la oficina. Simley me indicó que si Garvin no aparecía por allí durante los cinco o diez minutos siguientes, iría a su casa para ver lo que ocurría.

—¿Tenía acaso una llave de la casa? —inquirió Mason.

—Podía disponer de una, en efecto —contestó la dama—. Mi esposo guarda una llave de su casa en la oficina para el caso de que si, estando fuera de la ciudad, telefonea pidiendo que vaya alguien a ella a buscar algo, la persona indicada pueda coger y entrar en su domicilio.

Mason consultó su reloj y dijo:

—Entonces puede que sepamos algo dentro de pocos minutos. Si su marido fue requerido urgentemente en alguna parte, habrá dejado un aviso y...

—De haber sido así —interrumpió la señora Hastings— hubiera llamado inmediatamente a la oficina. Me temo que esté enfermo o...

—¿O? —apremió el abogado, al ver que la voz de su interlocutora enmudecía.

—O... que haya ocurrido lo que usted pensaba anoche —concluyó.

Mason volvió a consultar su reloj y dijo a Della Street:

—Llama a Paul Drake.

La secretaria marcó el número del detective.

Mason se puso al aparato y en cuanto oyó la voz de Drake,

anunció:

—Perry, Paul. ¿Cómo va lo que te encargué?

—Tengo a dos chicas que concuerdan con lo que quieres. Una de ellas es amiga de mi recepcionista. La otra la he conseguido de la agencia de secretarias del tercer piso. Pero hay también otra agencia de la misma clase en el último y creo que podremos hacernos de una o dos chicas más. Ya he mandado allí a uno de mis empleados.

—¿Y en cuanto al aparcamiento? —preguntó Mason.

—No hay nada que hacer ahí abajo. Al menos por ahora. Envié a un empleado allí, pero no ha tenido suerte. Las mujeres que responden a tu descripción y que han aparcado sus coches en ese lugar están tremendamente empeñadas en ir de compras y, además, no las tienen todas consigo. Aun cuando mi empleado les muestra su carnet de identidad y les dice que se trata de algo puramente rutinario y que sólo requiere unos minutos de trabajo, se resisten.

—¿A cincuenta dólares la hora de trabajo? —inquirió Mason.

—Incluso a ese precio se resisten.

El abogado miró de nuevo su reloj y dijo:

—Estoy luchando contra reloj, Paul. Haz todo lo que puedas.

—Santo Dios —exclamó Drake—, estoy *haciendo* cuanto puedo... ¡Ah! Aquí viene el empleado que envié a la agencia de secretarias del último piso. Trae consigo a dos jóvenes que responden a la descripción.

—Estupendo —elogió Mason—. Ánimo. Avísame en cuanto lo tengas todo listo y recuerda la llamada que será la señal para que entres en acción. Della sólo mencionará su nombre y colgará.

—Ojalá supiera qué diablos te propones —rezongó Drake.

Mason replicó:

—Probablemente es mejor que no lo sepas, Paul.

—¿Para cuándo quieres a las chicas?

—Es posible que para cosa de cinco o diez minutos —respondió Mason—. Descuida, que ya procuraré que te enteres.

Mason depositó el auricular sobre su soporte y frunció el ceño con aire preocupado.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Adelle Hastings—. ¿Tiene algo que ver con mi caso?

Mason la miró inquisitivamente.

—¿Qué caso? —exclamó.

La dama pareció turbarse.

—¡Vaya! Yo... ¡Bueno! Por descontado pienso pagarle el tiempo que le hago perder, señor Mason. Quedará usted compensado.

El abogado dijo, dirigiéndose a Della Street:

—Llama a la Comisaría de policía, Sección de Homicidios. Pide que te pongan con el teniente Tragg. Quiero hablar con él, pero si no está, lo haré con la persona que haya asumido el mando.

Della Street asintió, pidió línea exterior y luego verificó la llamada.

—Homicidios, por favor —dijo. Y al cabo de unos instantes—: ¿Está el teniente Tragg? De parte de Perry Mason.

Se volvió al abogado y le explicó:

—Han ido a avisarle, Perry.

Mason tomó el teléfono e indicó a Della Street con un movimiento afirmativo de cabeza que debía escuchar la conversación.

Al otro extremo del hilo se oyó la voz de Tragg, seca, vigorosa y expeditiva.

—¿Qué hay, Perry? —Saludó—. ¿No irás a decirme que has encontrado otro cadáver, verdad?

—¿Te sorprendería? —preguntó a su vez Mason.

—No.

—La verdad es que no sé lo que he encontrado —comentó Mason—. Es algo que me inquieta.

—Estupendo —disparó Tragg—. Todo lo que te inquiete a ti me inquietará sin duda a mí también. ¿De qué se trata esta vez?

—Una cliente mía que vive en Las Vegas, Nevada, perdió su bolso hace un par de días; ya sabes... ese bolso grande donde las mujeres llevan la barra de labios, el monedero, cigarrillos y demás cosas.

—Continúa —dijo Tragg.

—Esa mujer —señaló Mason— era Adelle Sterling Hastings, la esposa de Garvin S. Hastings. En la actualidad la señora Hastings se halla separada de su marido y reside en Nevada.

—Vamos —apremió Tragg— ve al grano, Mason.

—Ayer al mediodía, cuando yo había salido de la oficina para ir a comer, lo mismo que Della Street, una mujer fue a mi despacho,

una mujer que llevaba gafas oscuras y que dijo llamarse señora Hastings y que esperaría hasta que yo volviera de almorzar. Aguardó en la sala de recepción durante unos minutos y luego se marchó casi precipitadamente, diciendo que volvería. Pero no, ya no regresó.

»Algún tiempo después, por la tarde, descubrimos un bolso de mujer en la oficina; y al hacer el inventario de él encontramos cartas de crédito, permisos de conducción, etcétera, que revelaban el nombre de la propietaria.

—¿La señora Hastings?

—Exacto.

—Pues devuélveselo —dijo Tragg— y... Oh, oh, espera un momento, Perry. Siempre me atacas por mi punto flaco. ¿Había por casualidad un arma en el bolso?

—En efecto.

—¿Y permiso para llevarla? —preguntó Tragg.

—No. La señora Hastings no lleva ningún arma. La última vez que la vio estaba en el cajón de la mesilla de noche de su apartamento.

—Un momento —interrumpió Tragg—. ¿Esa arma había sido disparada?

—Dos veces.

—De acuerdo —concluyó Tragg— dilo ya, Perry. ¿Dónde está el cadáver que acompaña al arma?

—No sé que haya ninguno. Sin embargo, naturalmente, estoy preocupado.

—No es de extrañar. ¿Dónde puedo localizar a la señora Hastings? ¿Cuál es su dirección en Las Vegas?

—Setecientos veintiuno de Northwest Firston Avenue, pero se da el caso de que en estos momentos se encuentra en mi despacho. Hemos estado discutiendo la situación y opina que debería hacerse algo. Creí oportuno notificártelo por si querías echar un vistazo a las pruebas o...

La voz de Tragg sonó casi como un crujido de una fría hoja de lechuga.

—Está bien, Mason. ¿Y qué dice la señora Hastings respecto al arma disparada?

—No sabe una palabra de ello —repuso Mason—. Le robaron el

bolso, las llaves y también el arma. Además, no fue ella la persona que dejó el bolso en mi oficina. Fue otra mujer que se hizo pasar por ella.

Tragg insinuó:

—¿Por qué no llamas a la policía de Las Vegas por si esas dos balas hicieron un siete en alguna anatomía humana? Probablemente el cuerpo esté en Nevada.

—Eso es lo que creo —corroboró Perry Mason—, pero pensé que debía comunicártelo para que no puedas quejarte otra vez de que oculto pruebas y que dificulto con ello tu investigación.

—La ocultación de pruebas es un delito —comentó el teniente Tragg.

—Lo sé.

—Y por eso —dijo Tragg— es por lo que me llamas. Lo que quieres es lavarte las manos.

—Pensé que deberías saberlo.

—¿Y por qué no has llamado a la policía de Las Vegas?

—Tal vez hubiera debido hacerlo —contestó Mason—, pero dado que su jurisdicción es totalmente distinta, creí que era mejor librarme antes de responsabilidades notificándotelo a ti.

—Muy bien —repuso Tragg—. Ya me lo has notificado. Muchísimas gracias. Lo tendré presente. Gracias por llamarme, Mason. Adiós.

Mason depositó el auricular sobre el soporte, se volvió a Adelle Hastings y le dijo:

—Tragg estará probablemente aquí en el tiempo que tarde su automóvil con sirena y luz roja en traerlo. Así que tendrá usted que contestar a unas cuantas preguntas. Si me ha dicho usted la verdad, responda a las preguntas de Tragg total, sincera y francamente. Si no me la ha dicho, límitese a decir que no tiene ninguna declaración que hacer. Pero en ninguna circunstancia, trate de mentir al teniente Tragg.

—Entendido.

—¿Fue usted la mujer que vino ayer a esta oficina?

—No.

—¿No dejó usted aquí ese bolso?

—No.

—¿Ni disparó esa arma?

—No.

—¿Dejó usted su revólver en su apartamento y fue allí donde lo vio por última vez?

—Sí.

—El mentirme —advirtió Mason— podría significar muy bien la condena a cadena perpetua o quizá la pena de muerte.

—No le he mentido.

Mason asintió con la cabeza en dirección a Della Street.

—Llama a Paul Drake —dijo.

La secretaria hizo la llamada y asintió a su vez en silencio hacia Perry Mason. El abogado tomó el teléfono.

—¿Cómo va eso, Paul?

—Tengo a seis mujeres —anunció Drake— y por cierto impacientándose por momentos.

—No tendrás ya que hacerlas esperar mucho. ¿Les has puesto gafas oscuras?

—Sí.

—¿Grandes?

—Yo creo que sí.

—Perfecto —dijo Mason—. Estate atento. Entrarás en acción dentro de cinco o diez minutos.

—¿Y cuánto durará la cosa? —preguntó Drake—. Las chicas quieren saberlo.

—No más allá de un par de minutos —repuso el abogado—. Dentro de veinte podrán irse a su casa. Estate alerta y espera la señal, Paul. Cuando la recibas, actúa rápidamente.

Mason se volvió a Adelle Hastings.

—Meta sus gafas oscuras en la funda y guárdelas en el bolso, pero de modo que pueda tenerlas a mano en cualquier momento. Y otra cosa: cuando el teniente Tragg esté aquí, no preste la menor atención a lo que le diga. Es decir, no se deje confundir por ello.

—¿Qué le hace suponer que ese policía vendrá aquí, señor Mason? Por lo que deduje de la conversación telefónica de usted con él, no hubo nada que considerar urgente.

Mason explicó:

—No estoy más que empezando a atar cabos, señora Hastings. Déjeme hacer a mí. Una cosa traerá la otra, ya lo verá.

Se produjo un momentáneo silencio, que Mason rompió

finalmente al preguntar:

—¿Le dijo usted a Simley Beason que vendría usted aquí?

—Sí. Le expliqué que le llamaría más tarde, pero que me proponía concertar una entrevista con usted y que podría localizarme en su oficina en caso de que sucediera algo *verdaderamente* importante.

—¿Le contó que...?

Mason se interrumpió al oír el timbre del teléfono.

Della Street descolgó el aparato y respondió:

—Sí, Gertie... Un momento, por favor.

Della Street descolgó el aparato y respondió:

—Un tal señor Beason pregunta por Adelle Hastings.

El abogado señaló el teléfono a la dama.

—¿Quiere hablar aquí —preguntó— o en la biblioteca?

—No, aquí mismo —repuso Adelle.

Tomó el auricular y exclamó:

—Hola, Simley. Soy Adelle. ¿Has...? ¿Qué? ¿Qué...? ¡Oh, Dios mío...! No... ¿Y lo...? ¿Lo has comunicado a la policía...? ¡Cielo Santo...! No sé qué decir... ¡Es demasiado para mí...! Mira, Simley, te llamaré más tarde. No... Oh, no puedo hacerme a la idea... Bueno, gracias por avisarme... Sí, claro que puedes decirle a la policía dónde estoy, pero si el señor Mason no tiene inconveniente quiero ir para ahí inmediatamente... Yo... Bien, sí... sí, puedes decírselo. Tal vez sea lo mejor, después de todo. Gracias por avisarme, Simley.

Colgó y se volvió a Mason.

—Mi marido —dijo— ¡ha sido asesinado!

—¿Le sorprende? —preguntó Mason.

—Creo... creo que inconscientemente me lo temía, señor Mason, pero... la noticia me ha dejado consternada.

Mason advirtió:

—Puede que no dispongamos de mucho tiempo. Conviene que me diga lo que le ha contado Beason.

—Fue hasta la casa y penetró en ella. Mi marido estaba en la cama. Tenía dos balazos en la cabeza. Al parecer le dispararon mientras dormía. Hacía... hacía ya algún tiempo que estaba muerto.

Adelle Hastings empezó a llorar.

El teléfono sonó de nuevo.

Della Street atendió la llamada y dijo a Mason:

—Es Huntley Banner. ¿Quieres hablar con él?

—Ahora mismo —replicó Mason.

Tomó el aparato y saludó:

—Hola, Banner. Soy Mason. ¿Qué se le ofrece ahora a usted?

—Referente a la asignación de bienes —empezó Banner— quisiera que me diera usted una idea de cuál es la situación.

—Bien, a decir verdad —respondió Mason—, la señora Hastings está ahora aquí conmigo, en mi despacho. Y aunque no creo tener mucho de tratante de caballos, Banner, me gustaría saber hasta dónde puede usted llegar.

—Le di la cifra ayer.

Mason repuso:

—Mire, Banner, cuando negocio un acuerdo sobre un litigio o cuestiones de bienes entre marido y mujer, mi norma es rechazar de entrada la primera oferta que me haga el abogado de la parte contraria.

Se produjo un momentáneo silencio, al cabo del cual Banner preguntó:

—Bien. ¿Y en cuanto a la segunda oferta?

—Eso —contestó Mason— depende del abogado, de la suma que se ofrece, del tono de voz en que se hace la oferta y de unas cuantas consideraciones más. Olvidemos todo eso de lo que se propone usted aconsejar a su cliente que haga y dígame lo máximo a que él está dispuesto a llegar. Haga, pues, su oferta tope, y ahora mismo. Yo le daré una respuesta afirmativa o negativa en cuestión de treinta minutos. Si es negativa, ya no habrá más que hablar. Iremos a juicio. Quiero su cifra máxima.

—Se la di ayer —repitió Banner.

—No, no me la dio —repuso Mason—. Dígame cuál es su cifra máxima.

—Vuelvo a decirle que se la dije ayer —se empeñó Banner—. Es decir, eso fue todo lo que yo estaba autorizado a ofrecer. Tendría que llamar a mi cliente para consultarle si puedo subir algo más.

—Llame a su cliente entonces —machacó Mason.

—¿Seguirá usted en su despacho durante un rato?

—Sí.

—Volveré a llamarle —explicó Banner.

Mason colgó, miró su reloj y dijo:

—Es probable que Tragg esté aquí dentro de unos cinco minutos. El señor Banner me llamará tan pronto como haya conferenciado con su cliente.

—¿No le dijo usted que Garvin fue... ha sido...?

—No —repuso Mason—. Pongamos a prueba al señor Huntley L. Banner y veamos cómo reacciona.

Sucedió un período de tenso y expectante silencio. Después sonó el teléfono y Della Street, tomándolo, exclamó:

—El señor Banner otra vez.

Mason descolgó el teléfono de su mesa y dijo:

—Le escucho, Banner.

—He hablado con mi cliente, Mason. Le planteé la situación exactamente igual que usted me la planteó a mí. Le dije que no estaba usted satisfecho con la mejor oferta que él me había autorizado a hacer, que no se daba usted por vencido. Le dije que si ésa era su máxima oferta, que me lo corroborara y nos dispondríamos a seguir luchando; y que si quería hacer otra más alta, dadas las circunstancias, que me comunicara cuál era y me diera su cifra más alta.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Mason.

—Bueno, cuando supo que iba usted a representar a su mujer, consideró el asunto y me dijo que lo había pensado mejor y que estaba dispuesto a ofrecer una nueva cifra, que desde luego sería ya la máxima y, tanto si la aceptaba usted como si no, la definitiva.

—¿A cuánto asciende? —preguntó Mason.

—Supone un aumento bastante considerable —repuso Banner—. Francamente, quedé pero que muy sorprendido, señor Mason.

—¿A cuánto asciende? —volvió a inquirir Mason.

—A cien mil dólares, pagaderos de la siguiente forma: diez mil dólares anuales durante diez años; y legándole, además, cincuenta mil en su testamento —explicó Banner—. Y créame que esto me dejó atónito, porque me había dicho ayer que cincuenta mil dólares era la cantidad más alta a la que llegaría, ocurriera lo que ocurriera.

—¿Está seguro de que no se ha equivocado usted en la cifra? —inquirió Mason.

—Completamente seguro.

—¿Habló usted con Hastings?

—Sí.

—¿No abriga la menor duda al respecto? —dijo Mason—. ¿No cabe la posibilidad de que no haya usted reconocido su voz o de que haya hablado con otra persona?

—Mire, Mason, mi ética profesional no me permitiría hacer esas cosas, caer en esos errores. Hace ya tiempo que llevo los asuntos de Hastings y conozco su voz. Estuve hablando con el señor Hastings en persona y ésta es su oferta tope. ¿La acepta o no?

Mason repuso:

—Enhorabuena por el truco más primoroso de la semana, Banner.

—¿A qué se refiere? —preguntó Banner.

—Su cliente —continuó Mason— ha sido asesinado hace más de veinticuatro horas.

Durante el silencio que siguió al otro extremo del hilo, Mason colgó.

El teléfono de Della Street estalló de repente en una serie de timbrazos cortos y agudos: señal de Gertie de que un oficial de policía había entrado en el vestíbulo y continuaba impertérrito su camino hacia el interior sin aguardar a ser anunciado.

Mason dijo a Adelle Hastings:

—Aquí viene. Prepárese.

La puerta del despacho se abrió de golpe y el teniente Tragg se detuvo en el umbral, mirando a los ocupantes del mismo con ojos escépticos.

—Usted debe ser la señora Hastings —exclamó, ladeándose ligeramente el negro sombrero y observando atentamente a la angustiada cliente.

—Pasa y siéntate, teniente —invitó Mason—. Y créeme, no hay necesidad de que sometas a la señora Hastings a uno de tus dramáticos interrogatorios para comprobar si se contradice. Sabe ya que su marido ha sido asesinado. Recibió una llamada telefónica del administrador de su esposo hace tan sólo unos minutos. Él le comunicó que el señor Hastings había sido muerto por arma de fuego y que por lo visto hace ya de eso algún tiempo. Le dijo también que iba a notificarlo a la policía, y ella misma le advirtió que hiciera saber a aquélla que su esposa estaba aquí.

—¿A qué vino entonces tu llamada con esa historia sobre un

arma y un bolso perdido? —inquirió Tragg, apartando bruscamente sus astutos ojos de Adelle Hastings para mirar a Perry Mason.

—La llamada en cuestión —explicó el abogado— fue *posterior* a la notificación que te hice sobre lo del bolso.

—¿Como cuánto?

—Varios minutos.

—Supongo que tienes testigos para probarlo.

—Desde luego que sí. Como espero que hayas registrado la hora en que te hice la llamada.

—Muy sagaz —dijo Tragg con aire pensativo, como hablando consigo mismo—. ¡*Condenadamente sagaz!*

Volvió repentinamente su mirada a Adelle Hastings.

—Muy bien, señora Hastings, sabe usted ya que su marido ha muerto. Como sabe también que le dispararon con un arma de fuego. ¿Sabe acaso que los disparos fueron hechos con el arma que había en su bolso?

—No.

—¿Pero usted no se sorprendió mucho al enterarse de que había sido asesinado?

—Estaba... estaba entonces demasiado impresionada para hacerlo.

—El señor Mason me dice que perdió usted el bolso o se lo robaron.

—Me lo robaron.

—¿Dónde?

—En los Ángeles. Me lo robaron del asiento de mi coche. Entré corriendo en una droguería el tiempo justo de comprar un paquete de cigarrillos y... ¡Diantre! No volví la espalda al automóvil más de treinta segundos, y sin embargo, alguien se apoderó de mi bolso.

—¿Está segura de que fue entonces?

—Ése fue el único momento en que pudieron haberlo hecho.

—¿Cuándo lo echó usted en falta?

—Cuando llegué a mi casa de Los Ángeles. Busqué la llave. Pero bolso, monedero y llaves habían desaparecido. Tuve que llamar utilizando el timbre para que mi marido me abriera.

—¿Qué otras cosas tenía usted en el bolso?

—Una barbaridad de ellas, como solemos llevar en él todas las mujeres. Llaves, carnets, cartas de crédito, la barra de labios,

cigarrillos...

—Creí haber oído que no tenía usted cigarrillos —interrumpió Tragg con aspereza.

—Estoy hablando de lo que acostumbro a llevar en el bolso.

Tragg se volvió bruscamente a Perry Mason.

—¿Encontraste el bolso en tu oficina?

—Sí.

—¿Había cigarrillos en él?

Mason miró fijamente a Tragg.

—Un paquete medio vacío.

Los ojos de Tragg se volvieron rápidamente hacia los de Adelle Hastings.

—Eso no concuerda con su versión de que no tenía usted cigarrillos —dijo.

—Eso no tiene nada que ver —intervino Mason—. El ladrón pudo haber puesto cigarrillos en el bolso sin la menor dificultad.

—¿Opinas entonces que el ladrón vino aquí? —preguntó Tragg a Mason.

Éste repuso:

—Opino, en efecto, que el ladrón vino aquí. La señora Hastings dijo que ella no estuvo en la oficina.

—¿Cuándo hablaste con ella por primera vez?

—Anoche.

—¿Dónde?

—En Las Vegas, Nevada.

—Te interesó mucho ese bolso, ¿verdad?

—Había una bonita suma de dinero en él —explicó Perry Mason.

—¿Cuánto? —inquirió Tragg.

—Tres mil ciento diecisiete dólares con cuarenta y tres centavos.

—¿A qué hora vino usted aquí? —preguntó el teniente de policía a Adelle Hastings.

—Yo no vine aquí —contestó la interpelada.

Tragg se volvió a Mason.

—¿Te habías ido a comer?

—Sí.

Tragg se dirigió a Della Street.

—¿Y tú, Della?

—También.

—¿Quién estaba en la mesa de la sala de recepción? ¿Gertie?

—Exacto.

—¿Y qué dice Gertie? —preguntó Tragg a Mason.

—Gertie describió a la mujer que entró, pero fue tan sólo una descripción muy vaga. Gertie estaba leyendo. Su trabajo se limita al de pedir los nombres de los clientes que vienen y luego se los pasa a Della Street. Della es la única que toma sus direcciones y hace un bosquejo del motivo por el que quieren verme. Puesto que Della se había ido a comer, Gertie se limitó a pedir a la visitante su nombre.

—¿Qué nombre le dio?

—El de señora Hastings.

—Que venga aquí Gertie —anunció Tragg—. Quiero hablar con ella.

—¡Eh! Espera un momento —se opuso Mason—. Gertie no ha visto a Adelle Hastings. La señora Hastings entró por la puerta de un despacho particular. Por lo tanto, Gertie no la ha visto.

—Tanto mejor —repuso el teniente—. Veremos si puede identificar a la señora Hastings.

—Oye —dijo Mason—, eso no es justo.

—¿No es justo para quién?

—Para la señora Hastings. Gertie no puede identificarla.

—¿Por qué no?

—Cuando esta mujer entró en la oficina llevaba gafas oscuras. Y lo hizo en un momento en que Gertie estaba más o menos distraída y...

El teniente Tragg tuvo una idea repentina. Se volvió a Adelle Hastings.

—¿Usa usted gafas oscuras? —preguntó.

—Sí.

—¿Las tiene consigo?

—Sí.

—Póngaselas. Quiero ver qué tal está con ellas.

Mason hizo un movimiento de cabeza a Della Street.

La secretaria marcó el número del despacho de Paul Drake, le dio la señal acordada y colgó.

Tan atento estaba el teniente Tragg en observar cómo Adelle Hastings abría su bolso, sacaba las gafas oscuras y se las ponía, que no prestó la menor atención a la llamada de Della.

—Levántese —dijo Tragg.

Adelle Hastings así lo hizo.

—Estupendo —continuó el policía—. Esto es lo que vamos a hacer. Haremos que la señora Hastings salga al corredor por esta puerta. Luego se dirigirá a la sala de recepción sin decir una palabra. Allí estará Gertie. *Nadie dirá una sola palabra*. Bien. Si Gertie dice: «Ayer se dejó usted aquí el bolso, señora Hastings», o algo por el estilo, tendremos una total identificación.

—¡Y un cuerno! —exclamó Mason, contrariado—. Ése no es modo de llevar a cabo una identificación.

—¿Por qué no?

—Gertie ignora en absoluto que se trate de una identificación. Identificaría a cualquiera que llegara a la oficina llevando puestas unas gafas oscuras. Lo mismo te ocurriría a ti. Gertie levantará la vista, verá las gafas oscuras y, puesto que ellas serán lo más destacable que capten sus ojos, llegará a una conclusión y...

Tragg dijo:

—¿Vas a adoptar la postura de negar a tu cliente una prueba de esta clase?

—No —repuso Mason con desgana—, no quiero negársela, pero no creo que sea justo.

—Pues —anunció Tragg— lo haremos a mi modo tanto si crees que es justo como si no. Vamos, señora Hastings, venga usted conmigo.

Mason suspiró.

—Está bien, señora Hastings —admitió—, creo que el teniente Tragg tiene aquí la sartén por el mango. Vaya usted con él.

Tragg abrió la puerta que daba al corredor que comunicaba con el vestíbulo, hizo una inclinación a la señora Hastings y dijo, con su socarrona sonrisa en los labios:

—Usted primero, amiga mía.

Adelle Hastings salió al corredor.

Tragg indicó a Mason que fuera con ellos.

—Quiero que vengas, Perry. Pero no digas una palabra. Mantente retirado, donde no estorbes. He de asegurarme de que no haces a nadie ninguna señal. Y tú también, Della, quiero que nos acompañes.

Mason y Della no habían hecho más que seguir las instrucciones

de Tragg, cuando el teniente advirtió la presencia del grupo femenino delante de la puerta de la sala de recepción de Mason.

—¡Eh! ¿Qué es todo esto? —preguntó Tragg—. ¿Acaso ha venido a visitarnos una delegación o algo por el estilo?

—Iremos a echar un vistazo —dijo Mason.

—Primero —puntualizó Tragg— dejaremos que la señora Hastings...

Se interrumpió cuando las jóvenes se volvieron al oír su voz y el policía vio que todas llevaban gafas oscuras.

—¿Qué diablos...? —masculó Tragg.

Della Street hizo una señal a una de las muchachas, y ésta abrió la puerta del vestíbulo y se dispuso a penetrar en él.

Tragg se precipitó hacia el grupo, olvidándose momentáneamente de la señora Hastings.

—¡Alto, alto! —exclamó—. ¡Quiero saber quiénes son ustedes y qué están haciendo aquí!

Mason dijo a Adelle Hastings en voz baja:

—Corra a mezclarse con el grupo.

Tragg alcanzó la puerta de la sala de recepción en el preciso momento que oía la voz de Gertie exclamando:

—¡Ah, óigame! ¿Qué le ocurrió a usted ayer? Se dejó el bolso y...

Gertie enmudeció asombrada cuando vio que la mujer a quien se dirigía era seguida por otra que también llevaba gafas oscuras, y luego otra, y otra.

Mason empujó a Adelle Hastings hacia el grupo, y la muchacha entró junto con otra mujer.

Tragg forcejeó para abrirse paso, hasta llegar al vestíbulo.

—Esperen un momento —clamó—, sólo un momento. Gertie, ¿ha visto anteriormente a alguna de estas mujeres?

—Yo... ¡Vaya! Creí que... No lo sé.

—Vamos, fíjese bien en lo que le digo —prosiguió Tragg—. Una de estas mujeres entró ayer aquí. ¿Cuál fue?

Gertie repuso:

—Creí que era ésta. —Y la señaló con el dedo—. Cuando entró hace unos instantes, iba a preguntarle qué le pasó ayer después de abandonar la oficina. Quería decirle que se había dejado el bolso aquí, pero ahora... ahora no estoy segura.

—Está bien —resopló Tragg penosamente—, alinéense, amiguítas. Formen todas ustedes una línea, cara a la pared.

—Les presento al teniente Tragg, de la policía. Si hacen ustedes al pie de la letra lo que les dice, sólo será cuestión de un momento.

Las mujeres se alinearon.

—¿Cuál? —preguntó Tragg a Gertie.

La recepcionista contestó:

—No lo sé. Creí que era la que entró primero, pero ahora no lo sé.

—Está bien —dijo Tragg—. Todas ustedes pueden marcharse.

Mason miró significativamente a Adelle Hastings, que se hallaba en la fila.

—Todas ustedes pueden marcharse —dijo—. Todas ustedes.

—¡Eh, espera un momento! —pidió Tragg—. Quiero que se quede la señora Hastings.

—De acuerdo —replicó el abogado—. ¿Cuál de ellas es la señora Hastings?

—No gastes esas bromas conmigo —protestó Tragg a Perry.

—¿No buscas a la señora Hastings? Pues dime cuál de ellas es —dijo Mason.

Tragg le advirtió:

—Estás hablando con un oficial de la policía, Perry. No gastes esas bromas conmigo.

Se adelantó y colocó infaliblemente su mano en el codo de la señora Hastings.

—Usted, *quédese* —ordenó.

Mason anunció:

—Volvamos a mi despacho, señora Hastings.

Y salió al corredor.

—¿Qué diablos pretendes? —preguntó Tragg—. ¿Tomarme el pelo? ¿Creías que no podría reconocer a la señora Hastings de entre ese grupo? ¿Creías que hablaría con ella sin fijarme en la ropa que llevaba, en el color de su cabello, en la forma de sus hombros?

—No —contestó Mason, sonriente—, *tú* no tuviste ninguna dificultad en reconocerla. Eso es todo cuanto necesitaba para convencer a cualquier jurado de que la prueba dio resultado.

El policía le miró con exasperación.

—A veces —dijo— estoy tentado de olvidar el hecho de que te

aprecio y me entran ganas de querellarme oficialmente contra ti. Debí haberme dado cuenta de que se trataba de una *trampa*.

—No fue una trampa —señaló Mason—, sino un método de identificación. Cualquier sospechoso tiene derecho a ello.

—¿Entonces por qué no esperaste a que pudiéramos realizarlo en la comisaría?

—Porque —replicó el abogado— *tú* no hubieras esperado a efectuarlo. Pretendías obligar a Gertie a hacer una identificación a fuerza de sugestión mental y un par de gafas oscuras.

Mason abrió la puerta del corredor que comunicaba con su despacho particular y la mantuvo así para que pasaran Adelle Hastings, Tragg y Della Street.

—No soy tan ingenuo —dijo Tragg—. Habías convenido ya con Gertie que identificara a la primera persona que atravesara esa puerta. Si yo hubiera pensado con la cabeza, hubiera detenido a ese grupo de mujeres y hecho pasar a Adelle Hastings la primera.

—No le dije a Gertie una palabra al respecto —replicó Mason—. Eso no hubiera sido ético, ni profesional, ni legal. Ni he corrompido a la testigo, ni he tratado de influir su testimonio en modo alguno. Gertie dice la verdad y podrá jurarlo. Della lo hará también.

Tragg admitió fatigosamente:

—Está bien, está bien. ¿Había un arma en ese bolso?

—Había un arma en ese bolso —repitió Mason.

—¿Dónde está?

—En el cajón superior derecho de mi mesa.

—Bien, sácala de ahí y... No, ni siquiera eso. Pensándolo mejor, abre tan sólo el cajón de la mesa. Yo me encargaré de ella.

Mason abrió el cajón de su mesa y quedóse petrificado. Al fin, tiró del cajón cuan largo era.

—Ya veo —ironizó Tragg—. Otra de tus ingeniosas sorpresas, ¿no? Pero ésta de nada te servirá, Perry. Quiero esa arma. Es un orden.

Mason miró rápidamente a Della Street.

La muchacha sacudió la cabeza.

Mason descolgó el teléfono.

—Gertie —dijo—, ¿has cogido un revólver de un cajón de la mesa de mi despacho?

—¿Qué? ¿Un revólver? ¡Dios me libre! Ni siquiera he estado en

su despacho esta mañana. Della fue la primera que entró en él. Ella sabe que no miento.

—Gracias —contestó Mason. Colgó el teléfono y se volvió a Tragg—. Esto está empezando a cobrar un aspecto verdaderamente siniestro —comentó—. Es evidente que alguien que se propone escamotear las pruebas y trata de comprometer a la señora Hastings.

Tragg repuso:

—Comprendo. ¿El arma que ha desaparecido era la homicida?

—No lo sé —replicó el abogado.

—Si no lo era —indicó Tragg—, su desaparición no se hacía necesaria.

—¿Por qué no? —exigió Mason—. De ese modo se coloca a la señora en una situación peligrosa. Hasta que no tengamos en nuestro poder esa arma no podemos demostrar su inocencia.

—Ya veo. Y sin duda opinas que hasta que no la *tengamos*, no *podemos* demostrar su culpabilidad.

Mason sacudió la cabeza.

—Tragg, ¿crees que sería tan necio como para escamotear pruebas?

Tragg sonrió.

—Voy a serte sincero. Te creo capaz de cualquier cosa con tal de salirte con la tuya. ¿Tienes la numeración del arma que sacaste de ese bolso?

Mason negó con la cabeza.

—En cuanto vi que el arma había sido disparada, la metí en el cajón. La recubrí con un pañuelo, pero ni aun así quise tenerla entre las manos. Era un «Smith & Wesson», del calibre treinta y ocho.

Tragg se volvió a Adelle Hastings.

—Bien, señora Hastings, oigamos ahora su versión. Empiece desde el principio. ¿Cuándo vio a su marido por última vez?

—Pasé la noche en la casa.

—¿Anoche?

—No. Anteanoche.

—¿Qué hacía usted allí, si había establecido su residencia en Nevada y se proponía pedir el divorcio?

—Se trataba de una ruptura amistosa. Mi esposo me había proporcionado el dinero necesario para que yo fijara allí mi

residencia y... Era un hombre muy generoso. Creo que nuestro matrimonio hubiera sido un éxito de no haber mediado otras personas.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Tragg.

—Como por ejemplo Huntley Banner, sin ir más lejos.

—¿Quién es Banner?

—El abogado que representaba a mi marido.

—¿En la solicitud del divorcio?

—En todo.

—¿Ha presentado usted ya la demanda de divorcio?

—No, puesto que aún no he fijado definitivamente mi residencia en Las Vegas.

—¿Me ha dicho usted que la ruptura con su esposo fue amistosa?

—Sí.

—¿Cómo se le ocurrió venir a verle y pasar la noche en su casa?

—Él me dijo que lo hiciera, porque quería hablar conmigo de la asignación de bienes. Añadió que Banner tenía algunas ideas sobre nuestro posible acuerdo al respecto, pero que esas ideas le parecían en extremo crueles. Mi esposo me dijo que quería hacer bien las cosas, que su deseo era que quedara satisfecha y que nos separáramos amistosamente.

—¿Y pasó usted la noche en su casa?

—En efecto.

—¿En la misma alcoba...?

—No, en habitaciones separadas. Ocupé otro dormitorio. Pensaba ir a un hotel, pero Garvin me persuadió de que era una tontería, ya que en su casa había cuatro dormitorios vacíos y yo podía quedarme perfectamente en uno de ellos.

—¿Vio usted a su marido por la mañana?

—No.

—¿La última vez que lo vio fue cuando él le dio las buenas noches?

—Sí.

—Naturalmente, usted sabía dónde estaba el cuarto de su marido.

—Por favor, teniente, estuve casada con él durante año y medio.

—¿A qué hora se marchó usted de allí?

—Me levanté temprano y salí por la puerta trasera, monté en mi coche y me fui.

—¿A Las Vegas?

—No, no fui a Las Vegas —contestó Adelle.

—¿Adónde entonces?

La señora Hastings vaciló y dijo al fin:

—Abandoné la casa. Eso es todo lo que debe importarle.

—Quiero saber a *dónde* fue usted —insistió Tragg.

—Si no le importa —repuso Adelle Hastings—, no le diré nada sobre a dónde fui después de abandonar la casa hasta haber hablado antes con el señor Mason.

—¿Y si me importara? —inquirió Tragg.

—Seguiré sin decirle nada.

Tragg replicó:

—No voy a acusarla de asesinato por ahora, señora Hastings; ni siquiera voy a llevarla a la comisaría para someterla a interrogatorio. Pero no quiero que abandone la ciudad. Así que hagamos un trato, Perry. ¿Prometes poner a esa mujer a mi disposición para que pueda interrogarla en cualquier momento, si ahora no me la llevo a la Jefatura?

Mason se volvió a Adelle Hastings.

—Eso significa que no podrá usted regresar a Las Vegas —anunció.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó la dama.

—Cuarenta y ocho horas —terció Tragg.

—Está bien —respondió Adelle—. Aquí me quedaré.

—¿Dónde se alojará usted? —preguntó el policía.

—No lo sé. Buscaré un hotel.

—¿Se mantendrá usted en contacto con Mason?

—Descuide.

Tragg se volvió al abogado y le dijo:

—Bien, en lo que a ti *conciérne*, Perry, la situación es ahora algo distinta.

»Si me aseguras que depositaste de buena fe esa arma en el cajón y que ha desaparecido sin que puedas explicarte cómo, no hay más que hablar... por lo que a *mí respecta*. Pero te advierto que no ocurrirá lo mismo con el fiscal de distrito. Hamilton Burger creará que se trata de otra de tus triquiñuelas y probablemente te

presentará un ultimátum: o mostrar el arma o comparecer ante el jurado de acusación.

—Me tiene sin cuidado lo que crea Hamilton Burger —contestó Perry Mason—. Yo guardé el arma en este cajón de mi mesa.

—Un cajón que está vacío —señaló Tragg.

—Exacto.

—¿Hay algún otro cajón vacío en la mesa?

—No —repuso Mason—. Ése es el cajón que reservo para los asuntos urgentes pendientes y que exigen inmediatamente atención.

—Estoy totalmente de acuerdo —comentó Tragg con no poca ironía—. Esa arma es un asunto urgente pendiente y que, para tu buen gobierno, necesita inmediata atención.

—Trataré de averiguar lo ocurrido —dijo Mason— pero, al fin y al cabo, ya sabes que las cerraduras de estas puertas no son a prueba de ladrones. Están fabricadas de modo que una llave maestra pueda abrir cualquier puerta de la planta.

—¿Quién tiene la llave maestra?

—El conserje, la mujer de la limpieza... francamente, no lo sé. Tendré que ponerme en contacto con las personas encargadas del cuidado del edificio y enterarme.

—Sí, más vale que te enteres —exclamó Tragg por encima del hombro, al tiempo que dedicaba una inclinación de cabeza a Adelle Hastings y salía del despacho.

Mason se volvió a Adelle Hastings.

—¿Mató usted a su esposo? —preguntó.

—No.

—Hay algunas cosas en su relato que son extremadamente casuales y un tanto sospechosas.

—Lo sé —confirmó la dama—. Eso es algo que no puedo evitar. Le he dicho la verdad. Ya ve lo que sucedió. Alguien ha querido deliberadamente comprometerme y me robó el bolso. Del bolso, esa misma persona cogió las llaves de mi apartamento. Quienquiera que robó el bolso se dirigió entonces a aquél, utilizó las llaves para entrar en el apartamento, robó también el arma y...

—¿Y se sirvió de ella para matar a su esposo? —preguntó Mason al ver que la señora Hastings se interrumpía.

—Así parece.

—Su marido fue asesinado en la cama, presumiblemente

mientras dormía.

Su interlocutora asintió con la cabeza.

—Lo que significa —continuó Mason— que el asesino era alguien que estaba en la casa, alguien en quien su esposo confiaba.

—O alguien que tenía una llave de la casa —indicó Adelle.

—De acuerdo —confirmó Mason— usted desea centrar la atención sobre el ladrón del bolso, pero bien acaba de decirme que su marido guardaba una llave de la casa en su oficina, para que si telefoneaba pidiendo que alguien fuera a ella a buscar algo, no hubiera la menor dificultad.

La mujer volvió a asentir en silencio.

—Pues entonces —concluyó el abogado—, eso quiere decir que cualquiera de la oficina pudo haber cogido la llave e ido a la casa. ¿Cuántas personas hay en la oficina?

—Debe de haber veinte o treinta empleados trabajando allí.

—¿Y todos tienen acceso a la llave?

—No. La llave se guarda en un cuartucho, cuya llave se guarda en la mesa del administrador.

—¿Así, si su marido telefona al despacho para que alguien vaya a buscar algún documento o algo a su casa, tiene que ir el administrador?

—No, no él, no, sino que cogería la llave y se la daría a la persona que designase para ello.

—¿Quién podría ser esa persona?

—Cualquiera. El botones, o una de las secretarias.

—Y —prosiguió el abogado— mientras esa persona tuviera la llave en su poder, nada podría impedirle entrar en una ferretería y conseguir un duplicado de la misma.

—Sí —corroboró la señora Hastings— supongo que sí, excepto que se supone que los empleados en la oficina de mi marido son personas de confianza.

—¿Trabajó usted de secretaria de su marido antes de casarse con él?

—Sí.

—¿Era soltero?

—No.

—¿Había estado ya casado?

—Sí.

—¿Era, pues, viudo?

—No, se había divorciado.

—¿Qué ocurrió con su primera mujer?

—Era la segunda —corrigió Adelle Hastings—. La primera murió. La segunda... Bueno, se divorció de ella.

Mason la miró con ojos penetrantes.

—¿Ese divorcio... allanó el camino para que ustedes dos se casaran?

—Sí.

—¿Quién pidió el divorcio?

—La esposa.

—¿Ruptura amistosa?

—Indudablemente, no.

—¿Se consignó por casualidad su nombre como cómplice del demandado en el juicio?

—Sí.

—¿Dónde se obtuvo el divorcio?

—En Nevada.

—¿Las Vegas?

—No, Carson City.

—¿Cuánto hace de eso?

—Unos diecinueve meses.

—¿Y tan pronto como se firmó la sentencia de divorcio, usted y el señor Hastings se casaron?

—Sí.

—Dígame entonces —inquirió Mason—. ¿Qué fue de la esposa, de la divorciada? ¿Lo ha olvidado ya se ha vuelto a casar, o...?

—¡No ha olvidado nada! —estalló Adelle Hastings—. Maldice el suelo que piso. Haría cualquier cosa por poder perjudicarme. Ésa es la razón de que... bueno, yo... Bueno, desde que empezó todo este asunto del revólver en mi bolso, he estado sospechando de ella.

—¿Dónde vive ahora?

—No lo sé.

—¿Cómo se llama?

—Hastings. No se ha vuelto a casar.

—Me refiero a su nombre completo.

—Minerva Shelton Hastings, y es una de las hipócritas más calculadoras y falsas que he conocido en mi vida.

—¿Estaba enamorada de Garvin Hastings?

—Minerva Shelton Hastings sólo tiene un verdadero amor en su vida, y es Minerva Shelton Hastings. Es egoísta, cínica, calculadora, ambiciosa, artera, falsa...

—¿Amaba a Garvin Hastings?

—Amaba la idea de enriquecerse.

—¿Debo entender que lo consiguió?

—Desde luego que sí.

—¿A cuánto ascendía la fortuna de Garvin Hastings?

—¡Dios mío, qué sé yo! Tenía propiedades esparcidas por todas partes. Su fortuna tal vez se eleve a dos o tres millones de dólares.

—¿Qué asignación consiguió Minerva?

—Doscientos cincuenta mil.

—¿Al contado?

—Dinero en mano.

—Pues si no amaba a Garvin —señaló Mason— y logró una buena asignación, no hay razón por la que debiera estar resentida contra usted.

—Oh, sí que la hay. Ella sabía cómo manejar a Garvin y, de no haber sido por mí, a estas horas se habría apoderado hasta del último centavo de su marido.

—¿Cómo?

—Envenenándole.

—¿Quiere usted decir que hubiera sido capaz de cometer un asesinato...?

—Señor Mason, entiéndalo de una vez. Minerva no se para ante nada. Es ambiciosa, audaz, artera, atrevida y lista.

—¿Luego todo esto tiene el sello de una posible maquinación suya?

Adelle Hastings asintió con la cabeza.

—Pero, ¿por qué? —preguntó el abogado.

—Para vengarse de mí.

—¿Quiere decir que armaría todo este lío e imaginaría un plan tan cuidadosamente calculado para desquitarse de usted?

—Si yo cumpliera una condena de cárcel —dijo Adelle— Minerva sería la mujer más feliz del mundo.

Mason repuso:

—Creo que debe haber alguna otra razón. ¿Hizo tal vez Garvin

testamento durante ese matrimonio, por el que la proclamase heredera universal de sus bienes?

—Sí.

—¿Revocó ese testamento por otro posterior?

—Me dijo que ésa era su intención.

—¿Cuándo?

—Pocos días después de que nos casáramos.

—Así pues, en la asignación que me propuso Huntley Banner —indicó Mason— existía la cláusula de que usted recibiría cincuenta mil dólares con arreglo al testamento de Garvin, como beneficiaria de esa cantidad.

Adelle asintió con la cabeza.

—Por lo tanto —concluyó Mason— estaba en el ánimo de su marido el poner esa cláusula en su testamento.

—Sí, desde luego. Después de divorciarme de él, no iba naturalmente a hacer de mí la única beneficiaria.

—¿Ese testamento no ha sido ejecutado aún?

—Lo ignoro.

—¿Sabe si su marido había ejecutado el otro en favor de usted?

—Tan sólo que me dijo que iba a hacerlo, dejando, por descontado, el primero sin efecto.

Mason puntualizó:

—En cualquier caso, su matrimonio con Garvin lo invalidaría... siempre que ese matrimonio fuese legal.

—Claro que era legal. ¿A qué viene eso?

El abogado contestó:

—Es la maldición que pesa sobre las llamadas «mentes legales». Uno considera todas las posibilidades. ¿Por qué naufragó su matrimonio?

—Él... Yo... bueno, él era bastante mayor que yo.

—¿Cuánto?

—Quince años.

—Lo supo usted en el momento de casarse con él.

—Sí.

—¿Y le importó entonces?

—Señor Mason, es muy doloroso para mí tener que profundizar en todo esto, pero fui la secretaria particular de Garvin. Se casó con Minerva. Gradualmente fue dándose cuenta de la mujer tan

calculadora, egoísta, cínica y peligrosa que era. Era, pues, natural que empezara a hacerme confidencias y que yo simpatizara con él y... bueno, creo que ambos nos vimos arrastrados hacia una situación que... Bien, en la que ambos nos dejamos llevar un poco por las circunstancias, hasta que gradualmente fuimos dándonos cuenta de que no se trataba más que de una mutua comprensión mal entendida, idealizada, que nada tenía de sentimiento amoroso. Señor Mason, no pienso hablar más de esto. Es un capítulo cerrado de mi vida.

—Puede que usted lo considere así —anunció Mason—, pero antes de que usted misma haya dado como concluido este asunto, el libro volverá a abrirse, el capítulo será ofrecido a la atención pública y sus páginas, desgarradas una por una e insertas en los titulares de los periódicos metropolitanos.

Adelle Hastings le miró con ojos horrorizados y se levantó bruscamente.

—Señor Mason —exclamó— me voy a un hotel. Le telefonaré diciéndole dónde estoy.

—De acuerdo —repuso Mason—. Pero advierto que no trate de abandonar la ciudad o de esconderse de algún modo, porque si lo hace dará a la acusación el arma que precisamente está buscando. En este Estado, la huida se interpreta como prueba de culpabilidad y les gustaría sin duda que usted intentase darse a la fuga.

»Ésa es la verdadera razón por la que Tragg no la aprehendió a usted ni se la llevó para interrogarla. Le hizo darle su palabra de honor de que permanecería en la ciudad, esperando que no pudiera usted soportar la tensión nerviosa y resolviera escapar, o por lo menos decidiera regresar a Nevada. Entonces la detendría en el mismo momento en que fuera usted a cruzar la frontera del Estado y la traerían arrestada, proclamando que su actitud era prueba inequívoca de evasión.

—¿Y la prueba de evasión puede utilizarse contra una persona?

—Sí. Está considerada como prueba de culpabilidad.

—Gracias por decírmelo —replicó la señora Hastings—. Le prometo que no cometeré la tontería de escapar.

Capítulo 6

En cuanto Adelle Hastings abandonó el despacho de Mason, el abogado se volvió a Della Street.

—Llama a Paul Drake —le dijo—. Pídele que venga tan pronto como pueda.

Della Street hizo la llamada, colgó el teléfono y afirmó:

—Vendrá en seguida.

Treinta segundos después, los golpecitos familiares de Paul Drake sonaron en la puerta del despacho de Mason.

Della Street abrió la puerta.

—Hola, encanto —piropeó Drake; luego, volviéndose a Mason, preguntó—: ¿Quieres saber alguna cosa más sobre los propietarios de esos dos coches de Nevada, Perry?

—Todavía no lo sé —repuso Mason—. Tengo un trabajo urgente para ti.

—¿De qué se trata?

Mason explicó:

—Tenía un revólver en este cajón de la mesa. Alguien lo robó durante la noche o a primera hora de la mañana, antes de que se abriera la oficina. Quiero averiguar quién es el ladrón y recuperar esa arma.

—¿Es importante?

—Condénadamente importante —contestó Mason—. Si no lo recupero, seré acusado de ocultación de pruebas.

—¿Crees que puedan sostener esa acusación?

—No lo sé —respondió el abogado—. Mi versión parece casi tan improbable como la de mi cliente, y cuando se junten las dos, el resultado será una bonita historia que un fiscal con buena dosis de sarcasmo podrá llenar de tantos agujeros como un queso suizo.

—Y creo —señaló Drake— que hay un fiscal de esas

características que no está más que esperando esa oportunidad.

—Efectivamente —corroboró Mason.

—¿Tienes alguna pista? —preguntó Drake.

—En mi opinión —repuso Mason— tuvo que ser alguien que sabía muy bien lo que hacía. Siento tener que decirlo, Paul, pero tengo grandes sospechas de que mi cliente, Adelle Hastings, es quien entró aquí con objeto de robar el arma.

—¿Qué te hace pensar eso?

—El hecho de que, por ejemplo, sabía dónde estaba.

—Hay dos lugares en los que normalmente hubieras podido guardar el revólver —indicó Drake—. Uno de ellos sería la caja fuerte, y el otro un cajón de tu escritorio.

—Lo sé —repuso el abogado—, pero no hay la menor señal de desorden en el despacho.

—No tenía por qué haberla —señaló Drake—. Si yo hubiera estado buscando un arma, me hubiera dirigido directamente al cajón superior de tu mesa.

—Bien —declaró Mason—, no creo que fuese obra de un ladrón profesional, puesto que las cerraduras no han sido forzadas. Creo que alguien entró aquí, ya sea anoche o esta madrugada. Ahora bien, nadie pudo haber subido hasta esta planta por la noche, a menos que firmara un registro en el ascensor diciendo a dónde iba y anotando el tiempo. Además, hubiera tenido que firmar también el abandonar el edificio.

Drake asintió en silencio.

—Si fue por la noche —explicó Mason— podría haber sido cualquiera de entre un gran número de personas. Hay muchos abogados que vienen después de cenar para conferenciar con sus clientes y consultar algún punto jurídico en la biblioteca; pero tengo el extraño presentimiento de que fue esta madrugada. Así que lo primero que hay que hacer es mirar en el registro del ascensor y ver qué nombres fueron consignados en él durante esta madrugada.

—¿A qué hora?

—Empieza por las dos o las tres —indicó Mason—. Anda, ve, Paul empieza por el primer nombre que haya en el registro.

—Está bien —contestó Drake—, allá voy. Me llevará sólo unos minutos echarle un vistazo. Puedo traerlo aquí, si quieres.

—Adelante, tráelo —dijo Mason—. ¡Ah, otra cosa! Averigua

cuanto puedas sobre Minerva Shelton Hastings. Fue la segunda esposa de Garvin Hastings. Su tercera mujer, Adelle Hastings, es mi cliente y, para tu información, Garvin Hastings fue hallado muerto en la cama esta mañana. Asesinado. Le dispararon dos balazos en la cabeza mientras dormía. Me gustaría que te informaras sobre esa tal Minerva.

—De acuerdo —replicó el detective—. Pondré a algunos hombres sobre su pista e iré a mirar ese registro. Volveré inmediatamente, si te parece.

—Sí, por favor —manifestó el abogado.

Drake salió del despacho y Mason, frunciendo el ceño con aire pensativo, empezó a dar vueltas en torno de la estancia.

—Estoy seguro de que ha tenido que ser esta mañana —se dijo Mason en voz alta, con los ojos fijos en la alfombra del despacho y sin dejar de pasear por él.

De pronto se volvió.

—Della, ¿sabes cuándo se hace la limpieza de los despachos?

—¿Te refieres a los de esta planta?

—Sí.

—Por la mañana. En la de abajo, por la noche. Las mismas mujeres hacen el trabajo de limpieza en las dos plantas.

—Supuse que lo hacían por la mañana —anunció Mason— porque estamos aquí a cualquier hora de la noche y todavía no me he topado nunca con ninguna mujer de la limpieza.

—Creo que aquí trabajan sobre las seis de la madrugada —dijo Della.

—¿Qué opinas de esas mujeres? ¿Te parece que se las puede sobornar... o embaucar?

—Probablemente lo segundo —contestó la secretaria—. Dudo que se presten a un soborno. Son gente de fiar.

El abogado asintió con la cabeza y reanudó su paseo por el despacho.

Los consabidos golpecitos de Drake sonaron en la puerta.

Della la abrió.

Drake anunció:

—Creo que hemos hallado una pista, Perry.

—Explícate.

—Mi oficina de investigación está abierta las veinticuatro horas

del día —empezó Drake—. La mantengo abierta para que los hombres que están de servicio puedan tener un lugar al que acudir a redactar sus informes. Aunque en realidad casi nunca vemos a nadie entre las diez u once de la noche y siete y media u ocho de la mañana.

»Yo suelo venir por las mañanas a eso de las ocho y me gusta saber que los empleados nocturnos tienen un informe archivado cuando llego, así que unos cuantos hombres vienen a eso de las seis y media a siete de la mañana, mecanografían sus informes y se van a desayunar.

Mason asintió con la cabeza.

—Ahora bien, esta mañana, a las seis, el registro muestra que hubo un tal Sidney Bell que firmó en él al entrar, con el propósito, al parecer, de dirigirse a mi oficina: pero Sidney Bell me es desconocido. No conozco a nadie que se llame así ni tengo a ningún empleado con ese nombre.

»Sin embargo, el resultado de todo esto es que los registros de mi oficina revelan que ningún Sidney Bell entró a las seis de esta mañana; en realidad no había en mi oficina más que dos o tres empleados que fueron a mecanografiar unos informes.

—¿Aparece ahí la firma de Sidney Bell?

—Exacto, aquí está. Sidney Bell llegó a las seis y cinco y se marchó a las seis y quince.

—¿Y consignó que se dirigía a tu oficina?

—Efectivamente.

Mason anunció:

—Hay que localizar a la mujer que limpia este despacho, Paul. Anota su dirección y ve también al encuentro del ascensorista. A ver si es posible que tengamos la descripción de ese tal Sidney Bell.

—Ya lo he hecho —contestó Drake—. Uno de los conserjes auxiliares está al cuidado del ascensor a primeras horas de la mañana. Recuerda muy bien a Bell. Era un sujeto alto que vestía traje oscuro y llevaba un portadocumentos. Además, usaba gafas oscuras. Esto no dejó de sorprender al conserje auxiliar, puesto que pensó que era hora muy temprana de la mañana para que nadie las llevase puestas.

—Nada de eso —adujo Mason—. En este caso, las gafas oscuras parecen ser el disfraz universal y de verdad que condenadamente

efectivo. ¿Qué hay de la mujer de la limpieza, Paul?

Drake esbozó una burlona sonrisa.

—Tampoco ese punto me pasó inadvertido. Se llama Maude G. Crump. Tiene un teléfono al que poder llamarla y te ahorraré un poco de dinero al hacerlo.

—Explicate.

—Hablé con ella por teléfono. Me describió al tipo alto, vestido con traje oscuro y llevando gafas oscuras, que llegó con un portadocumentos cuando ella estaba limpiando tu despacho. Tenía un aire de total aplomo y seguridad en sí mismo. Dijo: «Buenos días. Tengo que tomar el primer avión que sale para Arizona y necesito llevarme algunos documentos. Supongo que a usted no le importa madrugar, pero en lo que a mí respecta equivale a un verdadero sacrificio».

—Espera un momento —interrumpió Mason— la puerta del despacho estaría cerrada. No dejan abiertas las puertas que dan acceso a los despachos cuando hacen la limpieza.

—Llamó a la puerta, le dijo que había olvidado su llave, le dio cinco dólares y unos golpecitos en la espalda. La mujer lo recuerda como todo un caballero.

—¿Le dijo que era Perry Mason?

—No de palabra, pero sin duda lo dejó entrever por su conducta. Mason pidió:

—Vuelve a telefonar a Maude Crump, Paul. Dile que si quiere ganar un poco de dinero extra, que venga a mi despacho. Quiero hablar con ella. Dile también que puede que tenga que esperar un par de horas, pero que recibirá quince dólares por cada una.

—Lo haré en seguida —repuso Drake—. ¿Algo más, Perry?

—Creo que ya es bastante por ahora —dijo el abogado.

—De acuerdo —exclamó Drake—. Me vuelvo a mi agujero. Abrió la puerta del despacho particular de Mason y salió.

Mason se volvió a Della Street.

—Ya tenemos a un hombre en el caso, Della —dijo.

La secretaria asintió con la cabeza.

Mason se quedó pensativo unos momentos y al fin exclamó:

—¿Advertiste el tono de voz en el que Adelle Hastings habló con Simley Beason por teléfono?

—Desde luego que sí —afirmó Della Street—. Era un tono que

pudiéramos llamar de cálida intimidad.

—Exactamente —confirmó Mason—. Ahora bien, el hombre que subió a este despacho estuvo en el edificio sólo diez minutos. Durante ese tiempo tuvo que ir al despacho, llamar a la puerta, requerir la atención de la mujer de la limpieza, entrar en el despacho, coger el arma y salir... Todo en diez minutos.

»Desde luego puede que hubiera razonado como Paul, respecto a que el arma estaría en algún cajón de mi mesa. Pero, del modo en que todo fue planeado, ese hombre tenía que saber dónde estaba el arma.

—No acabo de entenderte —dijo Della Street.

—Si se proponía llevar a cabo una larga búsqueda del revólver —explicó Mason— hubiese dicho a la mujer de la limpieza que tenía que trabajar y que no quería que se le molestase.

»Pero no lo hizo. Le dijo que tenía que tomar un avión y que había venido a recoger unos documentos. Eso significaba que estaba persuadido de que su acción sería rápida: prácticamente, cuestión de entrar y salir.

—¡Oh, claro! —exclamó Della—. Eso significa que debía saber que no necesitaría una larga búsqueda.

—Exacto —corroboró el abogado.

—Oh, oh —continuó Della—. Estoy empezando a ver toda la trama de este asunto.

Mason dijo:

—Llama a la oficina de Hastings, Della. Veamos si podemos localizar a Simley Beason antes de que se vaya a comer.

La joven hizo la llamada y poco después anunció:

—El señor Simley Beason, por favor... Dígame que es de parte de la oficina del señor Mason... El señor Perry Mason, abogado.

Esperó unos instantes en el teléfono, asintió con la cabeza hacia Perry Mason y le comunicó:

—Han ido a buscarle. Ya se pone.

Se dirigió entonces al auricular y exclamó:

—¿Oiga, señor Beason? Soy Della Street, secretaria del señor Mason. El señor Mason quiere hablar con usted. Un momento, por favor...

Mason tomó su teléfono y saludó:

—¿Qué tal, señor Beason? Quisiera tener una entrevista con

usted lo antes posible. Me doy cuenta de que esta mañana ha sido terrible para usted, pero ha surgido una situación muy embarazosa y creo que puede usted ser útil a la señora Hastings o, mejor, a la causa de la justicia, impidiendo tal vez que se cometa una injusticia.

Beason repuso:

—Si hay algo que yo pueda hacer al respecto, señor Mason, cuente usted conmigo. Estuve muy cerca del señor Hastings mientras vivió y naturalmente tuve ocasión de conocer bien a la hoy señora Hastings en el tiempo que estuvo empleada aquí. Créame que nada deseo tanto como poder hacer algo por ayudarla.

—¿Podría usted venir a verme durante la hora del almuerzo? —preguntó Mason.

—Veamos, en este mismo momento me disponía a ir a comer. Yo... Sí, puedo hacerlo perfectamente después. Ahí estará.

—Bien —respondió Mason—. Le espero. Muchísimas gracias, señor Beason.

El abogado colgó el teléfono al mismo tiempo que miraba a Della Street.

—¿Y bien? —inquirió la joven.

—No deja de ser significativo —declaró Mason— que no me preguntara ni una sola vez dónde estaba mi despacho.

—Es evidente —indicó Della Street— que puede buscar la dirección en la guía telefónica.

—Pero eso requiere tiempo —objetó Mason—. Y tiene prisa. Hubiera sido mucho más sencillo haberme preguntado: «¿Dónde está su despacho, Mason?». Y no lo hizo. Creo que eso significa que ya lo sabía.

»Telefonea a Paul Drake y dile que localice a la señora Crump y le pida que venga aquí inmediatamente. Que le diga también que es muy posible que no tenga que esperar más allá de unos cuantos minutos.

»Dile a Gertie que se vaya ahora a comer, Della, y ocupa tú su puesto en la sala de recepción. Si Beason viene antes que la señora Crump, hazlo entrar directamente aquí y luego vuelve a tu sitio en espera de la mujer de la limpieza. Avísame en cuanto llegue.

La secretaria asintió con la cabeza.

—¿Bocadillos? —preguntó.

Mason esbozó una resignada sonrisa.

—Pide que te suban un par de hamburguesas del restaurante de abajo. Estamos a «dieta de Paul Drake».

—¿En todo? —inquirió la muchacha.

—En todo —respondió Mason—. Los pequeños detalles también cuentan.

Capítulo 7

Sonó el teléfono del despacho de Mason y el abogado, tras descolgar el auricular, oyó la voz de Della Street diciendo:

—El señor Simley Beason está aquí. Dice que estás esperándole.

—Hazle pasar —contestó Mason.

Poco después, Della Street abrió la puerta y un hombre alto, de unos treinta y cinco años, cabello negro y ondulado, ojos negros y profundos y vistiendo un traje oscuro, se adelantaba hacia el abogado con la mano extendida.

—Señor Mason —dijo— tengo mucho gusto en conocerle.

—El gusto es mío —replicó Mason, estrechando cordialmente la mano que se le ofrecía—. ¿No quiere usted sentarse?

Beason se acomodó en el muelle sillón de cuero.

Mason empezó:

—Necesito cierta información. Es urgente y creo que es usted la persona adecuada para dármele.

—Haré cuanto pueda por complacerle.

—Desde luego me doy cuenta de que, como empleado de las vastas empresas comerciales de Hastings, tiene usted muchas responsabilidades y hoy es probablemente muy mal día para que yo le robe un solo minuto de su tiempo. Sin embargo, considero el asunto de cierta importancia.

»Me doy cuenta también de que debe usted lealtad al difunto y al negocio, pero creo que es usted esencialmente honrado y estoy seguro de que no le importará que le haga unas cuantas preguntas.

—Adelante —dijo Beason—. Haré gustoso cuanto esté en mi mano. —Luego añadió significativamente—: En el poco tiempo que hoy puedo restarle a mi trabajo. Comprenderá que ya he tenido que contestar a un montón de preguntas.

—Lo comprendo —aseguró Mason—. Procuraré ser tan breve

como sea posible. ¿Desde cuándo trabaja para las Empresas Hastings?

—Desde hará unos veinte años.

—¿Conoció a la primera señora Hastings?

—Sí.

—¿Murió?

—Sí.

—¿Y la segunda señora Hastings?

—Ésa es Minerva Hastings —señaló Beason—. Sí, la conozco.

—¿Quisiera emitir su opinión sobre ella? —preguntó Mason.

Beason fijó su mirada en la alfombra del despacho por un momento y luego levantó sus ojos hacia Mason.

—No —contestó.

—Y, por supuesto, conoce a Adelle Hastings.

—Sí.

—¿Quisiera emitir su opinión sobre ella?

—Conozco a Adelle Hastings desde que entró a trabajar en la Organización —explicó Beason—. Es una mujer encantadora. Era la secretaria del señor Hastings antes de casarse con él.

—Hubo una especie de escándalo, ¿no? —inquirió Mason—. ¿No fue consignado su nombre como cómplice del demandado en el pleito de divorcio que se suscitó?

Beason fue a decir algo, se detuvo, se acarició la barbilla con la punta de su pulgar e índice y dijo:

—No quisiera repetirme, señor Mason, pero voy a plantearle de nuevo la situación en pocas palabras. La primera señora Hastings era una mujer encantadora. Cuando murió, Hastings se sintió solo y su concepto de las mujeres y del matrimonio siguió evidentemente influido por lo que para él había representado su primera esposa. Entonces conoció a Minerva. No se le ocurrió pensar que su matrimonio con ella sería radicalmente distinto del que tuvo con su primera mujer. Era un hombre muy fácil de dominar.

—¿Quiere usted decir que Minerva se aprovechaba de esa circunstancia?

—Yo no he dicho eso —negó Beason.

—Pero lo ha insinuado —puntualizó Mason.

—Dejémoslo tal y como se lo dije.

—Adelante. Hábleme de Adelle.

—La idea que el señor Hastings tenía del matrimonio estaba referida a la felicidad que había disfrutado con su primera mujer. Tras su segundo matrimonio, fue descubriendo poco a poco la realidad.

»Adelle era su secretaria y... Bueno, todos podíamos ver que el señor Hastings sufría, sufría terriblemente. Creo que se confió a Adelle y ambos simpatizaron en seguida. Una cálida amistad que al poco tiempo se transformó en amor.

—Y, como es lógico, Minerva se enfureció —razonó Mason.

Simley Beason levantó rápidamente la cabeza para mirar al abogado.

—No necesariamente —objetó.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Pues que existe la posibilidad de que Minerva no considerara su matrimonio con Hastings como una unión permanente, sino como medio de conseguir una prosperidad económica.

»Entiéndame, señor Mason, no digo que sea éste el caso, pero si lo fuera, lo normal es que aceptara la nueva situación con enorme satisfacción, puesto que le proporcionaba la oportunidad de obtener el divorcio, adoptar la postura de esposa ofendida, buscarle las cosquillas a Garvin Hastings y hacerse de una gran suma de dinero a través de las asistencias señaladas por el juez.

—¿Hubo alguna indicación de que éste pudiera haber sido el caso? —preguntó Mason.

—Por la época en que el señor Hastings empezó a tener una íntima amistad con Adelle, Minerva Hastings se fue al Este a visitar a sus familiares y... A todos los que trabajábamos en la oficina nos pareció que Minerva cerraba deliberadamente los ojos y daba pie a toda clase de oportunidades para que Garvin Hastings y Adelle Sterling estuvieran juntos.

—¿Qué ocurrió luego? —inquirió Mason.

—Ah, vino la consabida trifulca, las recriminaciones, la negociación de la asignación de bienes, concluyendo con la marcha de Minerva a Carson City, Nevada, la fijación de su residencia allí durante seis semanas y la petición del divorcio. Adelle Sterling y Garvin Hastings se casaron al cabo de una semana del divorcio de Minerva.

—¿Y qué fue de Minerva?

—Por ahí anda, de un lado para otro.

—¿La ha vuelto usted a ver?

—No, pero hablo con ella por teléfono de vez en cuando. Compréndalo, consiguió una considerable suma en metálico a través de la asignación judicial y también algunas propiedades que el señor Hastings había adquirido, propiedades que, naturalmente, me son bien conocidas. Minerva Hastings me telefonea de vez en cuando para preguntarme alguna cosa sobre ellas.

—¿Cuál es su actitud hacia usted?

—No creo que yo sea precisamente santo de su devoción. Su favorito es Connely Maynard, el administrador general de las empresas. Ellos dos se conocen desde hace algún tiempo.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace algún tiempo.

—¿Desde antes de que Minerva se casara con Hastings?

—Creo que tenían amistades comunes.

—¿Cómo podría calificarse en la actualidad la relación que les une?

—Lo ignoro.

—¿Se atrevería a aventurar una opinión sobre si en esa relación hay algo más que amistad?

Beason vaciló un momento y luego contestó:

—No. Aventurar una opinión en estas cuestiones no conduciría a nada.

—¿Dónde vive ahora Minerva Hastings?

—Alterna su tiempo entre las relaciones que tiene aquí y las amistades que hizo en Nevada al establecer allí su residencia. Minerva es incansable. Va y viene.

—Está bien —dijo Mason—. Quiero su opinión. ¿Cree usted que está enamorada de Connely Maynard?

Beason se quedó pensativo y al fin declaró:

—Está enamorada del poder, del dinero, de sí misma. Todas las demás emociones son secundarias.

El abogado cambió el tema del interrogatorio.

—Supongo que ya tiene usted conocimiento de lo que ocurrió aquí ayer. Una mujer que declaró ser la señora Hastings se dejó el bolso en la oficina. En ese bolso había un arma.

—Eso tengo entendido —afirmó Beason.

—Esa mujer llevaba gafas oscuras, que hacían un tanto difícil identificarla.

—Sí. Comprendo.

—¿Cree usted que exista la posibilidad de que esa mujer fuera Minerva Hastings?

Beason repuso con aire pensativo:

—Minerva Hastings es muy lista, muy atrevida, muy sagaz. Si estuviera envuelta en una maniobra de esa clase, la hubiera planeado cuidadosamente... hasta el más pequeño detalle.

—Al parecer —anunció Mason—, ésta fue cuidadosamente planeada, hasta el más pequeño detalle.

Beason no dijo nada.

El teléfono emitió entonces su agudo timbrazo.

Mason lo descolgó y oyó la voz de Della Street:

—La señora Crump está aquí.

—Bien —repuso el abogado—. Creo que es conveniente actuar.

—¿Significa eso que debo hacerla pasar?

—Sí —afirmó Mason.

Mason abrió el cajón de su mesa y entregó unas gafas oscuras a Simley Beason.

—¿Le importaría —preguntó— ponérselas?

—¿Por qué? —inquirió a su vez Beason.

—Sólo quiero comprobar si su aspecto cambia con ellas.

Beason vaciló un momento y se puso las gafas oscuras.

Mason le miró con ojos penetrantes.

La puerta que comunicaba con el vestíbulo se abrió y Della Street dijo:

—La señora Crump.

La señora Crump, una mujer gruesa y cincuentona, hizo su cansina entrada en el despacho.

Simley Beason se apresuró a quitarse las gafas oscuras.

La señora Crump se volvió hacia él y le dijo:

—¡Vaya! ¿Qué ha sucedido, señor Mason? ¿Decidió al fin no ir a Arizona?

Beason sonrió débilmente, indicó con un movimiento de cabeza a Mason y repuso:

—Éste es el señor Mason. Yo me llamo Simley Beason.

—¡Vaya, usted...! ¿No es usted...? ¡Vaya, usted es el que...!

—Efectivamente, él es, señora Crump —concluyó el abogado. Y, volviéndose a Beason, añadió—: Me gustaría muchísimo que me explicara detalladamente lo que hacía usted en mi despacho esta mañana poco después de las seis, y lo que hizo con el revólver que sacó del cajón superior derecho de mi mesa.

Mason sonrió a la señora Crump y continuó:

—Eso es todo, señora Crump. Eso es todo lo que queremos de usted por el momento. Si vuelve usted al vestíbulo, la señorita Street, mi secretaria, se ocupará que reciba un cheque por sus servicios. Siento haber tenido que molestarla, pero...

—Quite, quite —interrumpió la mujer de la limpieza—. Le aseguro a usted que estoy encantada de haber podido serle útil.

Miró a Beason con evidente desagrado, dio media vuelta y salió pesadamente del despacho.

Mason se recostó en su silla giratoria, encendió un cigarrillo, extendió su mano en busca de las gafas oscuras y permaneció silencioso.

Aquella prolongada tensión fue demasiado para Beason.

—Está bien —estalló al fin—, supongo que fue una torpeza mía. Pero sólo me guiaba ayudar en lo posible a Adelle.

—¿Hasta dónde llega su amistad con Adelle? —preguntó Mason—. ¿Qué *clase* de relación les une?

—No hay nada vergonzoso entre nosotros, si es eso a lo que se refiere —puntualizó Beason—, pero lo... ¡Maldita sea, Mason, yo...! Bueno, creo que he sido atrapado y que, dada mi comprometida situación, tendré que darle ahora un infierno de explicaciones.

El abogado continuó ante su mesa sin pronunciar palabra, esperando que Beason asumiera la iniciativa de la conversación.

—De acuerdo —prosiguió—, se lo diré, porque tarde o temprano lo sabría. Adelle Hastings lo es todo para mí. La... la quiero.

—¿Desde cuándo?

—Me sentí atraído hacia ella desde el mismo instante en que entró en la oficina. No diré que fuese el clásico flechazo, pero me sentí terriblemente inclinado hacia esa mujer, verdaderamente fascinado por ella.

—¿Le pidió usted alguna vez una cita? —preguntó Perry Mason. Beason se encogió de hombros.

—¿Qué posibilidades tiene un empleado cuando es su jefe quien

se enamora de la misma chica?

—Eso depende ante todo de la chica —replicó Mason.

—No creo que Adelle se diese cuenta de mis sentimientos.

—¿Los conoce ahora? —inquirió Mason.

—No lo sé. Jamás le dije nada que pudiera darle esa impresión, pero... Bueno, ha sido siempre muy afectuosa, muy considerada y muy buena conmigo.

—¿Le contó lo ocurrido con el bolso y el arma?

—Sí. Después de que abandonó usted Las Vegas, empezó a preocuparme cada vez más la llamada telefónica que Adelle me había hecho mientras estaba usted allí, así que volví a llamarla para pedirle que me dijera qué era todo aquello.

—¿Lo hizo?

—No quiso por teléfono. Dijo que iría a entrevistarse conmigo.

—¿Así que se vieron a primeras horas de la mañana?

—A las cinco —declaró Beason—. Desayunamos juntos. ¡Dios mío! Pero ¿qué es lo que estoy diciendo? Estoy poniéndome la soga al cuello y al mismo tiempo comprometiéndola a ella. No pensé que nada de esto saliera a relucir jamás.

—Hay muchas cosas que salen a relucir en un caso de asesinato —dijo Mason.

Beason comentó:

—Tan sólo intenté ayudarla. Pero por lo visto no lo he conseguido.

—Desde luego que no —corroboró Mason—. Y no solamente en lo que se refiere a Adelle Hastings, sino que me ha puesto también a *mí* en la picota. ¿Cómo supo dónde encontrar el arma?

—Adelle me reveló lo que había hecho usted con ella.

—¿Luego ella *sabía* que iba usted a subir hasta aquí para recogerla?

—¡Diablos, no! No tenía la menor idea. Me contó lo que le había pasado y me pidió consejo. Ella ni sospechaba lo que me proponía hacer.

—¿Le dijo acaso que había sido ella la que dejó el bolso en mi despacho? —inquirió el abogado.

—¡No, no! ¿No lo entiende? Ésa fue la razón de que me sintiera interesado y... de que hiciese lo que hice. Adelle me aseguró que le habían robado el bolso, que no había arma alguna en él cuando se

lo robaron y que luego el revólver fue hallado en el bolso que dejó en su oficina una mujer que se hizo pasar por Adelle Hastings. Por lo que comprendí en seguida que alguien quería deliberadamente comprometer a Adelle.

—¿Había descubierto usted ya entonces el cadáver de Hastings?

—No. Pero tan sólo me faltaba eso. Estuve atando cabos y llegué a la conclusión de que algo había sucedido... de que se había cometido un crimen con aquella arma y que existía el deliberado y firme propósito de culpar de él a Adelle.

—Por lo que se aprestó a hacer cuanto pudiera para que Adelle se viera libre de toda sospecha.

—Compréndalo, señor Mason. Sabía que alguien trataba desesperadamente de poner a Adelle en un grave aprieto y creí que debía... bueno, que debía jugarme el todo por el todo.

—Muy bien —dijo Mason—. ¿Dónde está el arma?

—La tengo donde nadie podrá encontrarla.

—Pues yo he de encontrarla —anunció rotundamente Perry Mason.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que tengo que encontrar esa arma para dársela a la policía —declaró Mason—. ¿Es que no lo entiende? Me ha puesto usted entre la espada y la pared. Le conté a la policía mi versión relativa al arma. Tenía que hacerlo. El revólver es una prueba. Soy abogado. No puedo caer en la ocultación de pruebas. Usted es un ciudadano. *No puede* ocultar las pruebas. Podría acusársele de encubridor. Quiero que me dé esa arma inmediatamente.

—¿Para que se la entregue a la policía?

—En efecto.

Beason suspiró penosamente.

—Como quiera —dijo—. Usted gana. ¿Puedo telefonear?

—Hágalo desde aquí —repuso Mason, indicando el teléfono—. Oprima ese botón y tendrá línea exterior.

Beason descolgó el teléfono, apretó el botón y cuando oyó la señal marcó un número.

—Oiga —empezó—, póngame con Rosalie.

Beason esperó unos momentos y al fin dijo:

—¿Rosalie? Soy Simley Beason. Quiero que me haga un favor muy importante y urgente. Estoy en el despacho de Perry Mason, el

abogado. Vaya usted a mi ropero. Encontrará allí mi equipo de golf y una bolsa llena de palos de juego.

»Coja la bolsa, saque los palos que hay en ella, vacíela y hallará un paquete: un paquete envuelto en papel de estraza y que lleva una etiqueta en la que se dice que el contenido del paquete fue sustraído del cajón de la mesa del despacho de Perry Mason a las seis de esta mañana. Encontrará también en la etiqueta la dirección de la oficina de Mason y mi firma. El marbete está sujeto con cinta adhesiva al papel de estraza y el paquete aparece sellado.

»Quiero que me traiga ese paquete a la oficina del señor Mason lo más rápidamente posible. Coja un taxi. Reúnase conmigo en el despacho de Mason y luego regresaremos juntos en mi coche. ¿Me ha entendido bien?

Beason escuchó en el auricular durante unos momentos y concluyó:

—Buena chica. La espero.

Colgó el teléfono y dijo a Mason:

—Supongo que no necesito decirle lo satisfactorio que es tener una buena y leal secretaria, pero desde luego es maravilloso. No me di verdadera cuenta de lo mediocres que eran las secretarias que había ido teniendo con anterioridad hasta que Rosalie Blackburn entró a mi servicio y pude comprobar la gran distancia que la separaba de ellas. No hay más que decirle algo una vez y lo hace con prontitud y bien.

—¿A qué viene toda esa precaución suya de sellar el paquete y ponerle una etiqueta? —preguntó Mason.

—Lo hice para proteger a Adelle Hastings. Si me ocurría algo, no quería que alguien encontrase ese paquete y pensase que fue Adelle quien lo había escondido allí.

—¿A qué se refiere usted con eso de «si le ocurría algo»?

—Oh, no crea que exagero, señor Mason. Sé muy bien que hoy en día puede asesinarse con pasmosa facilidad a una persona bajo la apariencia de un accidente de automóvil y... Bueno, la vida está llena de riesgos, eso es todo.

Mason le miró fijamente.

—¿Es ésa la única razón por la que tomó todas esas precauciones?

—Bueno, quería... quería hacer las cosas bien.

—¿Anotó usted —preguntó Mason— la numeración de esa arma cuando la tuvo en su poder y antes de envolverla?

—No. ¿Para qué iba a hacerlo?

—Para asegurarse de que nadie aprovechara la ocasión y tal vez sustituyera el arma fatal por la de Adelle.

—No, no anoté la numeración, sino que envolví el revólver en papel de seda, luego en grueso papel de estraza, lo sujeté con cinta adhesiva, firmé el paquete y lo etiqueté.

Mason señaló:

—Pudo usted haber estropeado precisamente lo que estaba tratando de arreglar.

—¿Qué quiere decir?

Mason contestó:

—Hastings fue asesinado. Fue un crimen premeditado. No se dispara contra un hombre dormido en un arrebato de pasión. Cuando la víctima está durmiendo y el criminal se arrastra hasta la cabecera de la cama y aprieta el gatillo, comete un homicidio premeditado, perfectamente calculado.

Beason asintió con la cabeza.

—Y luego, la precaución de dispararle por segunda vez indica que quiso asegurarse, pero que muy bien, de que estaba muerto.

Beason cambió de postura y volvió a asentir un tanto de mala gana.

—Así que nos enfrentamos con un asesino de gran sangre fría —señaló Mason—; una persona astuta, lista, egoísta y probablemente tan habilidosa como el diablo.

»Ahora bien, Hastings tenía su casa perfectamente cerrada. No hay señales de que alguien hubiese forzado alguna de las ventanas. Por lo tanto, el razonamiento de la policía será que quienquiera que entrase en la casa lo hizo con una llave. Según tengo entendido, había dos llaves de la casa. Una estaba en la oficina, para que si Hastings quería que alguien le llevara algún documento a la casa, o fuera a buscar algo a ella en su ausencia, viera cumplido su deseo con sólo telefonar. La otra llave estaba en poder de Adelle Hastings. Pero ¿no es posible que existiera una tercera llave? ¿No tendría una la propia Minerva?

—No, la devolvió junto con una carta muy amarga.

—¿Cómo lo sabe?

—La señora Hastings me la enseñó.

—¿Qué decía?

—Oh, era toda una pieza dramática. Con ella preparaba la base para una buena asignación de bienes. Decía que se sentía como un zapato viejo, que Hastings estaba orgulloso de ella al principio y que luego la había desechado como si fuese basura.

—¿Consiguió una buena asignación de bienes? —preguntó Mason.

—En mi opinión, sí. En la suya no.

—¿Qué abogado entendió en ella? ¿El de Nevada?

—No, Minerva y Hastings la concretaron por sí mismos.

—Eso es un poco raro —dijo Mason.

—Hastings lo era en esa clase de asuntos. Tenía un modo bancario de ver las cosas. En mi opinión, lo importante era subsanar su gran error y si tarde o temprano había que pagar, lo mejor era hacerlo y sin regateos.

—De acuerdo —repuso Mason— he aquí cómo veo yo este caso. Alguien muy hábil, vengativo y cruel tenía una llave de la casa de Hastings... o fue capaz de agenciársela.

»Dado que Adelle es mi cliente y su amiga, la dejaremos al margen por el momento. Por lo tanto, la llave en cuestión fue probablemente la que se guardaba en la oficina. Ahora bien, si el revólver de Adelle no fue el arma asesina, pero usted se la llevó a la oficina y alguien descubrió su paradero, cambió las armas y dejó la fatal en lugar de la de Adelle, ya puede usted imaginarse cuál sería la situación.

Beason frunció el entrecejo; había alarma en sus ojos, pero replicó:

—Permítame decirle, señor Mason, que es usted en extremo derrotista. A fin de cuentas, empaqueté y sellé el arma. Nadie pudo haberla tocado sin que se advirtiera que el paquete había sido abierto, y tenga en cuenta que me preocupé de esconderlo donde a nadie pudiera ocurrírsele nunca buscarlo.

—Está bien —contestó Mason—, entonces...

El teléfono emitió un agudo y corto timbrazo.

Mason descolgó el auricular y preguntó:

—¿Continúas al cuidado de la centralita, Della?

—Sí —contestó la secretaria—. Gertie volverá de un momento a

otro. Pregunta por ti el señor Huntley Banner y dice que es muy importante. ¿Quieres hablar con él?

—Sí —replicó el abogado—. Pásame la comunicación.

Della Street así lo hizo:

—¿Qué hay, Banner? —empezó Mason—. ¿Qué se le ofrece?

Banner respondió:

—Quiero que sepa que me molestó mucho su modo de aprovecharse de mí cuando le llamé antes por teléfono.

—¿Que yo me aproveché de usted?

—Usted sabía que mi reacción sería decirle que me había puesto en contacto con mi cliente.

Mason ironizó:

—Le aseguro que no conocía su afición a la mentira.

—Tampoco yo entiendo mucho sus manejos —replicó Banner—, pero lo cierto es que me hizo caer en la trampa.

—¿Me llama únicamente para decirme lo molesto que está? —preguntó Mason.

—No, le llamo por otro asunto, pero he creído conveniente que supiera que no me gusta que me tomen el pelo.

—¿Cuál es ese otro asunto? —inquirió Mason.

—Supongo —declaró Banner— que Adelle Hastings será su cliente y que va usted a representarla.

—¿Y bien? —preguntó Mason.

—Ella no puede ni verme —continuó Banner—. Ahora bien, hay que canalizar el destino de una gran herencia. Estoy plenamente familiarizado con todos los asuntos de Hastings y lógicamente debería ser el albacea testamentario de su patrimonio. Pero, dadas las circunstancias, sé que no tengo la menor posibilidad de hacerlo si de Adelle Hastings depende.

»Acabo de recibir una llamada de Minerva Hastings. Por si no lo sabe, estuvo casada con Garvin Hastings. Quiere que la represente, y voy a hacerlo. Y yo quería que usted lo supiera.

—¿Representarla en qué? —preguntó Mason.

—En todo lo relacionado con la herencia.

—¿Acaso no hubo una asignación de bienes y un divorcio de por medio? —alegó Mason.

—No voy ahora a perder el tiempo informándole —señaló Banner— pero, como abogado que es, le supongo enterado de la

disposición legal de que cuando un hombre ha sido asesinado, el criminal no puede heredar de la víctima, pese a los derechos que pudiera tener sobre la herencia.

—Ya comprendo —repuso Mason—. De modo que lo que ahora pretende probar es que Adelle Hastings es la culpable de asesinato, ¿no es eso?

—Me limitaré a permanecer a la expectativa y dejar que sea la policía quien lo haga —respondió Banner—. Voy a representar a Minerva Hastings. No hay ley que me lo impida, es perfectamente ético y daré cuantos pasos sean necesarios para proteger sus intereses. Como ve, le hago el favor de comunicárselo.

—Está bien —dijo Mason—, ya me lo ha comunicado.

—Y sepa usted —prosiguió Banner— que cuanto más pienso en él, menos me gusta el truco de que se valió conmigo.

Mason contestó:

—Quería averiguar lo honrado que era usted.

—¡Muy bien! —estalló Banner—. Espero que esté satisfecho.

—Lo estoy. Ahora ya lo sé.

—No me refería a eso —masculó Banner.

—Pues yo, sí —le dijo Mason, y colgó.

El abogado se volvió a Beason.

—Era el señor Huntley L. Banner, para comunicarme que va a representar a Minerva Hastings. Parece que Minerva no pierde el tiempo.

—¿Y Banner va a representarla? —preguntó Beason.

—Eso me ha dicho.

—No me extrañaría que la representase en todo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno... Creo que... Bien, la verdad es que no tengo pruebas sólidas e irrefutables en las que poder basarme, así es mejor que me calle.

—No obstante, alguna razón tendría para hacer esa afirmación —alegó Mason.

—Banner nunca me inspiró confianza —repuso Beason.

—Desde luego no parece inspirarla —observó el abogado con frialdad— aunque Hastings, por lo visto, se lo confiaba todo a él.

—No creo que toda la culpa fuese de Hastings. El responsable era en realidad Connely Maynard. Él era quien consultaba a Banner

cuando Hastings se ausentaba de la ciudad y surgía algún problema legal; luego, gradualmente, Banner fue acaparándolo todo.

—Quizá fuera mejor que me hablara un poco más de Connely Maynard —indicó Mason— y de lo que le hace sospechar de Huntley Banner.

—No debo hablar de esto —contestó Beason—. Usted lo que quiere es sonsacarme.

—¿Quiere ayudar a Adelle, sí o no?

—Sí.

—Pues sepa usted que se halla en una situación muy comprometida —afirmó Mason— y que no puedo ayudarla a menos que posea la información que necesito; y por el momento no conozco a nadie que esté más calificado para proporcionármela que usted. Así que, ¿qué me dice de Maynard?

—Maynard —empezó Beason— es el segundo de a bordo. Está por encima de mí. Probablemente será el que se haga cargo de todo ahora que Hastings no existe. Es decir, hasta que usted consiga los papeles necesarios para que Adelle pueda hacer valer sus derechos.

—¿El negocio de Hastings está constituido en sociedad? —preguntó Mason.

—No, unipersonalmente.

—Luego nadie puede intervenir y hacerse cargo de él sin una orden judicial —razonó el abogado.

—Eso creo —aventuró Beason dubitativamente—, pero Maynard es el clásico individuo sin escrúpulos que arremete contra quién o lo que sea y dispone de mucha y muy detallada información.

—¿También usted la posee, no es verdad?

—Sí.

—¿Comparable a la de él, tan detallada?

—No, no lo creo. Sin embargo, conozco con certeza los detalles del negocio.

—De acuerdo —dijo Mason—, volvamos a Banner. ¿Qué opina usted de él?

Beason vaciló unos instantes y después preguntó a su vez:

—¿Conoce a Elvina Mitchell, la secretaria de Banner?

La mirada de Mason se hizo particularmente penetrante.

—Sí —exclamó—. ¿Qué sabe de ella?

—Es amiga íntima de Connely Maynard. Desde hace algún

tiempo.

—Pensé que tal vez existiera algo entre ella y su jefe —aventuró Mason.

—Pudiera ser, pero no lo creo. En mi opinión, mantiene relaciones con Connely Maynard.

—Continúe —animó Mason.

—Bueno, naturalmente ella quería que Banner llevase el negocio de Hastings. Hastings buscaba a dos o tres abogadillos cuando surgían determinadas cuestiones, pero normalmente a Hastings le gustaba hacer las cosas personalmente y no tenía mucho papeleo legal.

»Un buen día surgió un problema de este tipo cuando Hastings estaba fuera de la ciudad, y Maynard le llamó por teléfono para decirle que creía conveniente buscar a un abogado; Hastings le contestó que de acuerdo, adelante. Así que Maynard se fue derecho a Banner y desde aquel momento Banner fue imponiéndose en el cotarro legal del negocio, aupándose de cualquier modo posible, diciendo a Hastings que no debía hacer esto, aquello o lo de más allá sin consultar a un abogado, que podía verse en serias dificultades si actuaba sin asesoramiento jurídico. Al fin consiguió cambiar el método de Hastings de llevar el negocio. En lugar de hacer lo que creía adecuado y luego llevar a cabo los arreglos precisos. Hastings fue dejándolo todo cada vez más en manos de Banner.

Mason dijo con aire pensativo:

—Eso hace muy interesante la situación. Y ahora, Banner va a representar a Minerva. Ojalá no hubiera usted sacado esa arma del cajón de mi mesa.

—Para el caso, es como si continuara aún en él. Está bien envuelta en un paquete sellado que lleva mi nombre. Puedo perfectamente comparecer ante un tribunal y jurar que es la misma arma, que el paquete ha permanecido intacto.

—Esperemos que haya sido así —comentó Mason.

Della Street entró en el despacho, procedente de la sala de recepción, y anunció:

—Gertie ha vuelto.

Mason le ordenó:

—Della, ocúpate de los documentos necesarios para solicitar un

nombramiento de administrador general sobre la herencia de Garvin S. Hastings. Le diremos a Adelle Hastings que cumplimente la petición.

—¿No había un testamento? —preguntó Della.

—No lo sé —contestó Mason—. Si lo hay, está en poder de Huntley Banner, y Huntley Banner representa ahora a Minerva Hastings. Así que la situación se ha complicado. Ten preparados todos los papeles para que Adelle Hastings los firme ahora mismo, Della, porque los acontecimientos están sucediéndose rápidamente. Conviene también que cursemos la petición de que Adelle sea también la administradora exclusiva en cuanto al cuidado de la herencia.

—¿No es eso un poco precipitado? —inquirió Beason—. ¿Lo corriente no es esperar hasta después de los funerales?

—No estamos ante un caso corriente —repuso el abogado—. Creo que tendremos que actuar con la máxima celeridad... Della, en cuanto Adelle nos comunique dónde se hospeda, que firme las dos solicitudes.

—Sé dónde se alojará —declaró Beason—. En el Freestone Hotel.

—¿Es así donde acostumbra a hacerlo cuando está en la ciudad?

—Sí.

—Anteanoche la pasó en la residencia de Hastings —dijo Mason.

—Es cierto, Garvin insistió en ello. A decir verdad, señor Mason, creo que Garvin Hastings se sentía solo y había empezado a darse cuenta del tremendo error que cometió al pedir a Adelle el divorcio. Creo que quería la reconciliación.

—¿Y usted se resignaba a permanecer al margen? —preguntó Mason.

Beason asintió:

—He permanecido al margen durante mucho tiempo, señor Mason. Supongo que ése es mi gran defecto. Pero quería que Adelle hiciese lo que mejor le conviniera... No me atrevía a competir con cinco millones de dólares.

Mason le miró fijamente.

—Tal vez lo mejor que podría usted hacer fuera vencer su timidez y empezar a luchar por lo que quiere. El apocamiento es una virtud que no gusta a las mujeres.

Beason bajó la cabeza.

—La quiero tanto que deseaba que hiciese lo que más conviniera a sus intereses. Hastings podía dar a Adelle lo que a mí me era imposible proporcionarle.

Capítulo 8

Gertie llamó por teléfono para decir:

—Una tal señora Blackburn está aquí, con un paquete para el señor Beason.

—Espera un momento —contestó Mason. Se volvió a Beason—. La señora Blackburn ha venido a traer un paquete para usted. ¿La hago pasar o quiere usted hablar con ella en privado?

—No, no, hágala pasar.

—Por el modo en que me habló de ella, creí que era soltera. Pero se anunció como señora Blackburn.

—No, ha estado casada. Es una trágica historia.

—¿Enviudó? —preguntó Mason.

—Se divorció. Una noche su marido faltó de casa y ya no volvió a verlo más.

—¿Por eso se fue a Nevada?

—Exacto.

—¿Las Vegas? —quiso saber Mason.

—Carson City.

—¿Cuánto hace de eso?

—Poco antes de entrar a trabajar con nosotros: aproximadamente un año, según creo.

Mason habló por el auricular.

—Dile que pase, Gertie. Della la esperará en la puerta.

Della Street se dirigió a la puerta que comunicaba con el corto pasillo que conducía a la sala de recepción, y momentos después una joven de cabello y ojos oscuros apareció en el umbral.

—Adelante —invitó Mason.

Rosalie Blackburn le dirigió una rápida mirada y luego sus ojos se posaron en Simley Beason. Los bajó en seguida, vaciló, volvió a mirar a Beason y entró en el despacho.

Simley Beason se levantó de su asiento, alargó el brazo para tomar el paquete y preguntó:

—Rosalie, éste es el señor Mason, el famoso abogado. Sin duda habrá oído y leído mucho sobre él... ¡Pero qué diablos...! *¿Qué le ha ocurrido a este paquete?*

—Así estaba cuando lo saqué de la bolsa de golf —dijo Rosalie.

—¡Vaya! Está completamente desecho, el papel destrozado —exclamó Beason—. Hasta puede verse el arma... Rosalie, no hizo usted esto, ¿verdad?

—No, señor. Le he traído el paquete tal como lo encontré.

—¿Mi ropero estaba cerrado con llave?

—Exacto. Cogí la llave del cajón superior izquierdo de su mesa, donde usted la guarda.

—Bueno, ya es algo —repuso Beason.

Empezó a desenvolver el paquete, luego vaciló y dijo:

—Rosalie, vuelva al vestíbulo y espéreme allí. Me reuniré con usted dentro de unos minutos y regresaremos juntos en mi coche.

—Gracias —contestó.

Esbozó una vaga sonrisa, dio media vuelta y salió apresuradamente del despacho.

—Como secretaria suya —preguntó Mason—, ¿tiene acaso una excesiva curiosidad por sus asuntos?

—Es muy eficiente —afirmó Beason—, pero si lo que pregunta es si abrió el paquete, apostaré mi vida a que no lo hizo.

Mason comentó:

—Puede que ya la haya usted apostado.

»Della, mete esas envolturas en una caja de cartón y sállala de modo que podamos echar mano de ellas en cuanto las necesitemos. Procura no dejar más huellas digitales de las necesarias.

—¿Pueden descubrirse huellas digitales en el papel? —se apresuró a inquirir Beason.

—Mediante un nuevo procedimiento, sí —contestó el abogado—. A veces las huellas son increíblemente claras y duran casi indefinidamente. Es un proceso distinto del que se sigue normalmente para descubrirlas, en el que se utilizan unos polvillos que se adhieren a la humedad de las huellas. Éstas son el resultado del empleo de aminoácidos y se revelan a través de un proceso químico más que físico.

—¡Diantre! No sabía que pudieran obtenerse las huellas digitales impresas en el papel —dijo Beason—. Desde luego las mías estarán por todas partes y supongo que ocurrirá lo mismo con las de Rosalie.

—Sin duda —corroboró el abogado—. Al parecer los dos han manoseado bastante ese paquete.

Della Street abrió un armario y sacó de él una caja de cartón que había contenido libros jurídicos. Luego tomó cuidadosamente por los extremos el papel de estraza y lo guardó en la caja. Hecho esto, desenvolvió con igual cuidado la envoltura interior del papel de seda que recubría el arma y descubrió el revólver de acero pavonado.

Mason se adelantó entonces, insertó un lápiz en el cañón del mismo, lo transportó cautelosamente hasta la mesa y lo depositó en el cajón.

—Ahora —anunció— llamaremos al teniente Tragg y le diremos que el arma de que le hablé se *había extraviado*, pero que ya la tengo.

—El que se haya extraviado nos ahorrará muchas explicaciones —dijo Della.

—Exacto —confirmó Mason—. Llámale y díselo exactamente así: *el arma se había extraviado*.

El abogado se volvió a Beason.

—No creo que necesitemos ya retenerlo más, Beason. El teniente Tragg, de la Sección de Homicidios, es muy eficiente. Es posible que se presente aquí en cuestión de minutos. Sin duda estará ansioso por apoderarse de la citada arma.

—¿Quiere eso decir que no hace falta que esté yo aquí? —preguntó Beason.

—Quiere eso decir que será mucho mejor para usted que no esté aquí —corrigió Mason.

—¿Trata de protegerme?

—¡No, por Dios! Trato de proteger a mi cliente ante todo —estalló Mason— y después, de protegerme yo. Usted se ha jugado el cuello al meterse en esto y el protegerse es cuenta suya. De nadie más.

Capítulo 9

La voz telefónica de Gertie no pudo disimular su excitación al decir:

—El teniente Tragg está en la oficina, acompañado por el señor Hamilton Burger, el fiscal de distrito.

—Que pasen —ordenó Mason. Se volvió a su secretaria—: Hazles los honores, Della.

Della Street, con aire casi reverencial, abrió la puerta que comunicaba el pasillo con la sala de recepción.

Hamilton Burger y Tragg irrumpieron en el despacho.

En el rostro de Tragg se dibujaba como una leve sonrisa de excusa, de extravagancia; el de Hamilton Burger aparecía ceñudo e inflexible.

—Vaya, vaya, ¿qué tal, caballeros? —saludó Mason—. Supongo que han venido por el arma. ¿No quieren tomar asiento?

Hamilton Burger replicó:

—Hemos venido por un montón de cosas, la mayoría de las cuales, están relacionadas con ella. ¿Qué me responde, Mason?

—Que sólo quiero colaborar con la policía —contestó el interpelado.

—Su colaboración se reparte entre demasiados sitios —espetó Burger, e hizo una indicación de cabeza a Tragg.

—¿Dónde está el revólver? —preguntó el teniente.

Mason abrió el cajón derecho de su mesa.

Tragg inquirió:

—¿Por qué no estaba el revólver en ese cajón cuando vine antes?

—Es una larga historia —repuso Mason.

—Me dijiste por teléfono que la habías extraviado.

—No, perdona —corrigió Mason—, creo que lo que te dijo mi

secretaria fue que el arma se había extraviado.

—¿Por quién?

—Bueno, ya te dije que es una larga historia. Estoy dudando entre si contártela o no.

—Bueno, es mejor que nos la cuente —intervino Hamilton Burger— porque también yo tengo una duda. Le haré comparecer ante el jurado de acusación y no sé si procesarle por encubridor en un caso de asesinato o por ocultación y alteración de pruebas.

—En esas circunstancias —replicó Mason— quizá sea mejor que no declare nada hasta que comparezca ante el jurado de acusación.

Burger preguntó a Tragg:

—¿Podrá comprobar si esa arma tiene huellas digitales?

—Raras veces se encuentran huellas en un arma —confesó Tragg—. A veces, en las automáticas, se descubre la impresión del pulgar en la base del cargador, pero raras veces se encuentran huellas en un arma. Sin embargo, haré que la examinen tan pronto lleguemos a la Comisaría.

Tragg insertó un lápiz en el cañón del revólver, abrió el maletín que llevaba, colocó cuidadosamente el arma en una moldura metálica e iba a cerrar la tapa cuando Burger le indicó:

—Mire la numeración.

Tragg volvió a insertar el lápiz en el cañón, levantó el arma y comprobó la numeración.

—C 48809.

Burger consultó su cuaderno de notas.

—Exacto —exclamó—. Ése es el primer revólver que compró.

Burger miró fijamente a Mason.

—Se lo aseguro, Mason, si ha habido cualquier cambio de armas, procederé contra usted... Ya está advertido.

—¿Qué quiere decir con eso de «cambio de armas»?

—Garvin Hastings compró en vida dos revólveres idénticos del calibre treinta y ocho —explicó Burger—. Hemos averiguado que uno fue adquirido hace aproximadamente dos años, y el otro unos catorce meses. Cuando compró la segunda arma, dijo al dependiente de la casa de artículos de deporte que quería un arma para la protección de su esposa.

—¿Es ésa? —preguntó Mason.

—Ésa es la primera.

—Entonces no comprendo a qué viene tanto jaleo —le contestó Mason.

—Yo se lo diré —replicó a su vez Burger—. A usted le gusta confundirnos y por eso ha cambiado una arma por otra, pero casi aseguraría que su cliente tenía acceso a los dos revólveres. Usted los ha sustituido después de hacer dos disparos con el arma que no es la asesina. Apostaría diez contra uno a que cuando llevemos este revólver al departamento de balística comprobaremos que no fue el arma con la que mataron a Hastings.

—En ese caso, supongo que retirará usted los cargos contra Adelle Hastings, ¿verdad? —quiso saber Mason.

Burger repuso con enojo.

—Estoy ya más que harto de usted, Mason, y de sus triquiñuelas. Sepa que es *muy posible* que la acusación de asesinato recaiga tanto en Adelle Hastings como en Perry Mason. Si ha jugado usted con las pruebas, pienso acusarle de encubridor y en este Estado no existe distinción entre autores y encubridores. En otras palabras, le acusaré de asesinato.

—Eso será si esa arma no es la del crimen.

—Exacto.

—¿Pero y si lo es?

Hamilton Burger dijo:

—Entonces le acusaré de...

—¿De...? —se apresuró a preguntar Mason al ver que Burger se interrumpía.

—Antes de seguir adelante —señaló Burger— estoy aquí para exigir su declaración oficial de por qué esta arma no ha aparecido hasta ahora.

—Está bien, se lo diré —empezó Mason—. Adelle Hastings le contó la historia del bolso y el revólver robados a Beason y éste, equivocadamente, creyó que el arma podía ser una prueba comprometedora para Adelle Hastings, y decidió ayudar a esa mujer haciendo desaparecer el revólver.

»Vino, pues, a este despacho a las seis de esta mañana e hizo creer a la mujer de la limpieza que estaba entonces en él, que era Perry Mason. Llevaba una cartera portadocumentos. Entró tranquilamente en el despacho, abrió el cajón de mi mesa, sacó el arma y se fue con ella a las oficinas de las Empresas Hastings.

»Una vez allí, se dirigió a su ropero privado. Envolvió el arma en papel de seda y luego de estraza. Escribió una etiqueta donde se decía que se trataba de un revólver sustraído del despacho de Perry Mason, la firmó, la adhirió al paquete y selló éste.

—¿Por qué hizo todo eso? —preguntó Tragg.

—Porque deseaba proteger a Adelle Hastings y temía que pudiera formularse la denuncia de que había sido ella la que sustrajo el arma.

Tragg y Burger se miraron.

—Continúe —dijo Burger—. Siempre se saca de la manga una explicación bastante plausible. No la creo, pero la escucharé.

—Yo sabía que alguien había robado el arma —prosiguió Mason—. Yo supuse que tenía que ser alguien que conociera su paradero. Me dije que probablemente el único momento en que podía haber sido sustraída era a primera hora de la mañana, cuando las mujeres de la limpieza acuden a los despachos para realizar su tarea. Le dije a Paul Drake que revisara el registro de la gente que viene a la oficina. Y obtuve así la descripción de un hombre que había estado aquí. Seguí otras pistas y ellas me condujeron hasta Simley Beason. Le pedí que viniera a verme, le acusé del robo e hice que la mujer de la limpieza lo identificara. Así fue. Se vio cogido y confesó.

—Está bien, háblenos del arma —pidió Burger con aire cansino—. Algo me dice que todo esto forma parte de un gran círculo vicioso, sólo que usted le ha dado un nuevo giro.

—De modo que —siguió Mason— Simley Beason telefoneó a su secretaria, Rosalie Blackburn, le dijo que fuera a su mesa, cogiera la llave de su ropero, lo abriera, sacara los palos del golf que había en una bolsa, la vaciara, tomara el paquete que estaba al fondo de la misma y lo trajera aquí.

—Adelante, adelante —animó Burger—. Usted es aquí la estrella del espectáculo. No se pare.

—Cuando vino la secretaria —continuó Mason— le dio el paquete a Beason, pero le advirtió que no estaba sellado cuando lo encontró. El papel había sido cortado con un cuchillo muy afilado o quizá con la hoja de una navaja. Al parecer, la persona que lo hizo había desenvuelto el papel, mirando el arma y restituido el paquete al fondo de la bolsa de golf.

Burger entornó los ojos.

—Ya ven, pues —concluyó Mason— que les doy toda la información que tengo al respecto. Tan pronto como recuperé el arma, la guardé en el cajón de mi mesa, procurando no tocarla con las manos para no dejar huellas, y llamé al teniente Tragg.

—¿Ésa es tu declaración? —preguntó Tragg.

—En efecto —respondió Mason.

El teniente Tragg y Burger volvieron a intercambiar sus miradas.

El rostro de este último se ensombreció.

—No pretenderá que le creamos, Mason —dijo.

—No pretendo nada. Usted quería mi declaración y se la he dado.

Burger comentó:

—Todo muy hábil. Cuando acusemos a Adelle Hastings de asesinato y presentemos esta arma como prueba, usted alegrará que no podemos demostrar que fuese la misma que estaba en el bolso de Adelle. Nos ha contado esa absurda historia con la idea de obligarnos a que llamemos a declarar a ese hombre, Beason, y luego a su secretaria. Entonces usted alegrará que el paquete fue alterado, que cualquiera podía cambiar las armas y que no puede probarse que éste fuese el revólver que Adelle Hastings tenía en su bolso.

—Bueno —repuso Mason, sonriente—, ¿qué hay de absurdo en eso? Si pretende usted presentar esta arma como prueba contra Adelle Hastings, tiene también que probar que fue el arma que había en su bolso.

—Si hubieras anotado la numeración del arma cuando la encontraste en el bolso —terció Tragg— no habría ninguna duda.

Mason objetó:

—Entonces me hubieras dicho que manipulaba demasiado en ella.

—Supongo que tiraste la envoltura que fue cortada para que no dispusiéramos de esa prueba, ¿no es así? —afirmó más que preguntó Tragg.

—Al contrario —replicó Mason—. Guardé con mucho cuidado el papel, procurando no dejar en él ninguna huella digital más.

E hizo una indicación de cabeza a Della Street.

La secretaria se dirigió al armario y volvió con la caja de cartón.

—El papel —anunció Mason— está ahí dentro.

—Imagino —dijo Hamilton Burger— que puede atestiguar todo

esto, señorita Street.

—Pues no todo —contestó Della—. Mientras Simley Beason estaba aquí, Gertie, la recepcionista y encargada de la centralita telefónica, se marchó a comer y yo tuve que ocupar su puesto. Así que no pude escuchar todo lo que aquí se dijo.

—Endiabladamente hábil —calificó Burger—. ¡Bonito modo de complicar la situación para que podamos relacionar el arma del crimen con la demandada! Le aseguro, Mason, que no volverá a suceder.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Porque no estará usted aquí —repuso Burger— sino en San Quintín. Estoy harto de esto y no pienso tolerarlo. Siempre está usted jugando con las pruebas. Esta vez ha imaginado esa treta de las dos armas con la esperanza de convencer a un jurado de que alguien alteró las pruebas.

—Creo que alguien alteró las pruebas —declaró Mason—. Como creo también que alguien intenta deliberadamente que Adelle Hastings aparezca culpable de asesinato.

—Bien, nos llevaremos las pruebas y...

—Espere un momento —interrumpió Mason—. Si piensa sacar de este despacho el papel de envolver, tendrá que examinarlo aquí mismo, para que no haya ninguna duda de que el papel fue cortado y...

—Oh, claro que el papel fue cortado —replicó Burger con fastidio—. Eso formaba parte del plan. Pero escuche lo que vamos a hacer con usted, Perry Mason. Usted y su secretaria vendrán con nosotros a las oficinas de las Empresas Hastings.

—A mí no me importa acompañarles, pero Della Street tiene...

—¡No me interesa saber lo que tiene! —estalló Burger—. Aunque tuviera una retahila de compromisos tan larga como un brazo, ustedes dos vendrán con nosotros a esas oficinas, y ahora mismo.

Capítulo 10

Hamilton Burger, al hacer su entrada en el despacho del presidente de las Empresas Hastings, procedió a hacerse cargo del control de la firma.

—Quiero que todos los empleados se reúnan aquí, donde pueda hablarles —anunció—. Soy Hamilton Burger, el fiscal de distrito. Éste es el teniente Tragg, de la Sección de Homicidios de la Policía Metropolitana, y me acompañan el señor Perry Mason, abogado que representa a Adelle Sterling Hastings, la viuda de Garvin S. Hastings y su secretaria, la señorita Della Street.

»Deseo, pues, que venga todo el mundo. Necesito información sobre lo que ha ocurrido aquí.

El tono autoritario de Hamilton Burger y su habilidad para impresionar a la gente e inspirar confianza hicieron que en pocos minutos el gran despacho se viera lleno de empleados.

—Ante todo —pidió Hamilton Burger— quiero saber quién está al frente del negocio.

—Yo —dijo un hombre.

—¿Cómo se llama usted?

—Connely Maynard. Hace ya algún tiempo que estaba a las órdenes directas de Garvin Hastings.

—Está bien, venga aquí, a mi lado —indicó Burger.

Maynard era un individuo que bordearía los cuarenta años, de pómulos salientes, ojos grises y penetrantes y boca firme, de trazo amplio y recto sobre las poderosas mandíbulas. Se colocó junto a Hamilton Burger.

—¿Qué sabe usted de los asuntos de Hastings? —le preguntó Burger.

—Prácticamente todo, señor Burger.

—¿Tenía Hastings un arma?

—Sí. Bueno, en realidad dos.

—¿Qué puede decirme de ellas?

—Que creo que eran idénticas. Hastings compró una, que guardaba en su casa como instrumento de protección. Después de separarse de su mujer, adquirió otra. Le dio una a ella y se quedó la otra. Lo que no sé es si le dio la que había comprado últimamente, o si fue la que ya tenía reservándose para él la más reciente.

Burger contempló el semicírculo de rostros curiosos y angustiados que tenía ante sí y dijo:

—¿Se encuentra entre ustedes un tal Simley Beason?

Beason se adelantó.

—Bien. ¿Qué cargo ocupa? —inquirió Burger.

Connely Maynard intervino entonces:

—El señor Beason está directamente a mis órdenes. Yo estoy a cargo de todas las Empresas; Beason, de la administración.

Burger miró a Beason.

—¿Qué sabe usted de los asuntos del señor Hastings?

—Bastante —repuso con modestia el interpelado—. Quizá no tanto como Connely Maynard, pero desde luego, bastante.

—¿Conocía la existencia de las dos armas?

—Sí.

—¿Conoce bien a Adelle Hastings?

—Muy bien. Y creo que los empleados más antiguos aquí presentes también, señor Burger. Estuvo trabajando como secretaria antes de casarse con Garvin Hastings.

—¿Era una persona apreciada? —preguntó Burger.

—Creo que sí.

Burger se volvió a Maynard.

—¿Qué opina usted?

Maynard vaciló un momento y contestó:

—Creo que Adelle Sterling, antes de convertirse en Adelle Hastings, era una secretaria muy competente. Sin embargo, desde que fue la secretaria particular del señor Hastings, mi contacto con ella se redujo a su colaboración conmigo en la ejecución de las instrucciones dadas por el señor Hastings. Opino que Beason, como administrador, tenía más relación con ella.

—¿Hastings estaba casado cuando Adelle Hastings empezó a trabajar aquí?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con Minerva Hastings.

—¿Qué ocurrió con ese matrimonio?

—Se divorciaron.

Burger miró a Beason.

—¿Tuvo Adelle Hastings algo que ver con ese divorcio?

Beason respondió:

—Minerva así lo creyó.

Burger paseó su mirada por los reunidos en el despacho.

—Adelle fue la causante de esa ruptura —afirmó Maynard con voz queda.

—Está bien —dijo Burger— ya hablaremos de eso en privado. Ahora lo que quiero saber es esto. ¿Quién fue al despacho de Perry Mason a las seis de esta mañana?

—Yo —respondió Simley Beason.

—¿Qué hizo usted allí?

—Sustraje un revólver del cajón de la mesa.

—¿Por qué?

—Porque —repuso Beason un tanto emocionado— se intentaba culpar de algo a Adelle Hastings y yo no podía permitirlo.

—¿Qué interés tenía usted en ello?

—No me gusta el juego sucio.

—¿De qué se intentaba culpar a Adelle Hastings?

—Ahora sé que de asesinato.

—¿No lo sabía entonces?

—No.

—¿Pero sí que era algo lo bastante grave como para decidirle a cometer hurto?

—No me detuve a pensar en las consecuencias legales de mi acción.

—¿Por qué fue usted allí a las seis de la mañana?

—Porque quería entrar en el despacho. Averigüé que la mujer de la limpieza empezaba su trabajo en el despacho del señor Mason a las seis de la mañana.

—Hablaremos de esto más tarde y en privado —anunció Hamilton Burger con sequedad—. Lo que quiero saber ahora es qué hizo usted con el arma.

—La envolví en papel de seda y luego en papel de estraza. Sellé este último con cinta adhesiva, escribí una etiqueta explicando lo que contenía el paquete y la pegué al papel, luego consigné en ella mi nombre y metí el paquete precintado al fondo de la bolsa donde guardo mis palos de golf.

—¿Qué hizo después?

—La guardé en mi ropero, cerré con llave la puerta del mismo, y volví a depositar la llave en el cajón de mi mesa, que es donde suelo tenerla. Más tarde, al ver que el señor Hastings no acudía a la cita que había concertado a las diez en su despacho, traté de comunicarme con él, comprobé que el servicio magnetofónico de respuesta seguía funcionando y me dirigí a su casa.

—¿Entró en ella?

—Sí.

—¿Cómo?

—El señor Hastings guardaba una llave en la oficina para el caso de que necesitara enviar a alguien a su casa. A veces ponía una conferencia telefónica desde donde estuviera para ordenar que fuese alguien a ella a buscar alguna cosa: un maletín con ropa limpia o algún documento que hubiera olvidado en la casa. Le he explicado ya todo esto varias veces a la policía, contestado a todas sus preguntas y...

—¡Me tiene sin cuidado lo que le haya explicado a la policía! —estalló Burger—. Volverá usted a hacerlo, y punto por punto. Soy yo quien le está interrogando ahora. ¿Dónde se guardaba esa llave?

—En el armario del despacho particular del señor Hastings.

—¿Es éste el despacho?

—Sí.

—Muéstreme el armario.

Beason se acercó al mismo, abrió la puerta y dijo:

—La llave pende de este clavo.

—No está ahí ahora —dijo Burger.

—No, señor —corroboró Beason—. La policía me la pidió esta mañana.

—¿Se sabe en la oficina dónde se guarda esa llave? —preguntó Burger.

—Yo creo que sí.

—De acuerdo; ahora dígame qué ocurrió con el arma luego que

la metió usted en la bolsa de golf.

—Se me requirió en el despacho del señor Mason.

—¿Por quién?

—Por el propio Perry Mason.

—¿Qué sucedió allí?

—Me acusó de hurtar el arma. Lo admití.

—¿Qué pasó luego?

—Telefoneé a Rosalie Blackburn, mi secretaria, y le pedí que la trajera al despacho del señor Mason.

—¿Quién de ustedes es Rosalie Blackburn? —inquirió Burger.

—Yo —contestó la secretaria, dando un paso al frente.

—Muy bien. ¿Qué hizo?

—Abrí el ropero, saqué los palos de golf, vacié la bolsa, cogí el paquete y lo llevé al despacho del señor Mason.

—¿En qué estado se hallaba el paquete la primera vez que lo vio? —quiso saber Burger.

—Había sido abierto con un cuchillo muy afilado.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Nada. Pude ver que había un arma debajo del papel. Cayó al suelo cuando vacié la bolsa.

—Continúe.

—Recogí el arma, la envolví de nuevo en el papel y llevé el paquete al señor Beason al despacho del señor Mason.

—De acuerdo —dijo Burger fatigosamente— ahora quiero saber quién de ustedes abrió ese paquete... Vamos, hablen.

No hubo respuesta.

Burger prosiguió:

—Muy bien, escúchenme con atención. Estamos ante un caso de asesinato. No es cosa de broma, sino un asunto muy serio. Quiero que todos entiendan lo que voy a decirles:

»Garvin Hastings fue asesinado, en su casa mientras dormía. Cuando se mata a un durmiente no cabe el supuesto de homicidio, no es asesinato en segundo grado. No se mata en el calor de la pasión, sino como resultado de un plan premeditado, a sangre fría. Es, pues, asesinato en primer grado, y el castigo del asesinato en primer grado es la muerte o cadena perpetua.

»La persona que oculte pruebas o trate de ayudar y proteger al asesino, se convierte en encubridor. La persona que intente alterar

las pruebas es culpable de un crimen.

»Es evidente que alguien ha alterado las pruebas. Sabemos que Simley Beason lo hizo. Y pienso hacerle estrictamente responsable de ello. También parece que alguien abrió ese paquete. Bien, quiero saber quién lo hizo y por qué, y si hubo sustitución de armas o cualquier otra alteración de pruebas.

»Puede que exista entre ustedes alguien que posee información de gran importancia y que quizá no quiera darla a conocer; pero es mi intención que se den cuenta de que tienen el deber de revelar cuanto sepan; y estoy seguro de que en una oficina de esta envergadura no pudo haberse alterado prueba alguna sin que alguien advirtiera algo, por lo menos alguna circunstancia sospechosa.

»Ahora bien, mi despacho estará abierto de par en par a cualquier llamada telefónica y, por su parte, el teniente Tragg, aquí presente, en la Sección de Homicidios de la Comisaría de policía, estará ansioso por saber lo que ocurrió. Si cualquiera de ustedes sabe algo, quiero que nos telefoneen esta misma tarde, antes de la hora de cierre de las oficinas y nos den la información.

»Quiero hacer hincapié una vez más en el hecho de que se trata de un caso de asesinato y que no podemos andarnos con contemplaciones en... ¿Qué ocurre ahí?

Las personas cercanas a la puerta se vieron empujadas a un lado.

Un individuo de gruesa complexión y porte agresivo se abrió paso a empujones por entre los reunidos.

—Me llamo Huntley L. Banner, señor Burger —dijo—. No nos conocemos, pero le he visto varias veces en la sala del Tribunal.

—¿Y quién es usted? —preguntó Burger.

—Soy abogado. Representé a Garvin Hastings en vida y ahora lo hago con su viuda.

—Creí que era Mason quien la representaba —alegó Burger.

Banner replicó:

—El señor Mason representa a Adelle Hastings. Yo represento a la viuda del señor Hastings, Minerva Hastings.

—¿Pero no se divorciaron?

—Dejaré que sea la propia señora Hastings quien conteste a esa pregunta —contestó Banner, y se dirigió de nuevo hacia la puerta.

Los más próximos a la misma se hicieron a un lado y entró en el

despacho una mujer de poco más de treinta años.

Era morena y atractiva. El gesto de su barbilla era desafiante y sus ojos centelleaban.

Banner la tomó por el brazo y anunció:

—Les presento a la viuda de Garvin Hastings, Minerva Shelton Hastings. La propietaria de todo este negocio.

—¿No se divorció usted en Nevada? —le preguntó Burger.

—No —repuso Minerva—. Fui a Nevada y fijé allí mi residencia. Presenté una petición de divorcio, pero éste no se consumó.

—¿Qué? —exclamó Simley Beason.

Minerva se volvió a sonreírle triunfalmente y repitió:

—Pero éste *no* se consumó.

—Pero —replicó Beason—, ¿usted escribió a Garvin Hastings diciéndole que todo estaba arreglado que...!

—Desde luego que sí —dijo Minerva—. Pero esa pequeña ramera de la oficina trataba de hacerle andar de coronilla, de enriquecerse a su costa, y decidí luchar hasta el fin.

Hamilton Burger dijo:

—¿Sabía usted que su marido pensaba casarse con su secretaria?

—Claro. Ésa es la razón por la que virtualmente me echó de su lado. Tuve que ir a Nevada para divorciarme.

—¿Y presentó la demanda? —preguntó Burger.

—Sí, en efecto —contestó Minerva con voz desafiante.

—¿Dónde?

—En Carson City.

—¿Carson City?

—Exacto. Tenía allí algunas amistades y creí poder llevar a cabo mi propósito mejor en Carson City que en cualquier otra parte.

—¿Escribió luego a su marido que había obtenido el divorcio?

—No. Le escribí diciéndole que todo se había hecho según lo que habíamos acordado.

Simley Beason intervino otra vez:

—Es todo mentira. Le envió una copia de la sentencia de divorcio.

Minerva Hastings le sonrió.

—Le envié lo que pretendía ser una copia de la sentencia —corrigió—. No una copia certificada.

—Era una copia de la sentencia —insistió Beason.

—Vaya a comprobar los archivos —le retó; después se volvió rápidamente a Hamilton Burger—. Simley Beason ha bebido siempre los vientos por Adelle; sin duda no vacilaría en acogerla en sus amorosos brazos, casarse con ella y pasar a controlar el negocio.

»Pues para su buen gobierno, señor Beason, sepa que seré yo la que lo controle. Yo soy la viuda. Adelle Hastings no tiene más derecho que el de cualquier otra mujerzuela.

—Me creo en el deber de advertirles a todos —terció Huntley Banner— que voy a presentar una petición legal para probar la autenticidad del testamento del señor Hastings y para que se nombre a Minerva Hastings albacea de la herencia.

—¡Un testamento! —exclamó Hamilton Burger—. ¿Hizo testamento?

—Efectivamente. En él lo lega todo a Minerva Hastings. Garvin Hastings no tenía parientes.

Mason preguntó:

—¿No existe acaso un testamento posterior por el que dejaba sus bienes a Adelle Hastings, hecho poco después de celebrada la boda con mi cliente?

—¡Esa ceremonia no fue válida! —estalló Minerva, castañeteando los dedos.

Mason no apartó su mirada de Banner.

—Estoy hablando de un testamento —dijo.

Banner repuso:

—Si existe o no un testamento posterior, es ya otra cuestión. Sin embargo, creo que cualquier otro testamento posterior fue revocado por Garvin Hastings cuando Adelle y él se separaron. Pero no quiero discutir ahora los puntos legales. Me limito a aclarar la situación para que las autoridades sepan exactamente dónde estamos y lo que nos proponemos.

Mason advirtió:

—Si su cliente engañó a Garvin Hastings, no podrá aprovecharse de su fraude. Puesto que le dijo haberse divorciado, se le impedirá obtener fruto de su trapacería.

—Discutiremos las cuestiones legales ante el Tribunal, señor Mason —objetó Banner—. Ahora tan sólo advierto a todos que Minerva Hastings se hará cargo del negocio y que esperamos la incondicional lealtad de todos los empleados de la oficina.

—Excepción hecha de Simley Beason —puntualizó con acritud Minerva Hastings—. Por lo que respecta a usted, Simley Beason, ya puede correr a consolar a Adelle desde este mismo momento. Ya no son necesarios sus servicios. Ha dejado de ser empleado de las Empresas Hastings. Limpie la mesa de su despacho y recoja sus cosas esta misma tarde. Daré orden de que no se le admita la entrada mañana.

Mason protestó:

—No puede usted echarlo. No ha sido nombrada albacea de la herencia.

Minerva se volvió a Connely Maynard.

—¿Me has entendido, Connely? —dijo—. Quiero que Simley Beason sea despedido y que no vuelva a entrar más. Quiero que esta misma tarde recoja las cosas de su mesa, salga del despacho y entregue su llave. ¿Me has entendido?

Connely Maynard tragó saliva y respondió:

—Sí, señora Hastings.

—Muy bien —corroboró Minerva—. Procura que se cumplan mis órdenes, pese a lo que trate de decirte algún abogado.

Dicho esto, dio media vuelta y salió altivamente del despacho, seguida por Huntley Banner.

Mason anunció:

—Por lo que a mí concierne, y por lo que concierne a mi cliente, las órdenes dadas por Minerva Hastings no tienen ninguna validez. Hagan ustedes lo que quieran. Tomen el partido que crean conveniente, pero en lo que respecta a mi cliente y a mí mismo, Minerva Hastings no tiene ningún derecho. Si recurrió al fraude para llevar a Garvin Hastings a la convicción de que había obtenido el divorcio, no puede contradecir ahora sus propias declaraciones.

Mason sonrió al estupefacto Hamilton Burger y salió majestuosamente del despacho sin volver la cabeza una sola vez.

Capítulo 11

De nuevo en su despacho, Mason se puso a pasear nerviosamente por la habitación, con la cabeza ligeramente proyectada hacia delante y el ceño fruncido en señal de profunda concentración.

Al cabo de unos momentos empezó a hablar a Della Street, emitiendo las palabras por encima del hombro a medida que paseaba y se volvía, paseaba y se volvía.

—Garvin Hastings compró dos armas, Della —dijo—. Una de ellas fue adquirida antes de casarse con Adelle y la otra cuando estaba ya casado con ella.

»Ahora bien —prosiguió—, ¿le daría un arma a Minerva? Recuerda que tenía amistades en Carson City. Iba en su coche arriba y abajo... es decir, podemos suponer que así era. Hastings pudo haberle entregado su arma.

—Pero también le dio una a Adelle —señaló Della Street.

—Exacto —convino Mason—. Le dio una a Adelle. Ella no sabe la numeración. No había razón para que la mirara. A su modo de ver, un arma era un arma y ahí se acababa todo.

»Pero si Garvin le dio un arma, también pudo habérsela dado a Minerva.

—Que sería la primera que compró —razonó Della Street.

—Exacto —acordó Mason.

—¿Fue ese primer revólver con el que asesinaron a Hastings?

—Todavía no lo sabemos. Fue el que Tragg se llevó del cajón de mi mesa.

»Hubiera sido bastante fácil para Minerva haberlo matado después de robar el bolso de Adelle; luego hubiera podido guardar en él el arma del crimen, ponerse gafas oscuras, dejar el bolso en esta oficina, salir velozmente para Las Vegas, utilizar un duplicado

de la llave que se hubiera mandado hacer del apartamento de Adelle, entrar en él y robarle el arma. Con lo que el revólver de Adelle seguiría en su poder.

—Salvo que fuese lo bastante lista para librarse de él —indicó Della.

—No —repuso Mason— lo sería mucho más si lo conservase. De este modo, cuando alguien le preguntara si no era cierto que Garvin le había dado un arma para protegerse, diría: «Claro que sí», y enseñaría el revólver que Hastings le había entregado a Adelle.

—¿Y no habría forma de probar que estaba mintiendo? —preguntó Della Street.

—Ninguna en absoluto —repuso Mason—. Tan sólo podemos *suponer* que la primera arma fue la que Hastings quiso reservarse para él, y que el arma que compró después de su matrimonio con Minerva fue para ella: un regalo suyo para que se protegiese.

»Llama a Paul Drake, Della. Dile que quiero más información sobre ese coche de Carson City que estaba en el aparcamiento de abajo. Pertenece a un tal Harley C. Drexel, contratista.

—¿Sospechas de él?

—Hay que averiguar si existe alguna relación entre Minerva y Drexel. Recuerda que el coche de Drexel estuvo aparcado abajo durante toda la tarde del lunes. Había dos automóviles con matrícula de Nevada. Uno de ellos pertenecía a una joven de Las Vegas y, naturalmente, creí que ésa debía ser la pista a seguir. Pero en vista de los acontecimientos, estoy empezando a pensar que ese coche de Carson City puede tener una importancia que no conviene pasar por alto.

Della Street llamó a Paul Drake y le dio las instrucciones de su jefe.

Sonó el teléfono. Della lo contestó y dijo:

—Huntley Banner, Perry.

Mason tomó el auricular.

—Mason al habla.

—Soy Banner, señor Mason. Quiero recalcar el hecho de que no tenía la menor intención de representar a Minerva hasta después de los sucesos que siguieron a la muerte de Garvin Hastings.

—¿A qué viene eso ahora, Banner? —preguntó Mason.

—Es una cuestión de ética.

—La ética en este asunto —replicó Mason— es cosa, primero, de usted y su conciencia y, en segundo lugar, de usted y el Colegio de Abogados.

—De acuerdo, pero estimo su buena reputación.

—No trate de estimar lo que ignora —puntualizó Mason.

—Vamos, no se ponga así, Mason. Creo que sería un gran error que nos enzarzáramos en un litigio que liquidaría el activo de la herencia. Al fin y al cabo, todas las cosas tienen siempre su anverso y su reverso, hay siempre un término medio de discusión y aquí hay bastante dinero para las dos partes.

»Creo que nuestras clientes podrían llegar a un acuerdo si dejáramos a un lado los personalismos.

—Adelante —dijo Mason—. Le escucho.

—Bueno, en primer lugar —señaló Banner— debe usted darse cuenta de que mi cliente tiene legalmente todas las de ganar. Una vez que acepte este hecho, podremos seguir discutiendo.

—No acepto ese hecho —alegó Mason.

—Le diré lo que voy a hacer —anunció Banner—. Le diré a mi secretaria que le traiga una copia del testamento de Garvin Hastings.

—¿Su *último* testamento? —preguntó Mason.

—Que sepamos, es el último que hizo. Fue poco después de casarse con Minerva Hastings. Por él se lo dejaba todo y la nombraba albacea de la herencia.

—Pero ese testamento quedó invalidado por su subsiguiente matrimonio con Adelle Sterling —objetó Mason.

—Espere un momento, espere un momento. Ese matrimonio no fue válido —señaló Banner—. Por lo tanto, las disposiciones legales relativas a la automática revocación de un testamento, en todo o en parte, no tienen aplicación en este caso.

—Pues yo me inclino a creer —replicó Mason— que Hastings hizo otro que revocaba el testamento al que usted se refiere.

—No me lo parece a mí así —dijo Banner—. De haberlo hecho, yo estaría enterado de ello y lo único que sé es que se *proponía* hacerlo. Ya ve que juego limpio con usted.

»Hastings me dio los datos y me dijo que redactara un testamento que revocase todo otro anterior. Entonces se produjo la separación de su matrimonio con Adelle y me comunicó que

suspendiera el redactado de ese último testamento hasta que pudiéramos negociar la asignación de bienes. Me dijo que le daría a Adelle una suma en metálico pagadera en plazos anuales durante un período de diez y que dispondría a su favor de una cantidad global de su testamento. Todo eso debía formar parte de la asignación de bienes. Por cuya razón me ordenó que aplazara el redactado del testamento.

Mason aludió:

—Así que usted sostiene que el testamento que se lo deja todo a su cliente es el único válido que existe, ¿no es eso?

—Estoy seguro de que fue el último. Pero quiero demostrárselo a usted, Mason. Tengo en mi despacho una máquina para sacar copias fotográficas de los documentos. Haré una copia de este testamento, con las firmas y demás, y le diré a mi secretaria que se la lleve a su oficina. Usted la lee, comprueba la fecha, las firmas de los testigos, etc., y luego me llama.

—¿Quiénes actuaron como testigos? —inquirió Mason.

—Mi secretaria, Elvina Mitchell, y yo firmamos como testigos.

—¿El testamento se firmó en su presencia?

—No sólo eso, sino que el señor Hastings declaró que el documento era su última voluntad y testamento y nos pidió que firmáramos como testigos... Dejaré que interroge usted a mi secretaria. Ella le contará las circunstancias bajo las que se perfeccionó el testamento.

»Ahora que ya se ha familiarizado usted con los hechos, podemos hablar. Y recuerde esto: el asesino no puede heredar de su víctima.

—A Adelle no le afecta para nada esa norma legal —protestó Mason.

—Eso es lo que opina usted.

—Por otro lado —prosiguió Mason—, ¿qué me dice de su cliente? ¿Cómo sabe que Minerva no asesinó a Hastings? En cuyo caso, a despecho de su fraude, a despecho de su derecho como viuda de Hastings, a despecho del testamento, *no podrá* heredar.

—Pero es absurdo —objetó Banner—. Minerva no puede haber cometido algo semejante.

—Eso es lo que opina usted —parodió Mason—. Para su información, le diré que hay pruebas que la acusan.

—¿Qué pruebas?

—No pienso hablar de ello ahora.

—Bien. Le enviaré a Elvina —la señorita Mitchell— ahí con una fotocopia del testamento —dijo Banner.

—¿Cuándo vendrá?

—En cuestión de quince minutos.

—De acuerdo, la recibiré. ¿Es una de las personas que formó como testigo, no?

—Sí.

—¿Le importa que hable con ella?

—Claro que no. Para eso se la mando. Ya ve que pongo mis cartas boca arriba, Mason.

—Está bien —admitió Mason—, consideraré lo que usted me ofrezca. No me opongo a la posibilidad de un acuerdo pero no permitiré que se me inste a la renuncia de uno solo de los derechos de mi cliente.

—Nada más lejos de mi intención —declaró Banner—. Trato de ser leal con usted, Mason. Tengo el mayor de los respetos a su capacidad y no quiero, en absoluto, vérmelas con usted.

—Pues no me busque las cosquillas —le espetó Mason—. Y si quiere enseñarme una copia de ese testamento, díglele a su secretaria que la estoy esperando.

Mason colgó y se volvió a Della Street, que había estado controlando la conversación.

—Fíjate bien en Elvina mientras esté aquí, Della. Me gustaría que le hicieras un repaso a conciencia desde el punto de vista femenino.

—¿Crees que es más que una secretaria? —preguntó Della Street.

—Eso es lo que quiero averiguar —repuso Mason—, pero desde luego es de mucho cuidado. Aparentemente es muy amiga de Maynard y a través de esa amistad consiguió introducir a Banner de modo que, con la aquiescencia de Maynard y posiblemente poca resistencia por parte de Hastings, el papel del abogado fuera subiendo cada vez más. Seguramente eso explica con creces la opinión que nuestra cliente tiene de Banner y el que *quizá* Banner represente a Minerva en muchas cosas.

—Bien —dijo Della Street—, no necesitas decirme que le haga

un repaso a conciencia a Elvina. Ten la seguridad de que será más de uno.

Mason comentó:

—Este Banner es todo un intrigante. Fíjate con qué habilidad ha hecho su agosto. Utiliza a su secretaria para conseguir la asesoría legal de las Empresas Hastings, se convierte luego en el abogado personal de Hastings y ahora da el golpe de efecto de representar a Minerva.

Della Street señaló:

—Al escuchar esa conversación telefónica, me pareció que Banner hacía todo lo posible por convencerte de que tiene todos los triunfos en la mano.

—Desde luego —contestó Mason— y lo exagera tanto que uno siente que Banner debe ser vulnerable por algún sitio. Precisamente porque no quiere que yo descubra *cuál* es ese sitio, trata de convencerme de que su posición es inexpugnable.

—¿Puede salirse ella con la suya, jefe?

—¿Quién? ¿Minerva?

—Sí. Simulando divorciarse, sacándole el dinero a Hastings, asegurándole que estaba empleándolo en pedir el divorcio, comunicándole luego que éste había sido concedido, beneficiándose de una fuerte asignación global en metálico, permaneciendo en la sombra mientras Hastings se precipitaba a lo que era por lo visto un matrimonio bígamo, y ahora apareciendo para reclamar la herencia.

Mason respondió:

—Hay en este caso algunas cuestiones legales interesantes, Della. Minerva no reclama la herencia solamente en cuanto viuda de Hastings, sino con arreglo a un testamento que no fue revocado.

—¿No da la ley ninguna protección a Adelle?

—Eso —replicó Mason— depende de muchos factores; de si su matrimonio con Hastings fue nulo desde un principio, o de si es una ceremonia válida hasta que sea anulada por sentencia judicial. La ley dispone en general que si una persona se casa después de hacer testamento, cualquier testamento anterior queda revocado en lo que concierne a la viuda. Esta norma legal está desde luego sujeta a ciertas excepciones, pero ésa es la regla general.

Mason se acercó a la estantería de libros de consulta que se alineaban a un lado de su despacho, tomó el Volumen 53,

Jurisprudencia de California 2°, buscó a través de sus páginas y dijo:

—Aquí hay un resumen de la ley de California al respecto, Della. Puedes anotarlo.

Para que surtan efecto las normas estatutarias, el matrimonio postestamentario del testador debe ser válido. Pero puesto que existe la presunción de que un matrimonio debidamente celebrado es válido, la parte que alegue la invalidez del matrimonio postestamentario del testador tendrá que probar su alegación.

»Claro que puede haber habido algunas modificaciones sobre el particular en los últimos dos o tres años desde que se publicó este Volumen y tendremos que investigar un poco. Pero creo que podemos actuar tranquilamente sobre la base de que ésta es la ley.

Sonó el teléfono y Della, tomando el auricular, dijo:

—Dime, Gertie.

La secretaria escuchó unos instantes y repuso:

—Querrás decir que está aquí su secretaria... Espere un momento, Gertie.

Se volvió a Mason y le anunció:

—Huntley Banner, el abogado, ha venido en persona, no su secretaria.

Mason volvió a colocar el libro de Derecho en la estantería y respondió:

—Dile que pase, Della.

Della se apresuró a abrir la puerta que comunicaba con el vestíbulo y Banner entró en el despacho, con cara sonriente y aire conciliador.

—Siento mucho lo ocurrido en la oficina de Hastings —empezó—. Mi cliente ha odiado siempre a Simley Beason y no pudo contenerse. Como es lógico, siendo yo su abogado, tuve que respaldar su actitud, compéndalo. Claro que hay que tener en cuenta el hecho de que ha sufrido mucho por causa de todo este asunto, pero aun así las cosas *podieron* haberse llevado mucho más diplomáticamente.

—Síntese, Banner —invitó Mason—. Creí que era su secretaria

la que iba a venir.

—También yo —convino Banner—. Le dije que así lo hiciera, pero se sintió acobardada. Temía que usted empezara a someterla a una serie de repreguntas sobre la firma del testamento y demás y me rogó que viniera en su lugar. Y accedí.

»Después de todo, podía llegarme en un salto. Nuestros despachos están sólo a manzana y media de distancia y quería enseñarle la fotocopia del testamento. Ya ha presentado el original pidiendo la prueba de su autenticidad.

Mason alargó la mano hacia los documentos que Banner le ofrecía.

—Como verá —dijo Banner— se trata de un testamento muy corto. Hastings se limita a revocar todos los anteriores, declara que se halla en pleno uso de sus facultades mentales, que no tiene más parientes vivos que su esposa, Minerva Shelton Hastings y que, por lo tanto, lega a ella todos sus bienes.

»Luego se incluye una cláusula de excepción por la que se dispone que si apareciese alguien alegando tener algún vínculo con el testador, y demostrase tal relación, esa persona recibirá la suma de cien dólares.

»Advertirá asimismo que el testamento está firmado en presencia de testigos y que los testigos son Elvina Mitchell y yo mismo.

»Si quiere preguntar algo acerca de ese testamento, adelante.

—¿El testamento fue firmado en la fecha que aparece en el mismo?

—Exacto. Fue firmado en mi despacho. Garvin Hastings lo hizo en mi presencia y en la de Elvina Mitchell, la otra testigo. Nos pidió que firmásemos en calidad de testigos y declaró en nuestra presencia que ésta era su última voluntad y testamento. El testamento es absolutamente incontrovertible.

—Una vez casado con Minerva, ¿tardó mucho Hastings en hacer testamento? —preguntó Mason.

—No. Creo que fue a las cuarenta y ocho horas. Que yo recuerde, me llamó por teléfono para decirme que iba a casarse y que quería que su mujer estuviera protegida legalmente.

—¿Qué me dice de la herencia de Hastings con anterioridad a ese momento? —inquirió Mason—. Debía haber hecho testamento.

—No sé nada de *ese* testamento —contestó Banner—. En aquel

entonces yo no era su abogado.

—¿Luego empezó usted a ser su asesor jurídico sobre la fecha de su boda con Minerva? —preguntó Mason.

—No he dicho eso —replicó Banner—. Vamos, no coja el rábano por las hojas, Mason. La verdad es que yo había estado asesorándole en alguna cosilla desde hacía varios meses con anterioridad a la firma del testamento que ahora nos ocupa, pero después de que Hastings lo firmase empecé a trabajar cada vez más para él y él empezó a confiar cada vez más en mí. Creo que yo era su único abogado por el tiempo en que se firmó este testamento.

—¿Fue entonces cuando fracasó su matrimonio con Minerva? —preguntó Mason.

—Bueno, depende de lo que usted entienda por eso. A decir verdad, su matrimonio empezó a resquebrajarse cuando... oh, yo diría que cuando Adelle Sterling entró a trabajar en la firma de Hastings como secretaria.

»Mire, no es mi intención acusar de nada a su cliente, Mason, pero he de decir que el alegato de Minerva fue que el matrimonio hubiese continuado de no haber sido por Adelle.

»Proclama que Adelle se insinuó a Hastings y le hizo perder la cabeza.

—Así pues, ¿Minerva se marchó a Nevada para fijar allí su residencia y obtener el divorcio? —preguntó Mason.

—Efectivamente. No hay ningún secreto en ello. Hastings le dijo que creía que su matrimonio era un fracaso y que debían disolverlo. Me parece que entonces le comunicó también que se había enamorado de su secretaria, que quería ser libre para casarse con ella y que era su deseo que Minerva se fuese a Nevada para obtener el divorcio.

—¿Y Minerva accedió? —preguntó Mason.

—No —repuso Banner—. Presentó la demanda de divorcio aquí mismo. Acusó a Adelle como cómplice de Hastings. Solicitó separación de cuerpos y una considerable pensión alimentaria. Pidió también que se designara un depositario para hacerse cargo de los bienes, pidió los honorarios del abogado y todo lo demás.

—¿Qué ocurrió con esa demanda? —quiso saber Mason.

—Esa demanda no tiene caso —alegó Banner— porque fue retirada. Lo comprobé personalmente.

—¿Qué hizo a Minerva retirarla?

—Hastings la persuadió de que sería mejor para ella retirar la demanda y darle la libertad.

—¿Y cómo logró persuadirla? —preguntó Mason.

—Eso nadie lo sabe —respondió Banner—. Hastings no me lo dijo. Fue una conversación privada entre Hastings y Minerva y no quise tener nada que ver en ella porque entonces Minerva tenía ya señalado su abogado.

—¿Qué fue de él?

—Supongo que Minerva le compensó de algún modo... es decir, Hastings. Sea como fuere, todo se llevó muy en secreto y Minerva recibió un cheque por, según creo, doscientos o doscientos cincuenta mil dólares y se marchó a Nevada, fijó allí su residencia y se avino a pedir el divorcio.

»Ahora bien: ya oyó usted la declaración de la propia Minerva relativa a su decisión de luchar hasta el fin; la comunicación hecha a su marido de que había obtenido el divorcio y el envío a Hastings de lo que pretendía ser una copia de la sentencia; pero esa copia no estaba legitimada.

»Desde luego eso es fraude y si Minerva puede aprovecharse de él es algo que habría que discutir legalmente; lo indudable es que Minerva se vio sometida a muy grandes presiones e hizo lo que creyó era mejor para salvaguardar sus intereses.

»El hecho es que legalmente sigue siendo la esposa de Hastings y que, por lo tanto, el matrimonio de éste con Adelle fue bígamo y nulo.

—¿No se dio nunca una asignación de bienes entre Minerva y Hastings? —preguntó Mason.

—No, que yo sepa. Hastings se limitó a acudir al apartamento de su mujer y le dijo: «Oye, Minerva, ¿por qué quieres ir a un abogado y llevar este asunto a los tribunales? Después, el abogado se llevará un buen porcentaje de lo que hayas recuperado y *tal vez* te quedes con cuatro perras. Virtualmente, todos los bienes son míos y acogidos a régimen de separación...». Bueno, confesó a Minerva que había puesto detectives sobre su pista y que existía algún escándalo relacionado con ella.

—¿No sabe usted de qué se trataba?

—No, no lo sé.

—¿No lo sabe, o no quiere decirlo?

—Le aseguro, señor Mason, que no lo sé. Hastings jamás me confió nada sobre el particular y, naturalmente, Minerva tampoco. Fue una conversación privada y no sé lo que ocurrió. Lo que sé vagamente es que había algo en el pasado de Minerva que Hastings averiguó, algo que ella no quería que se supiera... Bien, imagino, pues, que estaban empatados y llegaron a un acuerdo.

—¿Sin escribir un solo documento?

—Sin escribir un solo documento. Minerva se avino a retirar la demanda que había presentado aquí, marcharse a Nevada para solicitar el divorcio y detallar en la sentencia correspondiente que se había llevado a cabo una completa asignación de bienes y que renunciaba a todo derecho de asistencias.

—Y planeó deliberadamente traicionarle al tiempo que conseguía esa asignación —alegó Mason.

Banner negó con la cabeza.

—No lo creo, Mason; su intención era atenerse a los términos del acuerdo. En mi opinión, iba de buena fe, pero cuando vio el modo en que Adelle se adueñaba del corazón de Hastings... Bueno, es natural que no comprendamos las reacciones femeninas; suelen ser en extremo sorprendentes.

»No pretendo afirmar que la conducta de mi cliente fue precisamente irreprochable, pero sí que, a mi parecer, su posición es legalmente inexpugnable.

—¿Debo suponer que ha comprobado usted los archivos y no ha encontrado sentencia definitiva de divorcio en Nevada? —preguntó Mason.

—Exactamente, Mason. He repasado los archivos sobre ese particular. Naturalmente lo hice antes de acceder a representar a Minerva.

»Presentó demanda, de eso no hay duda. Permaneció allí durante seis semanas, fijó con ello una residencia suficiente desde el punto de vista legal; presentó la demanda, repito, pero luego no la llevó a los tribunales.

—Sin embargo, envió una sentencia de divorcio falsa a su marido.

—No —negó Banner.

—Espere un momento —replicó Mason—. Minerva admitió ese

hecho en presencia de testigos en la oficina de la compañía.

—Nada de eso —puntualizó Banner—. La diferencia es esencial, Mason. Esa sentencia de divorcio no era falsa.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que Minerva fue lo bastante lista como para no consignar el nombre de ningún juez en lo que pretendía ser una copia de la sentencia. Se limitó a poner un nombre ficticio. Puede que eso sea factible, pero dudo que entre en el ámbito de la falsificación. No cabe acusarla más que de fraude. En lo que respecta a ella y a Hastings, si éste viviera se hubiera dado una denuncia por fraude. Pero en lo que atañe a ella y la amante de su esposo, la situación es distinta.

»Mi cliente no está exenta de culpa, pero, por otra parte, sigue siendo la esposa de Hastings. Es decir, ahora es su viuda.

El teléfono emitió unos timbrazos cortos y agudos: la señal de alarma de Gertie.

Se abrió la puerta que comunicaba con el vestíbulo y el teniente Tragg entró en el despacho.

—Vaya, vaya, Perry —dijo—. Al parecer estás muy ocupado. Hola, Banner, ¿qué se traen ustedes dos entre manos? ¿Urdiendo algún complot?

Mason comentó:

—Tragg nunca tiene conmigo la delicadeza de dejar que la recepcionista anuncie su llegada. Siempre entra de esta manera.

—Ni más ni menos —estalló Tragg—. A los contribuyentes no les gusta que criemos malvas en el despacho de un abogado; y si llegas a saber que iba a venir, hubieras podido prepararte con tiempo.

—¿Cuánta preparación crees que necesito? —preguntó Mason.

—No mucha —repuso Tragg—. He venido a comunicarte, Perry, que estoy aquí para llevarme a tu cliente.

—¿Bajo qué cargo?

—Asesinato, por supuesto —dijo alegremente Tragg—. Esa arma resultó ser el arma homicida y descubrimos en ella huellas digitales.

—No se descubren huellas digitales en las armas —protestó Mason—. Tú mismo lo admitiste, Tragg. Además, el revólver fue tocado por Beason y por su secretaria después de...

Tragg era un verdadero ciclón.

—¡No estoy hablando de las huellas digitales que se obtienen con el consabido polvillo, Perry —interrumpió—, sino de las reveladas mediante un sistema prácticamente desconocido! Me atrevería a decir, que todo un descubrimiento.

—¿Y son de mi cliente? —inquirió Mason.

—No lo sé todavía —contestó Tragg—. No se las hemos tomado. Lo haremos en seguida. Estoy bien seguro, sin embargo, de que son las huellas de una mujer y... es algo fantástico, ¿sabes, Perry? No creo que una sola de cada veintiocho veces podamos encontrar huellas en un arma —tal vez ni en una de cada cincuenta— pero, como te he dicho, ahora no se trata del tipo corriente de huellas. La persona que anduvo con el revólver había estado evidentemente comiendo dulces o llevaba las uñas pintadas, o algún líquido pegajoso en los dedos. Pese a que está seca y el polvillo que normalmente empleamos no se adhiere a ella, la huella se aprecia perfectamente.

—¿Y si me niego a entregar a mi cliente? —preguntó Mason.

—La detendremos igualmente —repuso Tragg— y, desde luego, tendremos un tanto a nuestro favor, ya que haremos contar que le advertimos que no abandonara la ciudad y que nos pondríamos en contacto con ella a través de ti si así lo queríamos. Y ahora lo queremos.

Tragg se acomodó en un sillón, sonrió a Banner y dijo:

—¿Qué tal, Banner?

—Muy bien —replicó éste con forzada sonrisa—. ¡Le aseguro que muy bien!

Mason hizo una indicación de cabeza a su secretaria.

—Tú ganas, Tragg —admitió—. Telefona a Adelle Hastings, Della, y dile que venga inmediatamente.

Capítulo 12

El juez Quincy L. Fallon paseó su mirada por la repleta sala del tribunal y dijo:

—Éste es el momento prefijado para la vista preliminar del caso del pueblo del Estado de California contra Adelle Sterling Hastings. ¿Están preparados? ¿Podemos empezar?

Morton Ellis, uno de los delegados judiciales de la acusación, contestó:

—El pueblo está preparado, Señoría.

Mason se levantó:

—Con la venia del Tribunal, también lo está la defensa.

—Muy bien —repuso el juez Fallon—. Ahora deseo hacer unas cuantas observaciones antes de dar comienzo al juicio preliminar de este caso.

»Este Tribunal entiende que el litigio se centra en la reclamación del derecho a los bienes de Garvin Hastings. Minerva Shelton Hastings alega tener derecho a ellos por vía testamentaria, y Adelle Sterling Hastings, la acusada, proclama su condición de viuda. Ambas partes han presentado demandas que serán debidamente consideradas por el tribunal testamentario.

»Ahora bien, este Tribunal no pretende que esta vista del caso criminal degenera en una controversia acerca de quién es la persona con derecho a la herencia o a la administración de la misma. La única cuestión que debe determinarse aquí es si se ha cometido un crimen, y en caso afirmativo, si existe base suficiente para creer que la acusada es culpable de ese crimen. Si lo es, será compelida a comparecer ante un tribunal superior; en caso contrario, será puesta en libertad.

»Este Tribunal estima que puede ser necesario demostrar *algunos* de los hechos relacionados con las reclamaciones a la herencia, a fin

de revelar su motivación y, muy posiblemente, la parcialidad de los testigos. Pero este Tribunal quiere que las pruebas relativas al dominio de los bienes se limiten al mencionado fin. De nada servirá enjuiciar aquí la cuestión testamentaria o que los letrados se dediquen a bucear en los diferentes testigos, con la esperanza de que alguna de sus declaraciones pueda ser aprovechada en el juicio testamentario.

»Teniendo esto bien presente, les prevengo, caballeros, que limiten sus interrogatorios, y sobre todo sus contrainterrogatorios, dentro de los límites trazados por este Tribunal.

»Pueden proceder, caballeros.

Morton Ellis se apresuró a cumplimentar con decidida y profesional eficiencia los prolegómenos de la vista.

Un secretario presentó un esquema de las premisas, un plano de los pisos inferior y superior de la mansión de Hastings. Se mostraron fotografías del exterior de la casa. El cirujano encargado de la autopsia testificó que la muerte fue producida por dos proyectiles de un revólver del calibre 38, que penetraron en el cerebro; que el cadáver había sido hallado en la cama; que la muerte fue instantánea; que evidentemente Hastings había sido asesinado mientras dormía; que la muerte había ocurrido a primeras horas de la mañana del lunes, día cuatro; que el fallecimiento podía determinarse entre la una de la madrugada y, como máximo, las ocho de la mañana de ese día; que, en su opinión, el cadáver no había sido movido, sino que se encontró en la posición exacta en que estaba cuando fueron hechos los disparos que la rigidez del cuerpo así lo indicaba.

Ellis anunció:

—Mi próximo testigo es el teniente Arthur Tragg.

El aludido se adelantó; se le tomó juramento, subió al estrado, relató el descubrimiento del cadáver y presentó fotografías del mismo tendido en la cama y del cuarto donde había sido encontrado; luego mostró las balas homicidas, una de las cuales había sido extraída del colchón después de haber atravesado limpiamente la cabeza; la otra fue encontrada en el interior del cráneo.

—¿Conoce usted a Perry Mason, el abogado de la defensa? —preguntó Ellis.

—Sí.

—¿Tiene usted ocasión de hablar con él por teléfono de vez en cuando?

—En efecto.

—¿Está usted familiarizado con el sonido de su voz?

—Lo estoy.

—¿Puedo preguntarle si sostuvo usted una conversación con Perry Mason la mañana del martes, día cinco?

—La sostuve, sí, señor.

—¿Qué conversación fue ésta?

—El señor Mason me llamó para decirme que alguien había estado en su oficina el día anterior.

—Espere un momento —interrumpió Ellis—; eso sería el lunes, día cuatro.

—Exacto.

—¿Qué más le dijo el señor Mason?

—Que ese visitante se había dejado un bolso de señora en su oficina, que en el bolso había un arma y que ésta había sido disparada dos veces. Me dijo luego que el arma fue identificada posteriormente como perteneciente a Adelle Sterling Hastings, la acusada en este caso, y me sugirió que examinara el arma.

—¿Qué hizo usted?

—Le pedí a uno de los hombres de la Sección de Homicidios que llamara por teléfono a Garvin S. Hastings e intentara hablar con él. Sin embargo, poco después, me llegó el informe de que uno de los empleados de Hastings había ido a la casa para averiguar por qué Hastings no contestaba al teléfono, y se encontró su cadáver en la cama.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Me dirigí al despacho del señor Mason.

—¿Qué encontró allí?

—Me encontré a la acusada.

—¿Halló el arma a la que se había referido el señor Mason?

—En esa ocasión, no.

—¿La localizó usted después?

—Un momento —terció Mason—. Opino que esa pregunta es improcedente, puesto que exige una conclusión por parte del testigo.

—¿Cómo se entiende? Creo que puede contestar si descubrió o no al fin el arma —alegó Ellis.

—No, no puede —advirtió Mason—, porque no tiene modo de saber si el arma que descubrió era la misma a la que me referí por teléfono, o la que yo tenía en mi despacho.

—¡Oh, Señoría —dijo Ellis—, qué juego de palabras! Podemos seguir la pista de esa arma desde el bolso de la mujer a la mesa de Mason, de ahí a la oficina de Garvin Hastings, donde uno de los empleados, un tal Simley Beason, la escondió, hasta quedar luego en poder del teniente Tragg.

—Pues siga rastreando su paradero —alegó Mason—, pero no le pregunte al testigo si el arma que recobró al fin era la misma que estaba en el cajón de mi mesa. Eso es una conclusión.

—Está bien, está bien —concedió Ellis de mala gana—. Retiraré la pregunta y en su lugar haré al testigo esta otra: ¿Se interesó usted por el revólver cuando fue al despacho del señor Mason?

—Sí.

—¿Le pidió que se lo mostrara?

—Sí.

—¿Qué hizo el señor Mason en relación con la petición de usted?

—Abrió un cajón en el lado derecho de su mesa y pareció en extremo sorprendido cuando vio que estaba vacío.

Morton Ellis anunció:

—Quiero que me diga ahora, teniente Tragg, si obran en su poder copias certificadas del registro de armas de fuego que demuestren la venta de éstas a Garvin S. Hastings.

—En efecto.

—¿Quiere usted enseñarme, por favor, esas copias?

Tragg le entregó dos hojas de papel.

—¿Qué demuestran estos documentos, teniente?

—Son documentos oficiales extendidos con arreglo a las normas legales vigentes en California. Demuestran la adquisición de dos armas de fuego en el «Sportman Supply Center».

—¿Y a qué se refieren estos documentos, teniente?

—A la compra de dos armas de fuego, dos revólveres «Smith & Wesson» con cañón de dos pulgadas y media y cuya numeración es C48809, que fue vendido en la fecha que aparece en esta hoja. El

segundo fue adquirido algunos meses después y es un modelo análogo «Smith & Wesson» cuya numeración es C232721.

—Muy bien. Cuéntenos ahora qué conversaciones sostuvo usted con Perry Mason, en su calidad de abogado de la defensa, en relación con esa arma de fuego de la que le habló y que le dijo no poder mostrarle una vez estuvo usted en su despacho.

—El señor Mason me dijo que había hallado un revólver en el bolso de la acusada encontrado en su oficina; que había guardado el arma en el cajón superior derecho de su mesa y que el arma había desaparecido.

—¿Cuándo tuvo lugar esta conversación, teniente?

—El martes, día cinco.

—¿Le dijo el señor Mason lo que había hecho con respecto a tratar de localizar esa arma?

—Lo hizo en una conversación posterior.

—¿Qué le dijo?

—Que había llevado a cabo una investigación personal y por mediación de su detective privado, Paul Drake, jefe de la Agencia de Detectives Drake; que como resultado de esas pesquisas averiguó que un hombre había entrado en su despacho la mañana del martes, día cinco, sobre la hora en que la mujer de la limpieza hacía su trabajo en el mismo; que el individuo en cuestión llevaba un portadocumentos y se había hecho pasar por Perry Mason, si no manifestándolo directamente, sí por lo menos dándolo a entender por su conducta, penetrando en el despacho, permaneciendo allí durante unos diez minutos y saliendo finalmente de él.

»El señor Mason me dijo que por un proceso de deducción y labor detectivesca había localizado a ese hombre y descubierto su identidad: se trataba de Simley Beason, el administrador de las Empresas Hastings.

—¿Le comunicó algo más?

—Me contó que Simley Beason había sustraído el arma, la había envuelto en papel de estraza, sellado éste y depositado el paquete en el fondo de una bolsa de golf.

—¿Y luego?

—Me dijo que el señor Beason había telefoneado delante de él a su secretaria, la de Beason, para que sacara el arma de la bolsa de golf y la llevara al despacho de Mason; y que cuando la secretaria

llegó, se vio que el paquete había sido alterado.

—¿Le dijo el señor Mason lo que hizo entonces con el arma?

—Me llamó por teléfono para comunicarme que el arma estaba a mi disposición y más tarde me hizo saber que tenía también las envolturas del paquete en una caja ya que, si lo deseaba, podía examinarlas en busca de huellas digitales.

—¿Qué hizo usted?

—Me dirigí al despacho de Mason y me llevé el arma.

—¿Sometió usted después esa arma a pruebas de balística?

—Sí.

—¿Trató de comparar los proyectiles de muestra que disparó con ella con las balas homicidas, una de las cuales había sido extraída del cadáver de Garvin Hastings y la otra del colchón de su cama?

—Sí.

—¿Qué descubrió?

—Que las balas homicidas fueron disparadas con esta arma.

—Vea este revólver, un «Smith & Wesson» cuya numeración es C48809, y dígame si lo reconoce.

—En efecto, sí, señor. Lleva una etiqueta mía y tengo anotada la numeración.

—¿Es éste el revólver que recibió usted de manos del señor Mason?

—Sí.

—Teniente, ¿examinó usted esta arma en busca de huellas digitales?

—Efectivamente.

—¿Encontró alguna?

—Cuando examiné el arma por primera vez no hallé ninguna. Recubrí el revólver con los polvos adecuados con objeto de descubrir las posibles huellas que hubiera en él. Pero no me revelaron nada de lo que buscaba. Luego, no obstante, cuando llevé el arma a la Jefatura, descubrí que había una huella seca en ella. Esta huella digital no había absorbido los polvos porque no quedaba en la misma vestigio alguno de humedad. Era una huella completamente seca. Había sido impresa por alguna persona cuyo dedo contenía una cierta sustancia pegajosa, como por ejemplo saliva endulzada o procedente quizá de tabaco húmedo. Sea lo que

fuere, la huella podía apreciarse con bastante claridad.

—¿Fotografió usted esa huella?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted aquí esa fotografía?

El testigo asintió:

—Sí, señor.

—Bien. ¿Ha comprobado usted esa huella como para saber a quién pertenece el dedo que la produjo?

—Sí, señor.

—¿De quién es la huella?

—Esa huella es la del dedo medio de la mano derecha de la acusada, Adelle Hastings.

—Con la venia del Tribunal, quisiera presentar este revólver como documento de prueba B-12 de la acusación.

—Un momento —intervino Mason—. Antes de que la defensa convenga que esa arma sea admitida como prueba o la rechace como tal, quisiera el privilegio de interrogar al testigo.

—Muy bien —dispuso el juez Fallon—. Puede hacerlo.

—Teniente, ha declarado usted que le dije que yo tenía *el* arma. Ahora bien, ¿no es cierto que lo que le dije fue que yo tenía *un* arma?

—Creo que me dijo usted que había recuperado *el* arma.

—¿La que había sido sustraída del cajón de mi mesa?

—Eso fue lo que entendí.

—¿Le dije que el arma procedía del bolso de la acusada?

—Espere un momento —advirtió Tragg—. En realidad creo que la conversación sobre el arma la tuve con usted, y luego resultó que el revólver había desaparecido y, si no me equivoco, su secretaria me llamó para decirme que el arma extraviada había sido hallada y estaba a mi disposición.

—Bien. Teniente Tragg, ¿le dije o no —preguntó Mason— que Simley Beason había sustraído esta arma de mi despacho y la había envuelto en papel, sellándolo después, pero que cuando el paquete fue devuelto a mi despacho aparecía cortado con una navaja o cuchillo afilado y no había modo de saber que era ésta el arma que procedía del bolso de la acusada?

—Protesto por considerar que esa pregunta se basa en una prueba de oídas —terció Ellis.

Mason repuso:

—No hay aquí prueba de oídas. El teniente Tragg ha testificado de acuerdo con lo que yo le dije. No es mi intención poner a prueba su memoria contrainterrogándole sobre toda la conversación.

—Se desestima la protesta. Conteste a la pregunta —ordenó el juez Fallon.

—Sí —fue la respuesta de Tragg.

—Pues —concluyó Mason— si lo que le dije es correcto, no hay modo de demostrar que esta arma es la que saqué del bolso de la acusada o la que Simley Beason sustrajo de mi despacho.

—Protesto por esa argumentación que exige una conclusión por parte del testigo —adujo Ellis.

—Se admite la protesta —dictó el juez Fallon.

Mason sonrió.

—Teniente Tragg —prosiguió—, ¿ha identificado usted esta arma como el arma de la que se dispararon las balas homicidas?

—Sí, señor.

—Sabe usted, por lo tanto, que es el arma con la que se cometió el asesinato.

—Sí, señor.

—¿No ha visto nunca esa arma en poder de la acusada, verdad?

—Desde luego que no. No, señor.

—Exacto. Y por lo que le dije en la conversación de la que ha atestiguado, no puede jurar que, después de que Simley Beason sustrajo esta arma, la envolvió y la metió en la bolsa de golf, alguien no cogiese el paquete, cortara el papel, desenvolviera el arma, envolviera otra en el mismo y volviese a depositarla en el fondo de la bolsa de golf, ¿no es cierto?

—La misma protesta —terció Ellis.

—Con la venia del Tribunal —replicó Mason—, creo que no se trata de la misma pregunta. Estoy preguntando ahora al testigo si, *como resultado de la conversación que sostuvo conmigo*, puede relacionar esa arma concretamente con la acusada.

—Se desestima la protesta —dispuso el juez Fallon—. Creo que esta pregunta es contrainterrogatorio legítimo relativo a la conversación que el testigo sostuvo con Perry Mason.

—No, señor —respondió el teniente Tragg—; *por lo que usted me dijo* no puedo jurar que esta arma no hubiese sido sustituida

después de que Simley Beason la sustrajo. No puedo jurar que el arma que usted me dio fuese la que usted sacó del bolso de la mujer, ni tampoco puedo jurar *por la conversación mantenida con usted* que esta arma concreta se relacionase con la acusada; es decir, entiéndame, señor Mason, *por la conversación sostenida con usted*, por lo que usted me dijo.

»Sin embargo, sí puedo jurar, por una huella digital, que esta arma fue tocada por la acusada en un momento en que ésta llevaba alguna sustancia extraña y pegajosa en el dedo medio de su mano derecha.

—Perfectamente —señaló Mason—. ¿Esa sustancia podía haber contenido azúcar?

—Sí, señor; azúcar, pintura para las uñas, pegamento, cualquiera de entre una docena de cosas.

—¿Estaba seca?

—Sí, señor.

—¿Y dejó una huella a la que los polvos corrientes no se adhirieron?

—En efecto, señor.

—¿Y sin embargo, la huella existía?

—Sí, señor.

—Por lo general, las huellas que contienen humedad y materia sebácea retienen su humedad sólo durante un relativamente corto período de tiempo, ¿no es así?

—Así es.

—¿Era éste, pues, un tipo distinto de huella?

—Sí, señor.

—¿No tan perecedero como las huellas corrientes?

—Exacto.

—¿Cree usted entonces que pudo haber sido impresa las Navidades pasadas, cuando la acusada tomaba los dulces navideños y el arma estaba en poder de su marido?

Tragg enrojeció.

—No puedo decir *cuándo* fue impresa la huella.

—¿*Pudo* haber sido en las Navidades pasadas?

—*Pudo* haber sido entonces.

—Muy bien —declaró Mason—. Eso es todo. Me opongo a la presentación de la prueba sobre la base de que es inadmisibile,

inaplicable e irrelevante y no existe sólido fundamento para ello.

El juez Fallon anunció:

—Existe sólido fundamento para identificar esta arma como la del crimen y puede, pues, ser admitida como prueba en calidad de tal.

Ellis dijo:

—Pido que se retire el teniente Tragg y ocupe su lugar Simley Beason.

Beason se dirigió pesadamente al estrado de los testigos como quien afronta una ineludible y severa prueba. Levantó su mano derecha, tomó el juramento y después de dar su nombre y dirección al oficial, miró con marcada hostilidad a Morton Ellis.

—Se llama usted Simley Beason. ¿Estaba empleado como administrador en las Empresas Hastings entre el cuatro y cinco de este mes, cargo que venía ocupando durante un período de cuatro años anterior a esa fecha?

—Sí, señor.

—Señoría —dijo Ellis—, la hostilidad del testigo me obligará a interrogarle con preguntas capciosas.

—No ha dado prueba alguna de hostilidad hasta el momento —repuso el juez Fallon—. Proceda a su interrogatorio según el procedimiento acostumbrado. Si se evidencia su hostilidad, yo se lo advertiré y le permitiré ese tipo de preguntas.

—Muy bien, Señoría.

—Requiero su atención hacia el martes, día cinco de este mes. ¿Vio entonces a la acusada?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—A primera hora de la mañana.

—¿No puede ser más concreto?

—No miré el reloj.

—¿Fue a plena luz del día, o antes?

—No lo recuerdo.

—¿Dónde se vieron ustedes?

—En un restaurante.

—¿Cómo fue el encontrarse allí?

—Ella me había dicho que estaría en él.

—¿Era un restaurante de servicio permanente durante la noche?

—Sí.

—¿Se encontró usted allí con la acusada y desayunó con ella?

—Sí.

—¿Conversaron ustedes durante el desayuno?

—Como es lógico, no íbamos a quedarnos allí sentados mirándonos las caras.

—Limítese a contestar a las preguntas —advirtió Ellis—. ¿Conversó o no conversó con la acusada?

—Ya he contestado a esa pregunta. Le dije que sí.

—Y como consecuencia de esa conversación, fue usted al despacho del señor Mason, es decir, al edificio donde el señor Mason tiene sus oficinas, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y entró en ese edificio?

—Sí.

—¿Firmó usted un registro en el ascensor?

—Sí.

—¿Consignó su verdadero nombre?

—No.

—¿Firmó, pues, con nombre supuesto?

—Sí.

—¿Tomó el ascensor hasta la planta en la que el señor Mason tiene su despacho?

—Sí.

—¿Y se dirigió a él?

—Sí.

—¿Qué hizo usted al llegar al despacho del señor Mason?

—Entrar en él.

—¿Había allí alguien para permitirle la entrada?

—Sí.

—¿Quién?

—La mujer de la limpieza.

—¿Habló usted con ella?

—Sí.

—¿Qué le dijo?

—No lo recuerdo.

—¿Sustrajo usted alguna cosa del despacho del señor Mason?

—Me niego a contestar.

—¿En razón a qué?

—En razón a que la respuesta a su pregunta pudiera comprometerme.

Ellis miró al juez Fallon.

—Está bien —dijo éste—. La actitud del testigo es evidentemente hostil. Puede usted hacer uso de preguntas capciosas... aunque ya ha venido haciéndolo sin objeción por parte de la defensa. Proceda.

—¿Sustrajo usted un arma del despacho del señor Mason?

—Me niego a contestar en razón a que la respuesta podría comprometerme.

—Más tarde, en el despacho del señor Mason y en presencia de él, ¿telefoneó usted a su secretaria a las Empresas Hastings?

—Sí.

—¿Cómo se llama su secretaria?

—Rosalie Blackburn.

—¿Qué le dijo por teléfono?

—Que fuera a mi ropero, tras buscar la llave en mi mesa, sacara los palos de golf de mi bolsa y la vaciara. Encontraría entonces un paquete envuelto en papel de estraza en la misma, paquete que debía traerme.

—¿Al despacho del señor Mason?

—Sí.

—¿Y lo hizo?

—No lo sé.

—¿Qué quiere decir con eso de que no lo sabe?

—Que no sé si mi secretaria hizo lo que yo le dije.

—Pero sí sabe usted que apareció en el despacho de Mason con un paquete, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿El mismo paquete que usted había metido en la bolsa de golf?

—No lo sé.

—Bueno, contenía el mismo objeto que usted había metido allí dentro, ¿no?

—No lo sé.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que no tuve medio de identificar el objeto que estaba allí

dentro.

—Ese objeto era un arma, ¿no es así?

—El paquete que metí en la bolsa de golf contenía un arma, sí.

—Que era la misma que usted había sustraído del despacho del señor Mason, ¿no es verdad?

—Me niego a contestar en razón a que la respuesta podría comprometerme.

—¿Pero usted admite que metió un paquete en su bolsa de golf?

—Sí.

—Y que ese paquete contenía un arma.

—Sí.

—Y que ese paquete fue sacado de la bolsa de golf por su secretaria, ¿no es cierto?

—Protesto —intervino Mason— por exigir una conclusión por parte del testigo.

—Se admite la protesta.

—Pero usted *dio instrucciones* a su secretaria de que sacara el paquete de la bolsa de golf.

—Sí.

—Y se lo llevara al despacho del señor Mason.

—Sí.

—¿Lo hizo ella así?

—No lo sé.

—¿No estaba usted allí? ¿No le entregó su secretaria el paquete?

—Me entregó *un* paquete, pero no tengo modo de saber si era el mismo que metí en la bolsa de golf. Quiero añadir, a modo de explicación, que yo me había apresurado a identificar el contenido de ese paquete sellando cuidadosamente el papel y fijando una etiqueta en él por la que se consignaba el contenido del mismo. Cuando se me entregó éste, los sellos habían sido cortados y el paquete, abierto. No tengo, pues, medio de saber si el contenido del paquete había sido sustituido.

—El objeto que usted puso en el paquete era un arma, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Fue ésa el arma que sustrajo usted del despacho del señor Mason?

—Me niego a contestar en razón a que el hacerlo puede

comprometerme.

—Está bien. Volvamos a su encuentro con la acusada. ¿No es verdad que su incursión al despacho del señor Mason se debió a algo que la acusada le había dicho?

El testigo vaciló.

—Bien —presionó Ellis—, ¿no es verdad? Conteste.

—Me niego a contestar en razón a que el hacerlo puede comprometerme.

—Con la venia del Tribunal —anunció Ellis—, es evidente que el testigo está intentando escudarse tras sus derechos constitucionales y aprovecharse de ellos sin existir razón legal alguna para hacerlo. Me parece perfectamente bien que se niegue a aceptar su relación con el hurto perpetrado en el despacho del señor Mason, pero, en lo que concierne a su conversación con la acusada, no fue una conversación privilegiada y no hubo ciertamente nada que pudiera comprometerlo en relación con ella.

—¿Puedo intervenir? —preguntó Mason.

—Desde luego —repuso el juez Fallon.

—Si resultara —empezó Mason— que la acusada y este testigo conspiraron para sustraer alguna prueba de mi despacho, la sustracción del arma sería entonces un acto manifiesto que haría culpable al testigo de un delito independiente, el delito de conspiración criminal. Sustraer el arma es una cosa y conspirar para sustraerla, otra. Son dos delitos.

—Eso es reparar en pelillos —comentó Ellis.

—No, no lo es —replicó Mason—. Cada vez que ustedes redactan un informe o un escrito de agravios contra una persona, insertan tantos cargos como se les ocurren. Presentan el de la conspiración criminal y el del acto delictuoso. Entonces tratan de convencer al jurado para que emita un veredicto de culpabilidad sobre cada uno de los cargos del sumario. Alegan ustedes que cada cargo es un delito independiente, que ustedes no hacen la ley, que sólo la ejecutan, que si el legislador ha determinado calificar como delito de conspiración para cometer un acto ilegal, y el acusado conspira para cometer tal acto y luego lo perpetra, es culpable de dos delitos independientes.

—No pretenderá usted que no se le castigue.

El juez Fallon pareció sofocar el atisbo de una sonrisa.

—Creo que la cuestión es clara —afirmó—. No veo que la conversación sea pertinente o relevante más que en lo que tuviera relación con algún aspecto del delito que nos ocupa, y, si es así, puede muy bien ser que la acusada y el testigo conspiraran para hacer determinados actos, y el testigo tenga por lo tanto motivos para creer que contestar a la pregunta le llevaría a incriminarle en un delito de conspiración.

—Está bien —admitió Ellis, volviéndose rabiosamente al testigo—, envolvió usted un arma en papel y la metió en la bolsa de golf, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Había visto usted esa arma con anterioridad?

—¿Con anterioridad a qué?

—Con anterioridad al momento de meterla en la bolsa de golf.

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—Me niego a contestar en razón a que esa pregunta puede comprometerme.

—¿La había visto con anterioridad al día cinco del presente mes?

—No lo sé.

—¿Por qué no lo sabe?

—Porque ignoro si ésa fue la misma arma que vi o no.

—¿Vio usted un arma parecida?

—Sí.

—¿Dónde?

—No puedo recordar todos los lugares donde he visto armas similares. La firma, fabrica indudablemente cientos de miles de esos revólveres y los he visto anunciados en muchos establecimientos de artículos deportivos y en otros sitios.

—Y —dijo Ellis, levantando su índice acusador hacia el testigo— algunos de esos «*otros sitios*» incluían un bolso de mujer, ¿no?

—Sí.

—¿Qué mujer?

El testigo inclinó la cabeza.

—La señora Hastings —confesó.

—¡Ajajá! —exclamó Ellis—. Al fin, tras todo este penoso interrogatorio admite usted que vio esta arma en el bolso de la

acusada.

—Un momento, con la venia del Tribunal —terció Mason—. Protesto por los comentarios innecesarios de mi colega y también por su conclusión. El testigo no ha dicho que hubiera visto *esta* arma en el bolso de la acusada.

Morton Ellis replicó:

—Pudo haber sido la misma arma, por todo lo que *él* sabe.

—Y pudo haber sido otra, por todo lo que sabe *usted* —repuso Mason.

—Se admite la protesta —dictó el juez Fallon.

—Muy bien —admitió Morton Ellis—, enfoquemos la cuestión de otro modo. ¿Se le hizo a usted alguna declaración relativa al lugar de procedencia del arma?

—Sí, señor.

—¿Qué declaración fue ésa?

—La señora Hastings dijo que su marido se la había dado y le aconsejó que la guardara en su bolso, que creía que las mujeres debían tener algún medio de protección cuando salían solas de noche. Si tenía un pinchazo o avería de alguna clase en el coche, podía verse por completo indefensa detenida junto a la cuneta.

—Eso es todo —anunció Morton Ellis con aire triunfal.

—Un momento —objetó Mason—. Tengo dos o tres preguntas que hacer al testigo. ¿Ha dicho usted que vio tal arma en el bolso de la señora Hastings?

—Sí, señor.

—¿Y que la señora Hastings le dijo que su marido se la había dado para protegerse, cuando conducía de noche?

—Sí, señor.

—¿Le dijo algo acerca de si la llevaba a menudo?

—Bueno, no expresamente, pero deduje que la llevaba con mucha frecuencia en su bolso.

El juez Fallon miró a Ellis.

—No hay duda de que eso es una conclusión. ¿Va la acusación a rebatirla?

Ellis sonrió y dijo:

—La acusación no desea rebatirla, señoría. Que el abogado de la defensa prosiga su contrainterrogatorio. Tal vez sea contraproducente para su cliente, pero la acusación no quiere

ciertamente detenerlo en modo alguno.

—No hay necesidad de hacer semejante comentario —reprobó el juez Fallon—. Este Tribunal se limitó a llamar la atención de la acusación sobre el hecho de que el testigo había llegado a una evidente conclusión.

—Y la acusación no tiene el menor deseo de protestar contra ese tipo de testimonio —explicó Ellis.

Mason se volvió al testigo.

—¿Dedujo usted por la conversación que sostuvo que esa arma se la había dado a la señora Hastings que era de su propiedad?

—Sí, señor.

—¿Y que la llevaba consigo?

—Sí, señor.

Ellis se volvió al público de la sala con una amplia y triunfal sonrisa en los labios.

—¿Dice usted que fue con la señora Hastings con quien tuvo esas conversaciones?

—Sí, señor.

Los ojos de Mason centellearon.

—¿Con Adelle Sterling Hastings, la acusada en el presente caso?

—No, señor. Esas conversaciones fueron con Minerva Shelton Hastings, la anterior esposa.

De pronto, la sonrisa desapareció del rostro de Ellis, para ser reemplazada por una expresión de desmayada consternación. Se levantó de un salto.

—Un momento, señoría, un momento —pidió—. Al parecer se ha tratado de una trampa cuidadosamente planeada entre el letrado de la defensa y el testigo, sabiendo que cuando éste dijera «la señora Hastings», yo supondría que se refería a la acusada. Protesto pues, contra esas repreguntas y rebato las respuestas en razón a que son conclusiones por parte del testigo.

El juez Fallon repuso mordazmente:

—Ya tuvo usted ocasión de protestar. Este Tribunal advirtió el modo en que el testigo se refería, no a la acusada, sino a la señora Hastings; y sabiendo que había dos señoras Hastings, este Tribunal siguió con sumo cuidado el interrogatorio. El testigo se guardó mucho de mencionar una sola vez a la acusada, sino que se refirió simplemente a la señora Hastings.

—Fue una trampa... una trampa deliberadamente preparada — alegó Ellis.

—No sé de ninguna ley —replicó el juez Fallon— que impida al abogado de la defensa tender trampas a lo largo del camino que espera que siga su adversario. Me temo, señor delegado del fiscal de distrito, que tendrá usted que echar mano de sus propias trampas. En vista del hecho de que había dos señoras Hastings, el Tribunal se percató de la peculiar índole de la respuesta del testigo y se extrañó de que no intentara usted pedir al testigo que especificara a qué señora Hastings se estaba refiriendo. Las respuestas tendrán validez.

»¿Tiene alguna pregunta más que hacer al testigo, señor Mason?

—No, señoría. He terminado mi contrainterrogatorio.

Beason hizo intención de abandonar el estrado.

—Un momento, un momento —objetó Ellis—. Yo sí tengo un par de preguntas que hacerle.

Beason volvió a tomar asiento.

—¿Discutió usted su declaración con el señor Mason antes de venir a la sala? —inquirió Ellis.

—Sí, señor.

—¿Y le dijo el señor Mason que probablemente se le preguntaría a usted si había visto alguna vez un arma de aspecto similar al de la que ha sido presentada en este caso como arma del crimen?

—Sí, señor.

—¿Le dijo asimismo al señor Mason que había visto usted tal arma en poder de Minerva Hastings?

—Sí, señor.

—¿No le dijo el señor Mason que, si tenía usted ocasión, declarara que había visto tal arma en poder de la señora Hastings, sin mencionar no obstante que se trataba de Minerva Hastings?

—Algo me comunicó al respecto, sí.

—Pues bien —concluyó Ellis, sonriendo triunfalmente—, ¿vio usted alguna vez un arma similar en poder de la acusada, Adelle Sterling Hastings? Responda sí o no.

—Sí.

—¿Estaba en su bolso?

—Sí.

Ellis se volvió de nuevo al público de la sala con sonrisa triunfal y anunció:

—Eso es todo.

Beason empezó otra vez a abandonar el estrado.

—Un momento —intervino Mason—, he de someterle a un segundo interrogatorio de repreguntas.

»¿Vio usted un arma en este bolso... la vio usted más de una vez?

—Sí. En otra ocasión.

—¿Cuándo?

—No puedo recordar la fecha exacta.

Mason continuó:

—Luego vio usted *dos* armas en su poder. Una —explicó levantando el dedo índice de su mano izquierda—: el arma que el difunto compró y que no fue la homicida; y dos —aquí, Mason levantó el índice de su otra mano— el arma que *lo fue*, ¿no es cierto?

—Un momento, un momento —dijo Ellis—, protesto contra esa pregunta en razón a que exige una conclusión por parte del testigo.

—No veo cómo pueda exigir ninguna conclusión —repuso Mason.

—El testigo no puede decir si había dos armas —adujo Ellis—. A menos que comparara sus numeraciones, es incapaz de saber qué arma fue.

Mason sonrió al juez Fallon.

—Creo —afirmó— que la acusación ha interpretado mi idea perfectamente. El testigo vio un arma. No se sabe si fue la homicida que el asesino había sustituido en la bolsa de golf del testigo, o el arma que el finado había dado a la acusada para su protección y que le había sido robada.

Mason hizo una leve inclinación al ayudante del fiscal de distrito y añadió:

—Y, con la venia del Tribunal, con esto doy por concluido mi segundo interrogatorio de repreguntas.

—Espere un momento —indicó Ellis—, eso viola el procedimiento. El testigo debe responder a la pregunta.

—No puede responder a la pregunta —replicó Mason—, porque usted ha protestado contra ella.

—Bien, el Tribunal no se ha pronunciado al respecto —señaló Ellis y luego se apresuró a añadir—: Retiro la protesta.

—Muy bien —dijo Mason—. Conteste a la pregunta, señor Beason.

—Ignoro qué arma fue —respondió Beason—. Pudo haber sido la misma arma las dos veces, pudieron haber sido armas distintas y puede no haber sido ninguna de las dos. Entiendo que la firma «Smith & Wesson» fabrica miles de armas idénticas.

Ellis estalló:

—¡Es muy fácil para el testigo contestar de ese modo a la pregunta, después de que la defensa le ha señalado tan hábilmente la respuesta que debía dar en caso de existir una protesta!

—Con la venia del Tribunal —puntualizó Mason— no fui yo quien protestó, sino la acusación.

—Por mi parte no hay segundo interrogatorio del testigo —dijo Ellis.

—Eso es todo, señor Beason. Puede usted retirarse.

—Puede retirarse —ordenó el juez Fallon al testigo.

Ellis miró el reloj de la sala.

El juez Fallon asintió imperceptiblemente con la cabeza y seguidamente declaró:

—Es la hora del acostumbrado aplazamiento de mediodía. Se suspende la vista hasta las dos de esta tarde.

El público se levantó cuando el juez Fallon abandonó su sitio y desapareció por la puerta que conducía a su despacho.

Mason y Simley Beason se miraron. El abogado le hizo señas de que se acercara.

Tomando a Beason por el brazo, Mason se lo llevó donde no pudieran ser oídos y le dijo:

—¿De qué tenía usted miedo, Beason?

—¿Miedo? —preguntó Beason en tono sorprendido—. ¿Qué quiere decir con eso? Yo no tenía miedo de nada. Sólo que no quería ayudar a la causa de la acusación más de lo estrictamente necesario.

Mason afirmó:

—Usted tenía miedo de algo, Beason. Su rostro reflejó un tremendo alivio cuando el ayudante del fiscal renunció a un segundo interrogatorio.

Beason negó con la cabeza, con expresión de desconcertada inocencia.

—Oh, no, señor Mason, se equivoca.

El abogado repuso:

—No lo creo, Beason. He visto a demasiados testigos en juicio y a demasiadas personas presas de una fuerte tensión para equivocarme ahora. ¿Qué información guardaba usted tan celosamente que tenía miedo de que la acusación fuera a arrancarle?

—Absolutamente ninguna —replicó Beason.

—Está bien —le dijo Mason—. Como quiera. Todo llegará.

La mirada de Beason se cruzó con la de Adelle Hastings mientras un agente femenino de policía la tomaba por el brazo para escoltarla hasta el calabozo. Entre ellos se estableció una corriente de mutuo y significativo entendimiento, un momentáneo centelleo de triunfo.

Capítulo 13

Un restaurante francés, situado a unas tres manzanas de la Audiencia, reunía tradicionalmente en uno de sus reducidos e íntimos comedores privados a Perry Mason, Della Street y Paul Drake a la hora del almuerzo, y ésta no iba a ser una excepción. En el pasado, muchas conferencias sostenidas en este comedor durante dicho rato habían supuesto cambios de última hora en la estrategia a seguir.

Ahora, sentados alrededor de la mesa circular, provista de teléfono para poder recibir y hacer llamadas, Drake dijo:

—Tengo una información, Perry. Me la darán esta tarde.

—¿Sabes de qué se trata?

—No.

Mason comentó:

—Simley Beason ha silenciado algo en la vista. Ignoro lo que haya podido ser. Tenía miedo de que fueran a hacerle alguna pregunta concreta, y la respuesta a esa pregunta pudo muy bien ser desastrosa para la suerte de la acusada.

»Cuando abandonó el estrado sin que se la hubieran hecho, no pudo disimular su alivio.

—¿Y no sabes lo que pueda ser? —inquirió Drake.

—¡Cualquiera sabe! —exclamó Mason—. De lo que no hay duda es que la acusación se ha dado perfecta cuenta de que tiene que vérselas con un testigo hostil, y no quiere formularle preguntas de tipo general porque muy posiblemente recibiría alguna que otra respuesta mortificante. Sin embargo, es probable que ahora estemos en franquía. Dudo muchísimo que vuelvan a llamarlo a declarar. Y desde luego yo no pienso hacerle comparecer como testigo para dejar que se ceban en él a base de preguntas.

»¿Qué has averiguado sobre el asunto de Carson City, Paul?

Drake sacó su cuaderno de notas del bolsillo.

—Aquí hay algo que me desconcierta. Ese tal Harley C. Drexel, el contratista, vive en el 291 de Center Street, Carson City. Es un tipo de cincuenta y cinco años y buena reputación. Él mismo se construyó su casa en un magnífico solar, con un pequeño «bungalow» en la parte trasera, que tiene alquilado. Es viudo, tiene una hija en un internado en alguna parte del Este... Creo que son buena gente.

—¿Alguna relación entre él y Adelle Hastings o alguien más que tenga que ver con el caso? —preguntó Mason.

—Bueno, hay algo curioso —señaló Drake—. Lo averigüé por casualidad. Ya te dije que Drexel alquila el edificio de la parte trasera de su casa de vez en cuando. Es un pequeño sólido «bungalow». Y fíjate, Perry, su dirección es 291 de Center Street. Pues bien: cuando Minerva presentó la demanda de divorcio, esa demanda que nunca llegó a cristalizar, la dirección que dio fue 291 de Center Street. Así que, evidentemente, fijó su residencia en la casa de Drexel y, al parecer, llegó a hacer buenas migas con él. Es más, cuando se produjo el misterioso asunto del bolso en tu oficina, el coche de Drexel estaba en el aparcamiento situado a media manzana de ella.

Los ojos de Mason se abrieron sorprendidos y se entornaron después con expresión de profunda concentración.

—¿Qué sabes de Drexel? —inquirió, tras una pausa—. ¿Mujeriego?

—Un contratista —corrigió Drake— a quien absorbe su negocio. De cuando en cuando se entrega de lleno a su trabajo, hasta el punto de pasarse el día hombro con hombro junto a sus propios obreros. Es, ante todo y sobre todo, contratista de obras y carpintero; uno de esos tipos rudos, de manos callosas y sin complicaciones.

Mason escuchó atentamente aquella información.

El camarero se acercó a ellos y tomó nota de sus peticiones.

De pronto, Mason se levantó y empezó a pasearse por el piso.

—La cosa da que pensar —señaló Drake—. Debe tener algún significado, ¿pero cuál?

Mason no dijo nada y continuó paseándose de un lado a otro.

Repentinamente, el abogado se detuvo, se volvió a Drake y le

espetó:

—Hay otra cosa aún, Paul. Rosalie Blackburn, la secretaria de Simley Beason, fue a Carson City a obtener el divorcio. Averigua si vivió también en el 291 de Center Street al fijar su residencia en la ciudad. En caso afirmativo, será una pista que deberemos seguir.

»Y otra cosa más. Quiero una relación de los vuelos de aviones de alquiler con destino a Las Vegas durante la tarde del lunes, día cuatro. Cuando Della y yo tomamos el avión esa misma tarde, el piloto nos dijo que una representante de la Cámara de Comercio estaba controlando ese tipo de vuelos. Pon a tus hombres manos a la obra, Paul, y que establezcan contacto con la Cámara de Comercio. Averigua si ese control fue cierto y, en caso afirmativo, cuáles fueron los vuelos de esa clase antes del anochecer del lunes.

»Tendré que volver a la Audiencia tan pronto terminemos de comer, Paul; ya puedes empezar a utilizar el teléfono.

Drake llamó a su oficina y dio las instrucciones precisas.

—¿Alguna otra cosa, Perry? —preguntó el detective, con el auricular en la mano.

Mason, que había reanudado sus paseos, dijo:

—¿Cómo se llama la hija de Harley Drexel?

Drake consultó su cuaderno de notas.

—Helen.

—¿Dices que está en un internado del Este?

—Sí.

—Y regresa a su casa los veranos.

—Exacto.

—¿En qué fecha presentó Minerva su demanda de divorcio? —preguntó Mason.

—El quince de septiembre —contestó Drake de carrerilla.

—De acuerdo —repuso el abogado—. Lleva seis semanas conseguir la residencia en Nevada, lo que significa que Minerva estuvo en la casa de Drexel durante los meses estivales. Si Helen volvió a su casa para pasar en ella sus vacaciones, es más probable que las dos mujeres llegaran a hacer amistad. El coche de Drexel permaneció en el aparcamiento toda la tarde del lunes. Averigua dónde está Helen ahora.

Drake volvió a dar instrucciones por teléfono.

—¿Algo más, Perry?

—Por el momento, no —respondió Mason.

Drake se volvió al aparato.

—Indagad esos puntos inmediatamente e informadme tan pronto sepáis algo.

El detective colgó el teléfono.

Mason, sin dejar de pasearse por el comedor, comentó:

—Maldita sea, Paul, hay muchas teclas que pulsar en este caso. Si un abogado quiere realmente representar a un cliente, tiene que hacer una terrorífica cantidad de indagaciones; y cuantas más hace, más se ve obligado a realizar.

—Dímelo a mí —convino Drake—. ¿Qué posibilidades ves en este caso, Perry?

—En el momento actual —repuso Mason— no tenemos la menor esperanza de que Adelle Hastings salga de esta vista preliminar. Podemos, en cambio, ganar el caso ante el jurado de un tribunal superior, porque no hay modo alguno de que la acusación pueda probar que alguien no alteró las pruebas; por otro lado, disponemos de toda la evidencia circunstancial del mundo de que así sucedió.

»La acusación no puede inculpar a Adelle Hastings a menos que demuestre que el arma que estaba en su bolso fue la del crimen. Que sepamos, hubo dos armas en este caso: una, la que Garvin Hastings adquirió hace algún tiempo; otra, la que compró poco después de su matrimonio con Adelle.

»Ahora bien: todo parece indicar que el arma a la que consideremos como la de Adelle —que fue la adquirida por Hastings en último lugar— fue la que él le dijo; y nos consta que el arma a la que consideraremos como la de Garvin Hastings fue la del crimen.

—Olvidas el hecho de que en el arma criminal se han encontrado las huellas digitales de la acusada —objetó Drake.

—No, lo tengo bien presente —repuso Mason—. Recuerda que la acusada estuvo casada con Garvin Hastings y vivió con él en la casa durante cierto período de tiempo. Garvin Hastings tenía esa arma. Probablemente la guardaba debajo de la almohada por la noche. Adelle pudo haber llevado esmalte para las uñas, o acetona para quitárselo, y tocado entonces el arma con su dedo medio. Pudo haber comido dulces y dejar por lo tanto su huella. La característica de la misma es su fijeza permanente en el arma. En otras palabras, que Adelle pudo haber dejado impresa su huella en el revólver en

cualquier momento.

Drake señaló:

—Es una bonita teoría, Perry, pero dudo que puedas probarla.

—No tendré que hacerlo —replicó Mason—. Todo cuanto habré de hacer será despertar una razonable duda en la mente de uno de los doce miembros del jurado.

Drake comentó, un tanto escépticamente:

—Es probable que seas el único hombre sobre la capa de la tierra que pueda lograrlo.

El camarero llegó con la comida. Mason dejó de pasearse por la estancia el tiempo suficiente para sentarse a la mesa y dar cuenta del frugal almuerzo que había pedido.

De repente, el abogado chasqueó los dedos.

—Creo que ya lo tengo, Paul —exclamó.

—¿El qué? —preguntó Drake.

—La respuesta que estamos buscando. Telefonea a tu oficina. Diles que vayan al aeropuerto de Las Vegas y vigilen a las personas que alquilaron automóviles sin chófer.

—¿Pero qué es lo que estás buscando? —inquirió Drake—. ¿Qué esperas encontrar?

—Estoy jugando con una teoría, Paul. Pero quizá pueda convencer a un jurado de que es buena.

—¿Crees poder demostrarles lo que realmente ocurrió?

Mason repuso:

—Puedo demostrarles lo que pudo haber ocurrido. Y la acusación no podrá probar que no ocurrió.

Capítulo 14

A las dos de la tarde, la sala del Tribunal del juez Fallon estaba repleta.

Paul Drake susurró a Perry Mason:

—Esta tarde ha venido Hamilton Burger para hacerse cargo del caso. Ya sabes lo que eso significa: que te preparan alguna sorpresa.

Mason se limitó a asentir en silencio.

Un agente femenino de policía condujo a Adelle Hastings a la sala.

Mason se volvió a ella y le dijo en voz baja:

—Adelle, hay un punto en este caso que me inquieta.

—¿Sólo uno? —preguntó Adelle.

—Bueno —contestó Mason, sonriente—, uno sobre todo. Cuando Simley Beason estaba en el estrado de los testigos, temía que la acusación fuera a hacerle determinada pregunta.

—Pobre Simley —exclamó la mujer—, quiere protegerme aun sabiendo que a las autoridades les gustaría detenerlo por perjurio, como cómplice del crimen o algo por el estilo.

—Está bien —dijo Mason—; ¿a qué hora abandonó usted la residencia de Hastings el lunes por la mañana?

—Temprano. Tal vez fueran las seis.

—¿Dónde pasó usted el día?

—Me temo que no podré hablarle de eso, señor Mason. Aunque sé que el cliente debe confiar plenamente en su abogado.

—Respóndame a esta pregunta —insistió Mason, mirándola fijamente a los ojos—. ¿Estuvo usted con Simley Beason?

Los ojos de Adelle la traicionaron.

—Yo...

Un alguacil pidió entonces:

—En pie.

Espectadores y abogados se levantaron.

El juez Fallon entró en la sala procedente de su despacho, permaneció erguido un momento ante su sitio, luego se sentó e hizo una indicación de cabeza.

—Siéntense —dijo.

El juez Fallon frunció el entrecejo con aire pensativo.

—Advierto la presencia en la sala del fiscal de distrito y su acomodo en la mesa de los letrados. ¿Va usted a participar en la acusación de este caso, señor fiscal, o está usted aquí en relación con otro asunto?

—Deseo intervenir en este caso —respondió Hamilton Burger.

—Muy bien, se hará constar así en acta —declaró el juez Fallon—. Proceda, señor Ellis.

Ellis se enfrascó en una breve y cuchicheante conferencia con Hamilton Burger y anunció después:

—Con la venia del Tribunal, aunque afirmé anteriormente haber finalizado mi interrogatorio con el señor Beason, anuncio ahora que quisiera formularle dos o tres preguntas más. Pido, pues, permiso al Tribunal para volver a llamar al testigo y someterle a un segundo interrogatorio.

—Permiso concedido —repuso el juez Fallon—. Vuelva al estrado, señor Beason. Y recuerde que sigue usted estando bajo juramento.

Beason se levantó, recorrió el pasillo, vaciló un instante, se irguió, cruzó la puertecilla de vaivén que daba acceso al recinto del Tribunal y subió al estrado de los testigos.

Hamilton Burger se encaró con él.

—Llamo su atención hacia la mañana del martes, día cinco del corriente mes. ¿Desayunó usted con la acusada?

—Sí.

—Llamo su atención hacia el lunes, día cuatro del corriente mes. ¿Desayunó usted también con la acusada esa mañana?

—Con la venia del Tribunal —interrumpió Mason—, creo que lo único que intenta el señor fiscal es desdorar a la acusada. La acusada había sido una esposa fiel, pero se le pidió que abandonara el lugar que ella consideraba su verdadero hogar para marchar a Las Vegas a fin de solicitar el divorcio, puesto que su esposo ya no la amaba. La acusada siguió esas instrucciones al pie de la letra, y

sin duda, todo lo que hiciera relativo al conocimiento de otros hombres, conversar con ellos o comer con ellos está plenamente justificado. El único propósito de este interrogatorio es desacreditar públicamente a la acusada.

—Guarda relación con el caso —alegó Hamilton Burger.

—Se desestima la protesta —anunció el juez Fallon—. Quiero hacer constar que probablemente la hubiera admitido si se hubiera tratado de cualquier otra comida, pero el desayuno no es desde luego el resultado de un encuentro casual. Proceda.

Burger se volvió al testigo.

—Conteste a la pregunta —dijo.

—Sí —respondió Beason.

—Señor Beason, ¿estuvo usted durante todo el día cuatro de este mes, lunes, en la oficina donde trabaja?

—No, señor.

—¿Dónde estuvo?

—Protesto. Esa pregunta es inadmisibile, irrelevante e impertinente —objetó Mason.

El juez Fallon vaciló un momento y explicó:

—Se admite la protesta esta vez. Creo que la acusación trata de relacionar todos los hechos, pero no puede emplear una pieza probatoria de fuente extraña para relacionar otra de la misma índole.

—Con la venia del Tribunal —señaló Hamilton Burger—, si pudiéramos tener tan sólo un poco de libertad de acción en el presente caso, podríamos relacionar una cosa con otra.

El juez Fallon advirtió:

—La expresión «un poco de libertad de acción», señor acusador público, indica que quiere usted olvidar por un momento las normas procesales; y este Tribunal tiene el deber de velar por los derechos de la acusada. Se admite la protesta de la defensa.

—Señor Beason, ¿estaba usted en compañía de la acusada el lunes, día cuatro de este mes? —preguntó Hamilton Burger.

—Con la venia del Tribunal, elevo la misma protesta —intervino Mason.

—Se desestima. El testigo deberá contestar a la pregunta.

Beason miró a Adelle y después apartó bruscamente sus ojos de ella.

—Sí —dijo al fin. Y añadió—: Durante parte de la jornada.

Hamilton Burger indicó:

—Está bien; puesto que al parecer es imposible relacionar los hechos más que con preguntas capciosas, le formularé ésta: ¿No es cierto que el domingo, día tres de los corrientes, usted y la acusada viajaron en automóvil hasta Ventura, donde usted inspeccionó una propiedad que la acusada pensaba comprar y sobre la que quería su opinión?

»Conteste simplemente sí o no.

Beason se removió inquieto en su asiento y respondió:

—Sí.

—¿No le dijo entonces la acusada, en presencia de un corredor de fincas, que el precio de la propiedad era mayor de lo que ella podía pagar, que no podía desembolsar por el momento semejante cantidad?

—Sí.

—Luego, al día siguiente, lunes, día cuatro, ¿no le pidió la acusada que desayunaran juntos a primerísima hora de la mañana? ¿No le dijo entonces que las cosas habían cambiado de tal modo que ya podía comprar la propiedad de Ventura y que pensaba ir a cerrar el trato?

—Bueno... sí.

—¿Le dijo la acusada lo que había ocurrido entre la noche del domingo, día tres, y primera hora de la mañana del lunes, cuatro, que tan rápidamente cambió su posición económica como para que pudiera cerrar el trato sobre la propiedad en cuestión?

»¿No le dijo que Garvin Hastings estaba muerto y que esperaba ser rica?

—No. Me dijo que había llegado a un acuerdo con él que le permitiría realizar la compra.

—¿No desayunó usted con la acusada la mañana del martes, día cinco, a hora bien temprana por cierto —antes de las seis—, desayuno en el que la acusada le pidió que sustrajera usted el arma del crimen del despacho del señor Mason?

—No.

—¿Desayunó usted con ella la mañana del martes, cinco, sí o no?

—Sí. Pero quiero explicar mi respuesta aclarando que tengo

costumbre de desayunar a las cinco y media de la mañana en un determinado restaurante. Soy un hombre madrugador y la acusada lo sabía.

—¿Cómo lo sabía?

—Se lo dije en más de una ocasión.

—¿Discutía usted sus hábitos gastronómicos y durmientes con la acusada?

—Le dije en más de una ocasión que yo tenía por costumbre desayunar alrededor de las cinco y media de la mañana.

—Eso es todo —concluyó Hamilton Burger, sentándose con una sonrisa triunfal.

—La defensa rehúsa contrainterrogar al testigo —anunció Mason.

El apesadumbrado Simley Beason abandonó el estrado de los testigos.

Hamilton Burger, que se había hecho plenamente cargo del caso, anunció:

—Llamo ahora a declarar a Huntley L. Banner.

El interpelado se adelantó y prestó juramento.

—¿Se llama usted Huntley L. Banner y es abogado debidamente autorizado para ejercer su profesión en este Estado? —preguntó Hamilton Burger.

—Sí, señor.

—¿En vida de Garvin S. Hastings, fue usted su abogado?

—Para ser exactos, durante la última parte de su vida.

—¿Preparó usted un testamento para Garvin Hastings?

—Sí.

—¿Ese testamento fue firmado?

—Exactamente.

—¿Preparó otro para Hastings?

—Sí.

—¿Fue firmado?

—No.

—Llamo su atención al testamento que fue firmado —prosiguió Hamilton Burger—. Vea esta copia, que aparece firmada por Garvin S. Hastings en realidad de testador, y por usted y una tal Elvina Mitchell como testigos, y con arreglo a cuyo original todos los bienes se legan a Minerva Shelton Hastings. ¿Es éste el testamento

al que usted se refería como firmado?

—En efecto.

—¿Quiere ser tan amable de explicar al Tribunal las circunstancias en las que el referido testamento fue firmado?

—El señor Hastings vino a mi despacho. Con anterioridad me había dado instrucciones para que le redactara el testamento. Yo lo tenía ya preparado, se lo entregué, lo leyó, lo firmó en presencia de Elvina Mitchell y de mí mismo y declaró que era su última voluntad y testamento nos pidió que consignáramos nuestros nombres en calidad de testigos y así lo hicimos, en su presencia y recíprocamente.

—Bien. ¿Qué me dice de ese otro testamento que no fue firmado? —inquirió Hamilton Burger.

—Garvin Hastings tenía intención de hacer otro testamento, por el que dejaría la mayor parte de sus bienes a la acusada, Adelle Hastings; pero las diferencias entre ellos se produjeron antes de que llegara a firmarse.

»Debo declarar que redacté dos o tres testamentos provisionales, que hubo cierta discusión en lo referente a qué bienes exactamente quería dejarle Garvin Hastings. Su deseo era también legar algo a los empleados de confianza de su negocio, hombres que habían permanecido a su lado durante años.

»Mientras estaba pendiente este asunto, Garvin Hastings decidió que su matrimonio no discurría por los cauces que había imaginado. Y sugirió a su esposa, la acusada de este caso, que se trasladase a Las Vegas, fijara allí su residencia y pidiera el divorcio. Que yo sepa, fue una separación total y completamente amistosa.

»No obstante, fue necesario negociar una asignación de bienes en relación con esa demanda de divorcio y se estipuló un acuerdo por el que Hastings pagaría a Adelle Hastings una suma de dinero durante un período de diez años y le dejaría otra cantidad en su testamento. Debido a que esas sumas eran el objeto de la negociación, Hastings me pidió posponer el redactado definitivo del mismo.

—¿Era ése el estado de cosas en el momento de su asesinato? —preguntó Hamilton Burger.

—Sí.

El fiscal indicó:

—Ésta es una copia certificada del testamento. ¿Dónde está el original?

—El original ha sido presentado al departamento testamentario correspondiente para que sea aprobada su autenticidad. Minerva Shelton Hastings, la albacea de este testamento, así lo quiere y yo la represento como abogado.

Hamilton Burger anunció:

—Con la venia del Tribunal, presento esta copia certificada como prueba.

—¿Tiene usted alguna objeción que hacer, señor Mason? —quiso saber el juez Fallon.

—No lo sé, señoría. Quisiera contrainterrogar al testigo antes de convenir en que se admita como prueba ese testamento.

—Muy bien, hágalo.

—¿Elvina Mitchell es su secretaria? —inquirió Mason a Banner.

—Sí, señor.

—¿Está en la sala?

—No.

—¿No? —exclamó Mason, un tanto sorprendido—. Firmó como testigo del testamento. ¿Entiende usted que no haya venido a declarar?

—No ha recibido ninguna citación judicial.

—En ese caso —alegó Mason— y como parte de mi interrogatorio, quiero que se curse una citación de comparecencia a nombre de Elvina Mitchell. Necesito su testimonio.

—No hay duda —terció Hamilton Burger— que este testamento, en vista de la declaración del testigo, está lo suficientemente autenticado como para permitirme presentarlo como prueba. Si la defensa desea protestar en razón a que es inadmisibles, irrelevante e impertinente, es muy libre de hacerlo. Pero en lo concerniente a la autenticidad de este documento, ésta ha sido establecida.

»El Tribunal ha declarado que las cuestiones testamentarias no deben ventilarse aquí. Yo he demostrado que este testamento está debidamente autenticado.

Mason replicó:

—Tengo pleno derecho a pedir ese documento para examinarlo a mi antojo. Con la venia del Tribunal, opino que es un documento poco corriente. Un testamento hecho en favor de una esposa que

aseguró al testador haberse divorciado de él.

—Eso no ha sido probado —alegó Hamilton Burger— y el testamento que nos ocupa fue firmado antes de que se hablara para nada de divorcio.

—Yo lo probaré —afirmó Mason— antes que permitir que sea presentado como prueba.

El juez Fallon miró a Hamilton Burger.

—Nos hallamos ante una situación singular —comentó—. Al parecer tenemos un testamento hecho con anterioridad al matrimonio del testador con la acusada, que alega todos los bienes a una esposa precedente que presumiblemente se había divorciado. ¿Puede usted explicar todo esto, señor Burger?

—Creo que sí, señoría —respondió el fiscal—. La mujer no se había divorciado entonces. Nunca lo ha estado. Pero no me parece que tengamos que entrar en esto ahora.

—Bien —declaró el juez Fallon—, si el documento va a ser presentado como prueba en este caso y la acusada quiere revelar hechos que guardan relación con el mismo antes de que se produzca esa representación, no tengo ningún inconveniente en dejar que la defensa siga adelante.

»Este Tribunal suspende la vista durante treinta minutos, lo que permitirá a la defensa tener la oportunidad de citar a Elvina Mitchell. Se suspende la vista, por lo tanto, durante treinta minutos.

—Mi secretaria no puede abandonar ahora la oficina —alegó Banner—. Tengo allí algunos asuntos muy importantes y no podemos dejar desatendida la oficina.

—Usted ha finalizado ya su testimonio —dijo el juez Fallon—. Puede volver a ella. El asunto pendiente ante este Tribunal es muy trascendente y existe sin duda algo bastante peculiar en la firma del testamento en cuestión; así que este Tribunal dará a la defensa toda clase de oportunidades para indagar las circunstancias en las que fue llevado a cabo.

—Con la venia del Tribunal, la defensa sólo puede indagar lo relativo a la firma del testamento, no las circunstancias que la rodearon.

—Discutiremos ese punto en el momento oportuno —replicó el juez Fallon—. Este Tribunal suspende la vista durante treinta minutos, y la defensa tendrá así oportunidad de cursar una citación

a Elvina Mitchell para que se persone en la sala. Si no comparece en ese tiempo, el Tribunal volverá a aplazar la vista hasta que la testigo se halle aquí.

El juez Fallon se levantó y abandonó su sitio.

Banner corrió a reunirse con Hamilton Burger para sostener con él una conferencia en voz baja.

Mason se volvió a Della Street y le dijo:

—Tengo una idea.

—¿Cuál es? —preguntó la muchacha.

—Telefona a la oficina —ordenó Mason—. Dile a Gertie que coja un taxi y venga inmediatamente. Pero no quiero que se siente entre el público, sino que se dirija directamente a la tribuna del jurado. Que venga con una de las taquígrafas de la oficina. Que se sienten las dos allí.

—¿Lo permitirá el juez Fallon? —preguntó Della.

—Sí —repuso Mason—. Le pediré permiso en su despacho.

Paul Drake se acercó entonces a ellos.

—Perry, ¿hay alguna razón para que Adelle Hastings tomara un avión hacia Las Vegas la tarde del lunes en cuestión?

Mason frunció el ceño y respondió:

—No lo sé, Paul. Por lo que ella me dijo, supuse que se fue a Las Vegas en su coche. Pero por lo visto no emprendió el viaje hasta después de haber ido a Ventura para cerrar el trato sobre esa propiedad que pensaba comprar con el consejo y la ayuda de Simley Beason.

»Esa propiedad era probablemente una verdadera obsesión para Adelle. Por eso llevaba tanto dinero en el bolso. Quería hacer un pago inicial que comprometiese el trato. ¿Por qué lo preguntas, Paul?

Drake contestó:

—He descubierto una de las cosas que la acusación se sacará de la manga. Ese control de que me hablaste por parte de la Cámara de Comercio de Las Vegas era cierto. Querían averiguar el número de aviones de alquiler que llegaba en un solo día, el de pasajeros que transportaban y lo importante que era el servicio.

—Continúa.

Drake anunció:

—Han citado a un testigo, un piloto de vuelos de aviones de

alquiler llamado Arthur Cole Caldwell. Hace un servicio regular y despegó de Los Ángeles a las cinco y media de la tarde del lunes con una mujer que había telefonado antes para que le reservaran un avión. Quería ir a Las Vegas y que el aparato estuviera preparado para salir en cuanto ella llegara. Telefonó a las dos de la tarde y pidió encarecidamente poder disponer de ese avión.

—Si tanta prisa tenía —preguntó Mason—, ¿por qué no partió antes?

—La teoría de la acusación —explicó Drake— es que Adelle estuvo en tu oficina y luego fue a entrevistarse con Simley Beason, conviniendo con él la sustracción del arma que había en el bolso que la muchacha se dejó olvidado; que Adelle no tuvo tiempo de regresar a Las Vegas en su coche y volvió, pues, a Los Ángeles para alquilar un avión.

—¿Puede Caldwell identificarla? —inquirió Mason.

—Al parecer, sí; aunque la mujer que alquiló el avión llevaba gafas oscuras y el piloto admite que no pudo verla muy bien. Sin embargo, Caldwell dice que su pasajera cogió un taxi en el aeropuerto de Las Vegas, fue al centro de la ciudad, estuvo allí aproximadamente una hora, regresó luego al avión y se dirigió a Los Ángeles.

Mason entornó los ojos con aire pensativo.

—Della y yo tomamos un avión tan sólo algo más tarde, Paul. Un bimotor.

—Éste también lo era.

—No pudimos haber estado muy lejos de ese aparato.

—El tiempo suficiente para que tu cliente entrara, bebiera una copa, se desvistiera y tomara un baño —comentó Drake.

Mason señaló:

—Mi idea era que alguien voló hasta allí para coger el arma de Adelle y poder sustituirla por la del crimen y...

—Exactamente —interrumpió Drake—. Ésa es la teoría de la acusación. Sólo que cree que Adelle mató a Hastings con la propia arma de la víctima, que después pensó volar hacia Las Vegas, coger su arma, sustituirla en su bolso por la del crimen y hacer desaparecer ésta donde nadie pudiera encontrarla.

»Opinan, no obstante, que Adelle quiso llevar a cabo todo esto tan de prisa que se olvidó el bolso en tu oficina y tú descubriste la

que era verdadera arma del crimen. Por lo que la única esperanza de Adelle fue sacar el arma de su apartamento y hacer que Simley Beason fuera por la mañana temprano a tu oficina para efectuar el cambio.

Mason escuchó atentamente esta información y luego preguntó:

—¿Cómo hizo Caldwell la identificación?

—Por una fotografía —respondió Drake—. Pusieron gafas oscuras a una fotografía de Adelle y Caldwell dijo que se parecía a la persona que había volado a las Vegas. También le dejaron atisbar en el interior del cuarto de los reos para que examinara a Adelle. Ya sabes cómo lleva estas cosas la policía, Perry.

—¿Qué más has descubierto, Paul? —quiso saber Mason.

—Algo referente a esa dirección de Carson City —repuso Drake—. Helen Drexel, la hija de Harley Drexel, es amiga de Connelly Maynard. Su padre se construyó una casita en la parte trasera de la finca. No era el tipo de casa para alquilar a residentes permanentes, pero sí un sitio ideal para quienes iban a fijar una residencia de seis meses con objeto de poder entablar una demanda de divorcio.

»Así que, como es lógico, Maynard habló de ello con su amigueta, Elvina Mitchell, y ésta se las arregló para buscar inquilinos y mantener así el lugar siempre ocupado.

Mason entornó los ojos.

—Luego, si Minerva Hastings fue allí a fijar su residencia con objeto de obtener el divorcio, debía ser ya amiga de Banner.

—O sea, de su secretaria —razonó Drake.

—Luego Banner representaba a Minerva en muchas cosas y fue responsable de que la situación llegara al extremo de que Hastings se considerara divorciado y contrajera un matrimonio bígamo, dado que seguía estando legalmente casado.

Drake asintió con la cabeza y explicó:

—Helen Drexel y Elvina Mitchell son amigas. El lunes en cuestión Helen vino a Los Ángeles en el coche familiar para hacer algunas compras. Puesto que suele venir a visitar a Elvina y tomar café con ella cuando está en la ciudad, y puesto que el aparcamiento de aquí cerca era el más céntrico —en relación al barrio comercial, por un lado, y a la oficina de Banner por el otro— dejó ahí su coche mientras hacía sus compras. No tiene nada que ver con el asesinato, pero es un hecho interesante de todos modos y

guarda cierta relación con él.

—Desde luego que sí —afirmó Mason—. Gracias por la información, Paul. Recapacitaré sobre ella y veré si puedo sacar algo en claro.

Capítulo 15

Cuando el juez Fallon subió a su sitio después de los treinta minutos de suspensión de la vista, Hamilton Burger anunció:

—Con la venia del Tribunal, la acusación quiere llamar a declarar a un testigo que identificará a la acusada como la persona que vio en determinado lugar. Entonces la acusada llevaba gafas oscuras.

»A fin de ser justos tanto para con el testigo como para con la acusada, es necesario que cuando ese testigo vea a Adelle Hastings por primera vez en esta sala, la encartada lleve gafas oscuras. Pido, pues, al Tribunal que ordene a la acusada que se las ponga durante esta sesión de la vista y que permanezca con ellas.

El juez Fallon sacudió la cabeza.

—Dudo que sea la suya una petición justa —alegó—. La identificación personal es un punto que se presta a la comisión de muchos errores. Obligar a la procesada a ponerse gafas oscuras sería como pedir a un sospechoso de atraco que se colocara un antifaz para que los testigos pudieran identificarlo.

—Con la venia del Tribunal —insistió Hamilton Burger— son muchos los factores que permiten una identificación: la voz, el porte, la forma de la cabeza y el modo de caminar. Opino que mi petición es razonable.

El juez Fallon hizo intención de negar con la cabeza, pero se detuvo al mirar a Mason.

Éste dijo:

—La defensa acepta la solicitud de que la acusada se ponga gafas oscuras, con la venia del Tribunal, siempre que se pida también a todos los testigos que se las pongan y permanezcan con ellas al tiempo de efectuar la identificación.

El rostro de Burger se encendió con expresión de triunfo.

—¿Así pues, acepta la defensa la petición?

—En efecto.

—Perfectamente —dijo Burger.

El juez Fallon no pareció estar muy convencido.

—Creo que la defensa va a poner a su cliente en una situación peligrosa. Este Tribunal ha visto suficientes identificaciones de testigos presenciales para saber que, en su mayor parte, este tipo de testimonios es falible. Argumentos de esta clase pueden empeorar más las cosas.

—La defensa los acepta, señoría —contestó Mason, acompañando sus palabras con un movimiento de su mano—. Que todos los testigos se pongan gafas oscuras.

—Muy bien —admitió el juez Fallon—. Se advierte a todos los testigos de este caso que, caso de tener gafas oscuras consigo, se las pongan. Si no las llevan, pueden abandonar la sala temporalmente.

»Llame a su testigo, señor Burger.

Mason se volvió a la acusada.

—Póngase las gafas oscuras, Adelle —pidió.

Hamilton Burger se arrellanó en su asiento con una sonrisa.

Uno de los oficiales de la Audiencia le susurró algo al oído y el fiscal anunció:

—Con la venia del Tribunal, la señorita Mitchell se retrasará unos minutos. A fin de no perder tiempo, solicito llamar al estrado al testigo al que me referí.

—La defensa no tiene inconveniente —señaló Mason— en el bien entendido, sin embargo, de que tan pronto Elvina Mitchell haga su aparición en la sala sea llamada a declarar, ocupando inmediatamente el puesto del testigo requerido ahora por el señor fiscal.

—Convenido —confirmó Burger—. Que comparezca Arthur Cole Caldwell.

Caldwell, un sujeto fornido y esbelto de unos treinta y cinco o treinta y seis años, subió al estrado de los testigos.

—¿Se llama usted Arthur Cole Caldwell, es piloto de aviación y presta un servicio de vuelos de fletamento aquí, en Los Ángeles?

—Sí, señor.

—¿El lunes, día cuatro de los corrientes, llevó usted en su aparato a una joven que contrató sus servicios para trasladarse a Las

Vegas?

—Sí, la llevé a Las Vegas y regresamos luego a Los Ángeles.

—¿Cuánto tiempo permaneció su pasajera en Las Vegas?

—Poco más de una hora.

—¿Cuándo partieron ustedes de aquí?

—Despegamos del aeropuerto a las cinco y media. El vuelo había sido concertado por teléfono con anterioridad aquel mismo día y mi avión estaba listo para salir cuando ella llegó.

—¿Advirtió usted algo especial en el aspecto de la persona que contrató su avión?

—Sí, señor.

—¿El qué?

—Pese a que gran parte del viaje transcurrió sin apenas luz diurna, insistió en llevar gafas oscuras mientras permaneció en el aparato.

Burger pidió:

—Quiero que pasee usted su mirada por la sala y me diga si ve la misma persona que alquiló su avión.

—Con la venia del Tribunal —intervino Mason, levantándose— protesto por el modo en que se lleva a cabo la identificación. Una identificación requiere una fila compuesta por varias personas de similar apariencia.

El juez Fallon alegó:

—Ése es, desde luego, el mejor modo de realizar una identificación. Sin embargo, eso afecta a la preponderancia de la prueba, no a su admisibilidad. Creo que la solicitud de la acusación es perfectamente admisible. Si la acusación desea que se lleve a término de esa manera la identificación de su testigo, sepa que se ha desestimado la protesta de la defensa.

La puerta de la sala se abrió entonces y Elvina Mitchell entró apresuradamente en la misma.

—Con la venia del Tribunal —indicó Mason—. Elvina Mitchell acaba de penetrar en la sala y pido permiso para llamarla inmediatamente al estrado, según lo convenido con la acusación.

—Muy bien —contestó Hamilton Burger—. Me atengo a lo acordado.

Burger esperó a que Elvina Mitchell prestara juramento y se sentase en el estrado.

Luego dijo:

—¿Se llama usted Elvina Mitchell y está empleada como secretaria de Huntley L. Banner, abogado de esta ciudad?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo hace que tiene usted ese empleo?

—Unos siete años.

Burger, llevando consigo la fotocopia del testamento, se acercó al testigo.

—He aquí la fotocopia de un documento que pretende ser la última voluntad y testamento firmado por Garvin Hastings, y que aparece firmado asimismo por usted y el señor Banner en calidad de testigos. ¿Reconoce usted este documento y su firma estampada en él?

—Sí, señor. Ambas cosas.

—¿Estaban ustedes tres presentes cuando fue firmado este documento?

—Sí, señor.

—¿Y firmó usted como testigo?

—Sí, señor.

—Contrainterrogue —espetó Burger a Mason.

Éste empezó:

—Tengo aquí, señorita Mitchell, unas gafas oscuras. ¿Quiere ser usted tan amable de ponérselas?

Elvina se envaró.

—¿Por qué?

—Porque —explicó Mason— como podrá advertir, todos los testigos han de llevar gafas oscuras, de acuerdo con un pacto hecho con la acusación, según el cual puede requerirse a cualquier testigo a que se las ponga.

—Yo no me considero incluida en pacto alguno y no pienso ponerme esas gafas oscuras.

—Vamos, vamos —terció el juez Fallon—. No veo ciertamente la razón de esto... o, mejor dicho, no la vi cuando se concertó el pacto en cuestión, pero se trata de una situación especial, señorita. No creo que se siga ningún perjuicio para usted por el hecho de que se ponga las gafas oscuras.

Hamilton Burger intervino entonces:

—Oh, estoy completamente seguro de que la testigo quiere

ponérselas. Aunque es evidente que el señor Mason trata de confundir al testigo que acaba de abandonar el estrado y...

—Sobran sus comentarios, señor acusador —cortó el juez Fallon—. Ordeno a la testigo que se ponga las gafas.

Elvina Mitchell se las colocó con gesto desafiante y se volvió a mirar al juez Fallon.

—Estupendo —dijo Mason—. ¿Quiere usted ahora mirarme?

La testigo así lo hizo.

—¿Está segura de que es éste el testamento del que fue usted testigo? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Le importa permanecer con las gafas puestas mientras se la interroga? —indicó Mason.

—Me importa que se me ordene llevarlas —respondió coléricamente Elvina—. No soy un perro para que se me mande de ese modo.

—Pues quíteselas y entrégueselas a mi recepcionista —arguyó Mason, volviendo la espalda a la testigo y regresando a su mesa.

Elvina Mitchell se quitó furiosamente las gafas, dio sin vacilar los dos pasos necesarios para llegar a la tribuna del jurado, entregó las gafas a Gertie y corrió hacia el fondo de la sala, donde permaneció de pie unos momentos junto a la puerta.

—Que el señor Caldwell regrese al estrado —anunció Hamilton Burger.

El aviador así lo hizo.

—Con la venia del Tribunal, el señor Mason protestó mi pregunta anterior a este testigo y su protesta fue desestimada, así que ahora...

—Oh, retiro la protesta —interrumpió Mason—. Está bien claro el propósito del señor fiscal. No creo que sea justo su modo de llevar a cabo una identificación, pero que conteste el testigo.

Caldwell dijo, como quien escoge cuidadosamente sus palabras:

—La persona que se sienta en el banquillo junto al señor Mason, la acusada en este caso, tiene un gran parecido a la que alquiló mi avión.

—Puede usted contrainterrogar —invitó Hamilton Burger a Mason.

—¿Pero se trata de la misma persona? —preguntó éste—.

¿Puede usted jurar que esta persona es la que contrató sus servicios, o fue en cambio la mujer que ha visto usted hace un momento en el estrado de los testigos?

Caldwell se frotó el extremo de su barbilla con aire pensativo y exclamó:

—No estoy absolutamente seguro.

Mason dijo:

—Ah, un momento. Quisiera hacer una pregunta más a la señorita Mitchell. ¿Tiene la bondad el señor alguacil de ir a buscarla y rogarle que venga? No puede haber ido muy lejos.

El juez Fallon miró fijamente a Mason y ordenó:

—Señor alguacil, ¿quiere usted decirle a la señorita Mitchell que suba de nuevo al estrado?

El alguacil salió al punto de la sala.

Mason habló con Adelle Hastings en voz baja y se volvió luego al testigo.

—¿Su pasajero llevó todo el tiempo gafas oscuras?

—Sí, señor.

—¿Tanto a la ida como a la vuelta?

—Sí, señor, todo el tiempo.

—¿Así que no pudo usted nunca verle los ojos?

—No, señor.

—¿Vio usted hace unos instantes en el estrado a la joven que es la secretaria del señor Banner?

—Sí, señor.

—¿La vio con gafas oscuras, no es eso?

—Sí, señor.

—¿Se parecía a su pasajera?

El testigo vaciló y respondió:

—A decir verdad, me he dado cuenta al verla de lo difícil que resulta identificar a una mujer que lleve gafas oscuras. Se parecía mucho a mi pasajera. Sí, creo que sería difícil identificar a cualquier muchacha de complexión similar que llevase gafas oscuras.

»He advertido también que la voz de la señorita Mitchell era muy parecida... ¿Podría oír la de la acusada? Quizás eso me ayudara a decidirme.

—¿Luego ahora no está decidido?

El testigo vaciló y contestó al fin:

—Casi lo estaba. Se me dio anteriormente la ocasión de identificar a la acusada cuando no llevaba las gafas. Dije entonces que si podía verla con ellas, creía ser capaz de identificarla con seguridad.

»Cuando la vi con las gafas, creí reconocerla, pero luego vi a la señorita Mitchell con ellas y, sobre todo al oír su voz... Bueno, era exacta a la de la persona a quien llevé a Las Vegas en mi avión... No estoy completamente seguro.

El alguacil apareció entonces por la puerta de la sala y anunció:

—No la he encontrado, señoría. Al verme, empezó a correr escalera abajo y se confundió entre un grupo de personas que había en Secretaría. La perdí.

—¿Qué la perdió? —preguntó el juez Fallon—. ¿No fue usted capaz de distinguirla entre un grupo de personas?

—La distinguí, desde luego, pero no pude darle alcance. Corría a todo correr. Es más joven que yo —se disculpó el alguacil—. Traté de que alguien la detuviera, pero logró escabullirse.

—Creo —anunció el juez Fallon— que aplazaremos la sesión hasta mañana a las diez de la mañana. Mientras tanto, me gustaría muchísimo llegar al fondo de todo esto.

»Quisiera que los dos letrados oponentes se reuniesen conmigo en mi despacho inmediatamente después de la suspensión de la vista.

Capítulo 16

El juez Fallon se quitó la toga, la colgó en una percha de su ropero, se volvió a Hamilton Burger y preguntó:

—¿Qué explicación da usted a todo esto, señor Burger?

Burger, con rabia contenida, respondió:

—Se trata de simple aturdimiento, señoría. La testigo, Elvina Mitchell, sufre de miedo al público y no quería aparecer ante una sala repleta. El señor Mason se aprovechó de ello para aterrorizarla hasta el punto de hacerla huir, y ahora se servirá de esta circunstancia para crear en torno de ella una publicidad favorable a su cliente.

El juez se volvió a Mason.

—¿Ha elaborado usted su tesis sobre el caso?

—Sí.

—Bien, siéntense los dos —invitó Fallon—. Veamos, Mason, qué tesis es ésta.

Mason empezó:

—Garvin Hastings fue asesinado mientras dormía.

El juez Fallon asintió en silencio.

Mason prosiguió:

—Parto de la base de que mi cliente es inocente.

—Una base que no comparto —terció Hamilton Burger.

—Continúe —pidió el juez a Mason.

—Si mi cliente es inocente, Garvin Hastings no pudo haber sido asesinado por la noche, o de lo contrario Adelle hubiera oído los disparos. Debió de haberlo sido después de que Adelle se marchó por la mañana para ir a desayunar con Simley Beason.

»Eso significa que la muerte se produjo probablemente entre las seis y las ocho de la mañana.

»El bolso de mujer que contenía el arma del crimen fue dejado

en mi oficina durante la hora del almuerzo. La persona que alquiló el avión para volar a Las Vegas lo hizo por teléfono y despegó del aeropuerto a las cinco y media de la tarde del lunes.

»Banner cierra su oficina a las cuatro y media. Muchas oficinas jurídicas cierran a esa hora.

»Por lo tanto, tenemos períodos de actuación: antes de que las oficinas abran por la mañana, durante la hora del almuerzo y después de que las oficinas cierran por la tarde. Lo que indica la actuación de una persona que estaba empleada en una oficina cualquiera y que no se atrevía a ausentarse de ella.

»Había dos armas. Garvin Hastings tenía una. Adelle Hastings, la otra. Adelle Hastings no miró nunca la numeración de la suya, pero lo más natural es suponer que Garvin le dio la nueva. El asesinato fue perpetrado con la vieja, y ese arma era la que estaba en el bolso de Adelle. Lo que significa que alguien tuvo que ir a su apartamento y coger el arma de Adelle antes que las autoridades fueran allí para inspeccionar el lugar.

»El bolso de Adelle le fue robado después de que ella marchara a Los Ángeles, fuese a Ventura y luego, en su camino para reunirse con su marido, entrar en un establecimiento para comprar cigarrillos. El ladrón era alguien que conocía su costumbre de llevar gafas oscuras y que quería sustraerle las llaves de su apartamento.

—¿Pero por qué esa persona no voló a Las Vegas la noche de aquel domingo, utilizó las llaves para entrar en el apartamento y se apoderó entonces del arma de Adelle? —preguntó el juez Fallon.

—Porque —repuso Mason— esa persona no estaba segura, no sabía aún si el crimen iba a cometerse según lo planeado. Esa persona no podía estar segura de que Adelle Hastings fuese a subir y después salir para acudir a desayunar con Simley Beason. Esa persona creía que Adelle lo haría, pero no podía estar completamente segura.

»Esa persona robó el bolso de Adelle, sacó duplicados de las llaves que había en el mismo y esperó —estamos en la noche del domingo— a que Adelle abandonara la casa por la mañana temprano, dejando a Garvin Hastings durmiendo aún. Luego, esa persona se deslizó silenciosa y cautelosamente en la habitación y se aseguró de que Garvin Hastings estaba muerto disparando dos veces al cráneo del durmiente.

»Después, esa persona metió el arma del crimen en el bolso de Adelle Hastings y planeó dejar el bolso en mi oficina en tales circunstancias que la recepcionista juraría que era la acusada quien lo había llevado a la misma.

—Entonces, ¿por qué esa persona no lo hizo antes del mediodía? —inquirió el juez Fallon.

—Porque le fue materialmente imposible —replicó Mason—. Ésa es una de las claves del caso.

—¿Por qué? —quiso saber el juez Fallon.

Mason señaló:

—Consideremos los requisitos del asesino. Tuvo que ser alguien que conociera el negocio, las costumbres de la casa y que estuviera empleado.

—¿Correspondientes a los tres períodos posibles de actuación que ha mencionado antes, no es cierto? —preguntó Fallon.

—Exacto —contestó Mason.

—Oh, señorita —terció Hamilton Burger—. Ésa es sólo otra de las fantásticas disquisiciones del señor Mason.

El juez objetó:

—Un momento, señor Burger. Escucharé su versión del caso dentro de unos instantes, pero me interesa mucho esto ahora. Quiero escuchar la tesis del señor Mason.

Éste prosiguió:

—Por el modo en que el bolso fue dejado en mi oficina, el cómplice tuvo que ser una mujer, aunque el asesino pudo haber sido un hombre.

»Eso reduce a una de estas tres personas la lista de cómplices: Elvina Mitchell, secretaria de Banner; Minerva Hastings y Rosalie Blackburn, secretaria de Beason.

»Debo confesar que consideré a cada una de estas mujeres por separado y que me incliné a sospechar de Rosalie Blackburn; pero luego Huntley Banner me dijo que enviaría algunos documentos a mi oficina por mediación de su secretaria. Elvina rehusó hacer el viaje. Me pregunté entonces la razón de su negativa, pero con franqueza debo admitir que no di tampoco demasiada importancia a la cosa.

»Más tarde, cuando Banner subió al estrado para consignar la autenticidad del testamento —en lugar de enviar a su secretaria—

empecé a sospechar. ¿Temía tal vez Elvina que le viera Gertie, mi recepcionista?

»Así que hice que Gertie se sentara en la tribuna del jurado, al lado de otra joven. Después, cuando Elvina Mitchell se enfureció y perdió la serenidad, le pedí que entregara las gafas a mi recepcionista, di media vuelta y me alejé.

»La señorita Mitchell entregó las gafas a Gertie. Y he aquí la cuestión: *¿Cómo sabía quién era mi recepcionista si no había estado en mi oficina?*

—De acuerdo —indicó el juez Fallon—, suponiendo que Elvina Mitchell esté mezclada en esto, ¿cómo sabe usted que Huntley Banner no fue el cerebro que lo planeó todo?

—Porque de haberlo sido —repuso Mason— no hubiera habido necesidad de que Elvina corriera tantos riesgos y apuros a fin de estar en su oficina el lunes. Pudo haber volado a Las Vegas inmediatamente después de dejar el bolso en la mía.

—¿Y en cuanto al móvil? —preguntó el juez Fallon.

—El móvil —contestó Mason— no es tan evidente como la identidad de la conspiradora. No voy a aventurar ahora ninguna conjetura. Pero una vez tengamos a la señorita Mitchell, creo que descubriremos el móvil... Un móvil que quizá sea bastante complicado.

»Me gustaría que la policía llevase a cabo una indagación a fondo. Opino que, sometida a interrogatorio, Elvina Mitchell lo confesará todo.

El juez Fallon miró a Hamilton Burger.

El fiscal de distrito negó con la cabeza.

—Sigo diciendo que esto no es más que una fantasía muy ingeniosa para desviar las sospechas de la persona de la acusada.

»Perry Mason es perfectamente capaz de sacar a relucir todos aquellos factores que puedan favorecer a su cliente... Y, a decir verdad, lo ha hecho hartamente dramáticamente en el caso que nos ocupa. Su argumentación es tan falaz como melodramática.

»Se las arregló muy bien para que el alguacil saliera corriendo detrás de Elvina Mitchell de un modo que estuvo en un tris de causar a la pobre muchacha un susto de muerte. Aun sin haber hecho nada, de la forma en que Mason puso las cosas no había más remedio que echar a correr.

El juez Fallon objetó:

—No estoy de acuerdo. Quiero que se detenga a Elvina Mitchell. No creo que resulte difícil dar con ella. La policía puede vigilar su apartamento, su oficina, descubrir dónde acostumbra a aparcar su coche... y localizarla. Cuando esto ocurra, quiero que se la traiga a mi presencia; y salvo que el señor fiscal vaya a interrogar a Minerva Hastings, daré instrucciones al teniente Tragg para que se ocupe personalmente de este asunto.

—Oh, muy bien —comentó Hamilton Burger con hastío—. Todo me parece una absurda fantasía, pero si Mason le ha convencido, señoría, lo hará también con los periodistas, así que tendré que estudiar la tesis de la defensa sobre el caso.

—Hágalo, por favor —recomendó el juez Fallon con fría corrección—. Y no creo que este Tribunal sea tan crédulo e ingenuo como su voz y talante parecen dar a entender.

Capítulo 17

A las diez de la mañana del día siguiente, Perry Mason, Hamilton Burger, el teniente Tragg y Adelle Hastings se hallaban en el despacho del juez Fallon en respuesta a un requerimiento judicial.

—Les he pedido que vengan —empezó el juez Fallon— porque quiero asegurarme de que este caso sea visto ante la sala de modo que proteja a la acusada sin perjudicar los derechos de otras personas.

»Como ustedes ya saben, se ventila aquí una herencia que asciende a varios millones de dólares. Pese a que he llegado, pues, al pleno convencimiento de lo que ocurrió y me consta que se han obtenido las confesiones de determinadas personas, habrá lugar no obstante a las correspondientes vistas, puesto que el caso implica asesinato en primer grado.

»He pedido, por tanto, al teniente Tragg que haga una declaración privada, cuyos detalles solicito a la defensa se abstenga de repetir en la Prensa.

—En lo que a la defensa concierne, señoría —alegó Mason— una vez se dé por terminado el caso contra Adelle Hastings, no tenemos ya mayor interés en el asunto; excepción hecha, claro está, de lo relativo a los derechos sobre los bienes del finado.

El juez Fallon replicó:

—Huntley Banner representa a Minerva Hastings. Ignoro cuál será su actitud por lo que respecta al pleito civil. No obstante, el teniente Tragg les informará de los acontecimientos que han tenido lugar a primera hora de esta mañana, los cuales, en estricta justicia al señor fiscal, debo hacer constar me fueron comunicados por teléfono a instancia suya, y con toda urgencia.

El juez Fallon hizo una indicación de cabeza al teniente Tragg.

Éste, con concisión, sin énfasis alguno y escogiendo evidentemente con mucho cuidado sus palabras, empezó:

—Helen Drexel es la hija de Harley C. Drexel, un contratista de Carson City. Helen Drexel se encargaba de ultimar las operaciones de su padre durante las vacaciones de verano. Huntley Banner es abogado de Drexel.

»Drexel construyó una casita en la parte trasera de su finca, al objeto de alquilarla, a lo que podríamos llamar un precio un tanto exorbitante, a personas ansiosas de fijar su residencia en Nevada durante seis semanas con propósitos jurisdiccionales.

»Debido a que Helen Drexel era, desde hacía mucho tiempo, íntima amiga de Elvina Mitchell, la secretaria de Banner, esta última se encargaba de buscar clientes que ocuparan la casita durante el período de tiempo necesario. Una de estas personas fue Minerva Hastings y otra, Rosalie Blackburn. Ambas hicieron amistad con Helen Drexel y eran ya amigas de Elvina Mitchell.

»Elvina Mitchell, por su parte, estaba desesperada y terriblemente enamorada de Connely Maynard, y desde hacía tiempo venía pensando que Maynard no recibía de Garvin Hastings las oportunidades profesionales a que era merecedor; Simley Beason, en cambio, iba ganando gradualmente más y más confianza por parte de Hastings y recibiendo mayores responsabilidades.

»Minerva simpatizó con Elvina Mitchell y un día ésta vio el cielo abierto al saber por la primera que cuando Garvin Hastings muriese, Minerva pasaría a regir el negocio y Connely Maynard se convertiría automáticamente en director ejecutivo, con participación en los beneficios.

»Lo que Minerva ignoraba y lo que Elvina no había sabido hasta poco tiempo atrás era que Connely Maynard había contraído deudas y hecho desfalcos en el negocio de Hastings. Al parecer, Simley Beason, o lo sospechaba o estaba llevando a cabo indagaciones que le darían pronto la certeza al respecto; lo que, lógicamente, sería fatal para Maynard.

»No parece que Minerva participase en el asesinato, pero sí dijo a Elvina que tenía los triunfos en la mano en caso de que le sucediera algo a Hastings antes de que éste descubriera que Minerva no se había divorciado en realidad de él y que, por lo tanto, su matrimonio con Adelle era legalmente bígamo.

»Elvina Mitchell siguió a Adelle Hastings el domingo en que ésta fue a Ventura, encontró la ocasión de quitarle el bolso del asiento del automóvil e hizo duplicados de la llave del apartamento de Adelle. No necesitaba la llave de la casa de Hastings porque Connely Maynard sabía dónde se guardaba la que estaba en la oficina.

»Luego que Adelle abandonó la casa el lunes por la mañana, Connely Maynard entró en ella, mató a Hastings a sangre fría para que no se descubrieran sus desfalcos y luego apremió a Elvina Mitchell para que sacara el arma de allí.

»Elvina la metió en el bolso de Adelle, se puso gafas oscuras y se dirigió a la oficina de Mason durante la hora del almuerzo. Dio el nombre de Adelle Hastings, dejó allí el arma y se marchó.

»Otra cosa que inquietaba a los conspiradores era que Adelle podía alegar, con razón, que el arma había sido colocada en su bolso: la propia arma de Adelle, que se hallaba en su apartamento, confirmaría esta versión. Así que Elvina alquiló un avión, que debería estar listo para despegar en cuanto ella llegara al aeropuerto después de salir de su oficina la tarde del lunes. Voló, pues, sin pérdida de tiempo a Las Vegas y llegó allí, como después comprobó, menos de media hora antes que Adelle. Entró en la casa, robó el arma de Adelle y la escondió.

»El complot quedaba así listo para envolver en su red a Adelle Hastings y señalarla como culpable del asesinato.

—¿Dónde encaja Banner en todo esto? —preguntó Perry Mason.

—Banner no intervino en esta maquinación. Por lo menos eso creemos —repuso Tragg.

»Está claro que de haber intervenido, de haber sido otro de los conspiradores, Elvina pudo haberse tomado la tarde libre para volar tranquilamente a Las Vegas y no tener que pasar tantos apuros. Y, como se vio, no quiso que su jefe supiera nada de sus actividades, por lo que hubo de llevar a término su plan durante los períodos de tiempo que tenía libres: la hora del almuerzo y a partir del cierre de la oficina.

»Parece, por otro lado, que Hastings testó en favor de Adelle Hastings después de casarse con ella. Fue a la oficina en ausencia de Banner y contó a Elvina Mitchell su propósito.

»Elvina le dijo que podía hacer un testamento ológrafo, es decir,

de su puño y letra, fecharlo y firmarlo, puesto que sería igualmente válido. Hastings así lo hizo y se lo dejó a Elvina.

»En este punto, sin embargo, la conducta de Banner deja que desear. Sabía, o tenía razones para creer, que existía tal testamento. Creyó que se habría traspapelado y decidió por lo visto no decir nada al respecto. Ignoraba, desde luego, que Elvina lo había destruido deliberadamente.

»Ahora bien: según tengo entendido, una vez que se prueba la firma de un testamento, el hecho de que sea destruido por terceras personas no afecta para nada a su validez... en el supuesto, repito, de que se haya demostrado su existencia.

El juez Fallon confirmó:

—Exacto. Así pues, me propongo reanudar la vista de la causa del Pueblo del Estado de California contra Adelle Hastings. Supongo, señor Burger, que procederá usted a retirar los cargos contra la acusada en razón a que el verdadero culpable ha sido detenido y ha confesado.

Burger suspiró profundamente.

—Es justo —dijo.

Adelle Hastings rodeó impulsivamente con sus brazos el cuello de Mason y le besó.

El juez Fallon sonrió.

—Creo, entonces, que podemos proceder en cuanto el señor Mason se haya limpiado el carmín de su mejilla.

Notas

[1] «El caso de la piel de visón apolillada» o, en sentido figurado, «anticuada»: (N. de T.) < <